JANE GOODALL

Virginia Mendoza

Una revolucionaria en la investigación del mundo animal

RBA

JANE GOODALL

Una revolucionaria en la investigación del mundo animal

Virginia Mendoza

RBA

© del texto: Virginia Mendoza, 2019.
© de las fotografías: Age Fotostock: 110, 121, 145; Alamy/Cordon Press: 67b, 91; Album: 67a; Cortesía familia Jane Goodall: 99b; Getty Images: 44, 76, 99a, 131, 150, 169, 177, 183; The Jane Goodall Institute: 12, 21ai, 21b, 33, 61, 107a, 107b, 137, 161; Wikimedia Commons/Fred J. Arting: 21ad.

Diseño cubierta: Elsa Suárez Girard.
Diseño interior: Tactilestudio.

© RBA Coleccionables, S.A.U., 2019.
© de esta edición: RBA Libros, S.A., 2019.
Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.
rbalibros.com

Primera edición: octubre de 2019.

REF.: ODBO605
ISBN: 9788491874904

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, **www.cedro.org**) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (**www.conlicencia.com**; 91 702 19 70 / 93 272 04 47). Todos los derechos reservados.

CONTENIDO

Prólogo

1 Un regalo para toda la vida

2 Cumplir un sueño

3 Aprender nuevos idiomas

4 Los golpes del destino

5 Al rescate del corazón

Cronología

PRÓLOGO

Hay una anécdota sobre Jane Goodall que ilustra a la perfección su conexión con los animales. Durante una de las muchas cenas a las que acude anualmente para recaudar fondos para sus proyectos, Jane vio a un perro sentado al fondo de la sala y pensó que le encantaría que el animal se acercara a ella para poder saludarlo. Mientras charlaba animadamente sobre los chimpancés, sus emociones y la necesidad de protegerlos, Jane miraba de vez en cuando al animal hasta que, al poco, este caminó hacia ella y se sentó a su lado a escucharla. Cuando Jane acabó de hablar, el perro volvió al fondo de la sala.

Esta escena es solo un ejemplo de la inagotable empatía de Jane con los animales, un rasgo de su carácter que le ha permitido relacionarse durante décadas con chimpancés salvajes para observarlos, estudiarlos y narrarnos sus experiencias. Gracias a ella y a su capacidad para convertir sus apariciones públicas en momentos especiales, casi mágicos, somos conscientes de todo lo que nos une con los primates, uno de nuestros parientes más cercanos en la escala evolutiva.

Esta empatía es completamente innata en Jane. Ya de pequeña, en el jardín de la casa de su abuela, Jane jugaba a observar la naturaleza y los animales. Con sumo cuidado y curiosidad, anotaba y dibujaba todo lo que veía. A menudo, se subía a las copas de los árboles para leer. Entre ramas y hojas devoraba novelas de Tarzán, y así empezó a forjarse un sueño: vivir en África rodeada de animales salvajes. Un sueño que ella acostumbraba a verbalizar y del que los adultos solían burlarse. Todos menos uno, su madre, Vanne, la mujer que siempre la apoyó en todo.

Es imposible entender la figura de Jane Goodall sin ella. Vanne, que había abandonado su trabajo de secretaria y su sueño de ser novelista para cuidar de sus dos hijas, fue durante toda su vida el pilar y el referente de Jane. Ella la acompañó en su primera expedición en Gombe para observar chimpancés y en muchas de las que siguieron. Ella se hizo cargo de Grub, el hijo de Jane, cuando este fue a estudiar a Inglaterra. Ella cuidaba de la casa familiar en Bournemouth, uno de los lugares favoritos de Jane en la Tierra. Ella era la amiga y la confidente, la persona que observaba sin juzgar, quien educó a sus hijas para ser buenas personas sin autoritarismos ni imposiciones. Quien le dijo a Jane «Hazlo» cuando la vida le brindó la oportunidad de viajar a África.

En ese momento, Jane había renunciado por completo a sus sueños y había empezado a asumir que trabajaría toda su vida como secretaria en Londres. Con veinte años, estaba convencida de que todo acababa allí, de que la vida era eso. Pero el destino le dio una oportunidad y Jane se aferró a ella. Una amiga de la infancia la invitó a su finca en Kenia y, una vez pisó África, Jane supo que aquel era su hogar, que quería pasar allí el resto de su vida.

Sin embargo, Jane no se habría convertido en la científica que es de no ser por otra figura imprescindible: Louis Leakey. Este antropólogo, paleontólogo y arqueólogo afincado en Kenia es crucial en la vida de Jane. Fue él quien creyó que aquella joven inglesa de aspecto frágil pero determinación de hierro podía vivir en una tienda en mitad de la selva, en Gombe, Tanzania, y observar chimpancés. Cuando Jane lo conoció, Leakey estaba intentando demostrar el origen africano de la raza humana, una idea aceptada en la actualidad, en parte gracias a sus investigaciones, pero absolutamente revolucionaria en la década de 1960. Sin embargo, Leakey era un hombre inquieto y siempre dispuesto a emprender nuevos proyectos, y el estudio de los primates era uno de ellos. Jane Goodall fue una de las tres mujeres a las que Leakey mentorizó y que prácticamente inauguraron los estudios modernos de primatología. Se conocen como «los ángeles de Leakey» y cada una de

ellas se dedicó a una especie distinta: Goodall a los chimpancés, Dian Fossey a los gorilas y Biruté Galdikas a los orangutanes. Conocer a Leakey cambió la vida de Jane, la convirtió en investigadora y le permitió doctorarse en Cambridge. Sin su mentor, ella jamás habría podido acceder a los círculos académicos ni obtener el merecido reconocimiento por su increíble trabajo. Gracias a esto, Jane se convirtió en profesora de la Universidad de Stanford y logró crear un centro de investigación permanente y formación de etólogos en su campamento de Gombe.

Jane Goodall desprende una infinita serenidad. Su rostro es conocido por todos y su melena rubia recogida en una coleta baja se ha convertido casi en un icono pop. Pero lo que más impacta de ella es su mirada, una mirada tranquila y cargada de sabiduría, forjada por horas de silencio y soledad en mitad de la selva, encaramada a un árbol o escondida entre la maleza, con solo un lápiz y una libreta donde anotar sus observaciones. Jane nos descubrió así que los chimpancés no son vegetarianos, sino que comen carne, y que tienen la capacidad de fabricar y utilizar herramientas, algo que hasta entonces se consideraba un rasgo exclusivamente humano. Los descubrimientos de Jane obligaron a la comunidad científica a replantearse la definición misma de lo que era la especie humana y cambiaron para siempre la forma de estudiar y observar a los animales salvajes.

No le resultó fácil. La academia, siempre reacia a los cambios, se resistió a recibir lecciones de una jovencita sin estudios previos, que había accedido al doctorado por recomendación e insistencia de Leakey y que empleaba unos métodos poco ortodoxos. Jane, por su parte, que tenía la costumbre de poner nombres a los animales que observaba y sostenía que cada uno de ellos tenía unas características y un carácter distinto, defendió siempre sus ideas y su forma de trabajar. Y acabó ganando la partida.

En África, Jane conoció a todos los amores de su vida. Por un lado, su trabajo, pero también a sus dos maridos. El primero fue un fotógrafo de

animales salvajes llamado Hugo van Lawick, que documentó sus primeros años de estudio en Gombe y con el que tuvo a su único hijo, Hugo, a quien todos conocen como Grub. El segundo fue Derek Bryceson, responsable de parques naturales del Gobierno de Tanzania, con quien Jane vivió una apasionada historia de amor y que, por desgracia, murió de manera prematura a causa de un cáncer.

La muerte de Derek en 1980 marcó un cambio en la vida de Jane, un antes y un después claro. Si hasta entonces había sido una científica y profesora universitaria, a partir de ese momento Jane abrió los ojos al mundo, descubrió las condiciones de vida de los chimpancés fuera de Gombe y decidió emprender una cruzada para defender a los animales salvajes y sus hábitats.

Desde entonces, Jane dedica trescientos días al año a viajar por todo el mundo dando conferencias y explicando las consecuencias de la deforestación, la investigación con animales o la intervención humana en los entornos naturales. Su imagen se ha convertido en sinónimo de la lucha ecologista y su voz es respetada tanto por la comunidad científica como por los círculos políticos.

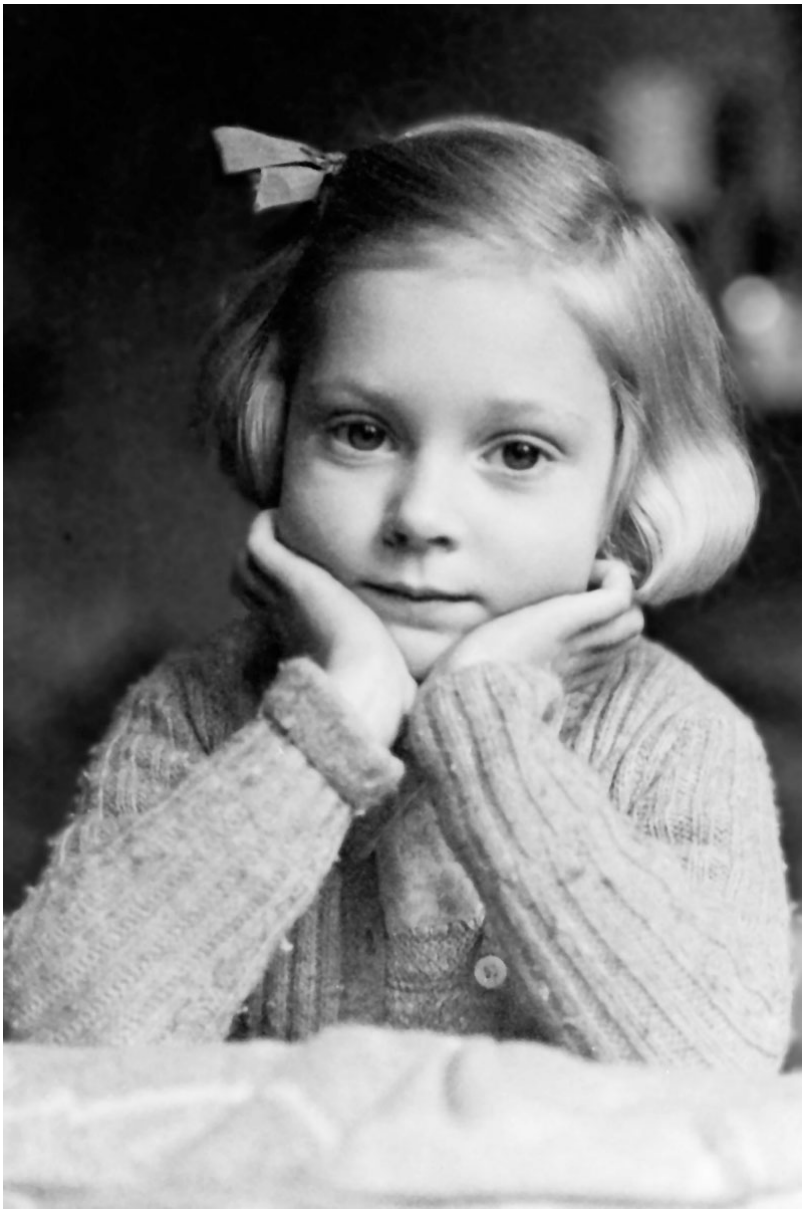
A sus ochenta y cinco años, Jane sigue fiel a su lucha y a la promesa que se hizo a sí misma hace casi treinta años: dedicar todas sus fuerzas a la defensa de los animales salvajes y sus hábitats. Un mensaje que, en tiempos de cambio climático y gobiernos sin conciencia ecológica, es más vigente que nunca.

1

UN REGALO PARA TODA LA VIDA

¿Qué pasó con mi sueño de ir a África? ¿Lo había olvidado? Para nada. Siempre estuve esperando mi golpe de suerte.

JANE GOODALL



Valerie Jane Morris-Goodall nació el 3 de abril de 1934 en Londres, Inglaterra, en el seno de una familia de clase media. A medida que Jane creció, heredó la resistencia de su padre, así como las dotes sociales y literarias de su madre. En la imagen anterior, la joven

Jane al inicio de la década de 1940.

Trabajar de camarera no era lo que Jane había soñado para sí misma, pero no le importaba. Tenía un objetivo y necesitaba dinero para alcanzarlo. Cada mañana se despertaba antes del alba y recorría la escasa distancia que separaba su casa del hotel The Hawthorns, en la localidad costera de Bournemouth, Inglaterra. Ese breve paseo era su momento favorito del día. Era el verano de 1956 y el tiempo estaba siendo bueno. La ciudad costera rebosaba de turistas, pero a aquella hora del día el precioso muelle y la playa bañada por las aguas del Atlántico estaban aún vacíos.

The Hawthorns era un hotel coqueto, de ciento cincuenta habitaciones. Jane comenzaba su jornada sirviendo los desayunos a los huéspedes y no se marchaba hasta la noche, después de haber recogido las mesas de la cena. Al principio, su jefe, un hombre menudo de bigote canoso, había desconfiado de su aspecto frágil. Jane era una chica delgada, pálida y con un bonito pelo rubio que le daba un aspecto etéreo. «Por lo menos servirá de adorno», había pensado el hombre subestimando sus capacidades. Pero al cabo de poco tiempo, Jane se había convertido en una experta camarera. Entraba y salía de la cocina como un torbellino y era capaz de cargar sobre su brazo hasta trece platos sin perder el equilibrio ni la sonrisa. El trabajo era extenuante y solo tenía un día libre cada dos semanas. Sin embargo, los clientes dejaban buenas propinas y, junto con el sueldo, estaba consiguiendo ahorrar una buena suma.

Cada centavo que conseguía juntar iba destinado a una única cosa: comprarse un pasaje para Kenia. Tal era el propósito de Jane. Conocer África. Un día de otoño, cuando la ciudad se había vaciado ya de veraneantes, Jane reunió en su cuarto a su madre, su abuela y sus dos tías, las cuatro mujeres con las que convivía en una hermosa casa de

ladrillo rojo conocida en Bournemouth como The Birches. Para otorgarle algo de suspense al momento, la joven corrió las cortinas de las ventanas y con un gesto teatral levantó la alfombra para descubrir el escondite donde guardaba el dinero.

—Creo que hay suficiente —dijo—, pero no me animo a contarlo sola.

Las mujeres, emocionadas, la alentaron a hacerlo de inmediato. Allí había un montón de billetes cuidadosamente atados. Por fuerza tenía que haber reunido suficiente. Con un ligero temblor de dedos, la joven comenzó a contar el dinero. Al terminar, sacudió la cabeza con un gesto de incredulidad y volvió a empezar. No se había equivocado. Eran doscientas cuarenta libras, la cantidad exacta que costaba un billete de barco a Kenia. Lo había conseguido. Su madre, su abuela y sus tías corrieron a abrazarla. Jane, aún sin poder creerlo, solo atinaba a murmurar: «Me voy a África, voy a ir a África, por fin».

En 1956, África era considerado un destino extraño para que una mujer blanca y europea decidiera visitarlo sola. Kenia aún era colonia británica, pero ya había empezado la rebelión de Mau Mau, formada en gran parte por miembros de la etnia kikuyu, que aceleró el proceso de independencia del país. Los rebeldes, etiquetados de esta forma por la Administración británica, pedían algo tan razonable y tan justo como que los wazungu (palabra suajili que significa «hombres blancos») se marcharan a sus casas y les permitieran recuperar las tierras de cultivo que les habían confiscado, condenándolos a la más absoluta miseria. Pero por aquel entonces poco sabía Jane de todas estas cuestiones. Ella soñaba con un África espléndida, habitada por tribus exóticas y animales salvajes viviendo en armonía, exuberante y bella, plagada de aventuras: el África de Tarzán, el héroe de las novelas de Edgar Rice Burroughs que de pequeña le habían robado el corazón. Tardaría un poco en descubrir que la verdad del continente africano distaba mucho del mito colonialista creado por el escritor americano.

Jane Goodall, nacida el 3 de abril de 1934 en Londres, era hija de Margaret Myfanwe Joseph y Mortimer Herbert Morris-Goodall, una escritora frustrada y un ingeniero telefónico apasionado de los coches de carreras. Margaret, a la que los suyos llamaban Vanne, y Mortimer no eran lo que se dice un matrimonio feliz. La llegada de Jane al mundo había generado una verdadera crisis entre ellos: Vanne estaba dispuesta a dejar a un lado sus prioridades para criar a su hija, pero no así Mortimer. Quizá una pareja mejor avenida, y también menos convencional, habría tratado que ninguno de los dos miembros tuviera que renunciar a nada. Pero en la década de 1930, las mujeres eran aún las que llevaban la carga del hogar, las que sacrificaban sus sueños en pos de la familia. Los hombres, por su parte, se encargaban de proveer. Tal era el pacto social. Mortimer, sin embargo, ni tan siquiera estaba dispuesto a cumplir su parte de ese contrato tan desigual: lo agobiaba la paternidad y no estaba interesado en convertirse en el sostén económico de nadie. Amaba la velocidad, la aventura, la belleza de los coches de carreras. Por la mañana, se iba temprano al trabajo, siempre refunfuñando, y no regresaba hasta que el bebé dormía. Los pocos ratos que pasaba con su hija se quejaba de que no podía hacer nada interesante con un ser tan pequeño. Se aburría.

Cuando Jane estaba por cumplir un año, quizá movido por el remordimiento, decidió comprarle un regalo. Fue hasta Hamleys, la mítica juguetería de Regent Street, y buscó entre las estanterías. ¿Qué podía gustarle a una niña tan pequeña? Estaba completamente perdido. Si por lo menos fuera un varón, no lo dudaría: un tren de juguete. Llegó a la sección de peluches y allí, en uno de los expositores principales, encontró un montón de chimpancés bastante feos, pero lo suficientemente blanditos como para que la niña pudiera dormirse abrazada a uno de ellos. Mortimer quizá no lo sabía, pero esos chimpancés de peluche eran una réplica de Jubilee, la primera chimpancé nacida en el zoo de Londres, apenas un mes antes, y cuyo nombre hacía honor al vigésimo quinto aniversario de la coronación del

rey Jorge V.

Jane recibió el regalo con entusiasmo. A Vanne, en cambio, le pareció espantoso y así se lo hizo saber a su marido. ¿Qué pensaba mientras le compraba a su hija aquella monstruosidad? Mortimer se encogió de hombros. Qué más daba. Lo cierto es que no le importaba lo más mínimo. Sin saberlo, le había dado a Jane no solo el mejor regalo de su vida, sino un objeto que sería decisivo en su futura vocación.

Ese mismo año, hacia finales de 1935, la familia dejó Londres para instalarse en Weybridge, una localidad a orillas del Támesis, muy cercana a Londres y a Brooklands, que era lo único que le importaba a Mortimer. Brooklands era el primer autódromo construido específicamente para carreras de motor en la historia del deporte y funcionaba desde 1908, año de su inauguración. En este predio se disputaba el Gran Premio de Gran Bretaña, la carrera de automovilismo más importante del país, y Mortimer soñaba con participar como corredor. La nueva casa era bastante ruinosa, pero contaba con un amplio jardín donde Jane experimentó por primera vez la conexión con la naturaleza. Sus padres le permitieron tener también sus primeras mascotas: la tortuga Johnny Walker, que tenía el caparazón pintado de rojo para no perderla, y también Peggy, un perro nervioso que mordía a las visitas.

Tres años después de instalarse allí, el 3 de abril de 1938, Vanne volvió a dar a luz. La llegada de Judith Daphne, a quien todos llamarían Judy, el día del cuarto cumpleaños de Jane, despertó sus celos más viscerales. Jane no soportó la idea de no ser más el centro de la atención de su madre y de Nanny, su querida niñera. Como sucede con algunos niños que se ven desplazados por sus hermanos menores, se volvió más introspectiva. Pasaba largos ratos sola, en compañía de Dimmy, su amigo imaginario, con el que tenía largas e intrincadas conversaciones.

Por su parte, Mortimer recibió a Judy con la misma falta de entusiasmo con la que había recibido a Jane. Otro bebé en la casa, menuda diversión. A aquellas alturas ya había abandonado con descaro

todo esfuerzo por mantener decentemente a su familia. Ya no trabajaba. Ahora se dedicaba con ahínco y egoísmo a ser piloto de carreras. No le iba mal. Con el tiempo, llegó a tener cierta fama, aunque no la suficiente como para pagar las cuentas. En 1939, cuando Jane tenía cinco años, tomó una decisión: las mejores carreras de coches sucedían en el continente, y hacia allí tenía que dirigirse él.

La familia se trasladó entonces a Francia, a la población de Charmes, en la región de Lorena, justo por las mismas fechas en las que Inglaterra y Francia firmaban un tratado según el cual se comprometían a garantizar la independencia polaca contra el avance nazi. Eran tiempos revueltos para Europa, pero Mortimer parecía vivir ajeno a la realidad. Hitler llevaba cinco años en el poder, desde que en 1934 fue nombrado Führer mediante un referéndum nacional, y desde entonces las demandas territoriales de Alemania hacia sus países vecinos eran cada vez más agresivas. Se acercaba el comienzo de la Segunda Guerra Mundial.

A finales de verano, mientras Mortimer estaba de viaje en Italia, Vanne recibió una llamada. Al otro lado de la línea estaba Michael Spens, el prometido de una hermana de Mortimer. El padre de Michael trabajaba como diplomático en la India y había oído unos rumores que a Vanne y a su marido, ajenos a todo y viviendo en un país cuyo idioma no dominaban, les habían pasado totalmente desapercibidos. Hitler estaba a punto de invadir Polonia y aquel, sin lugar a duda, sería el pistoletazo que daría comienzo a una contienda de consecuencias imprevisibles. Tenían que abandonar Francia, les rogó.

Jane pasó parte de su infancia en la casa familiar The Birches. De aquellos años, recordaba con cariño a Jubilee, el chimpancé de peluche que su padre le regaló por su primer cumpleaños (arriba a la izquierda) y los ratos que pasaba leyendo las historias de Tarzán, el héroe que le robó el corazón (arriba a la derecha). Abajo, Jane con su familia: su padre, Mortimer, su madre, Vanne, y su hermana menor, Judy.

Vanne no lo dudó ni un segundo. Aquella misma noche, mandó a Jane y a Judy de vuelta a Inglaterra con Nanny, a casa de su abuela materna, y ella se quedó a esperar a Mortimer. Unos días después, se reunió con su marido y los dos cruzaron el canal de la Mancha en un barco atestado de gente que, como ellos, trataba a la desesperada de ponerse a salvo de aquella amenaza que comenzaba a cobrar la forma de una auténtica pesadilla.

El 1 de septiembre de 1939, el ejército Alemán invadió Polonia. La ofensiva de Hitler fue claramente bélica, pero parte del pueblo alemán le otorgó también un carácter simbólico, pues tras el final de la Primera Guerra Mundial y después del tratado de Versalles, Alemania se había visto obligada a renunciar a cualquier tipo de pretensión sobre los territorios polacos. No fueron pocos los que legitimaron aquella invasión aduciendo que era un acto de justicia o la restitución de un territorio que les había sido injustamente arrebatado.

Dos días después, la mañana del 3 de septiembre de 1939, los Goodall se reunieron en torno a la radio para oír el discurso de Neville Chamberlain, primer ministro del Reino Unido. El país entero estaba en vilo. Todo el mundo sabía que el siguiente paso lógico era que Inglaterra y Francia, aliados de Polonia, le declararan la guerra a Alemania. Sentados en el salón, Vanne y Mortimer escucharon a Chamberlain pronunciar funestas palabras:

—Esta mañana, el embajador británico en Berlín le ha entregado al Gobierno alemán una nota final manifestando que, a menos que para las once horas recibamos respuesta diciéndonos que están preparando el inmediato retiro de sus tropas de Polonia, existirá el estado de guerra entre nosotros. Debo decirles ahora que tal compromiso no ha sido recibido y en consecuencia este país está en guerra con Alemania.

Vanne ahogó un sollozo y se cubrió la cara con las manos. Luego, incapaz de escuchar nada más, se levantó para apagar la radio. Fue

entonces cuando miró alrededor: ¿dónde estaba Jane?

La pequeña estaba viviendo una gran aventura en el gallinero. Llevaba días dándole vueltas a una pregunta: ¿cómo llegan los huevos al mundo? Tenía que descubrirlo. Así que mientras los adultos estaban entretenidos con la radio, había aprovechado para escabullirse sin ser vista. Cuando regresó a casa, ya cerca del mediodía, encontró a todo el mundo revolucionado. Su madre tenía el teléfono pegado a la oreja y estaba gritándole a alguien, al parecer un policía. Al verla, colgó apresuradamente y la estrechó entre sus brazos. La pequeña estaba cubierta de polvo, suciedad y plumas anaranjadas. Vanne tenía sus propias reglas acerca de la crianza de los hijos, alejada de cualquier convencionalismo. Así, del mismo modo que había dado libertad absoluta a sus hijas para que exploraran la naturaleza a su antojo, también les permitía explicarse como personas adultas. Tomando aire, preguntó con toda la tranquilidad de la que era capaz:

—¿Dónde has estado, Jane?

—Con una gallina —respondió Jane.

—¡Pero si has faltado durante casi cinco horas! ¿Qué has hecho tanto tiempo con una gallina?

—Bueno, es que... yo quería saber cómo ponen huevos las gallinas —empezó a explicarse Jane—, así que he ido al gallinero. Pero al verme, todas las gallinas han armado un gran alboroto... Así que me he escondido y he esperado a que se calmaran y una de ellas pusiera un huevo.

A continuación, Jane se lanzó a una apasionada explicación acerca de cómo estas aves ponían los huevos. Vanne la miraba ensimismada, con una mezcla de orgullo y asombro, y casi logró olvidarse de lo que acababa de escuchar en la radio aquella misma mañana. El relato de su pequeña era verdaderamente fascinante. Ojalá que el mundo pudiera centrar su atención en cosas como aquella, en vez de en la guerra. Pero esto era mucho pedir. Poco después, Mortimer fue llamado a filas y en 1940, meses después de iniciada la guerra, fue enviado a Francia.

Vanne tuvo entonces que tomar una decisión. No tenía un centavo, por lo que no podía seguir pagando el alquiler de la casa. La guerra traería también una subida de los precios de todos los productos básicos, así como un desabastecimiento general. La única opción viable era volver a la casa de su madre y prescindir de Nanny, la niñera que la había ayudado a cuidar a sus dos hijas. Jane se despidió de la mujer con el corazón encogido. Aquello —pensó con dramatismo infantil— era el final de su vida. Lo peor que le había pasado nunca. Jamás olvidaría a su Nanny ni nadie podría sustituirla.

La madre y las hermanas de Vanne vivían en The Birches, una casa victoriana ubicada en el número 10 de Durley Chine Road de Bournemouth. The Birches, que era propiedad de Elizabeth Hornby Legarde, la abuela de Jane, era enorme y preciosa, pero, sobre todo, tenía un gran valor sentimental para toda la familia. Elizabeth, a la que llamaban Danny, la había comprado después de enviudar y se había instalado allí con sus dos hijas solteras, Olly y Audrey, quienes no habían tenido mucha suerte con los hombres.

Cuando Vanne llegó a su antiguo hogar, en la primavera de 1940, sintió que nada malo podía ocurrirle. The Birches era un matriarcado, donde el tiempo fluía aparte de los sucesos del mundo. Entre esas paredes soportó las ausencias de Mortimer, tanto las forzosas por causa de la guerra como las que obedecían a sus caprichos. En su primer permiso, por ejemplo, en lugar de regresar al Reino Unido, donde su esposa y Jane lo esperaban en el puerto, decidió ir al circuito de Le Mans para participar en una carrera. Olly y Audrey se encargaron de consolar a su hermana. Ellas tenían una larga experiencia en hombres irresponsables que jamás cumplían con su deber ni estaban donde se suponía que debían estar. Jane también sufría. Tenía seis años y una mayor conciencia de todo cuanto sucedía, por lo que enseguida se percató de que algo andaba mal. En su diario, a menudo acababa las

entradas con la frase: «y papá no ha venido».

Por suerte, las mujeres de The Birches compensaron con creces la ausencia de aquel padre. Danny, la matriarca, era una mujer dura y cálida, que siempre tenía un gesto o una palabra cariñosa a punto y cuidaba a los suyos con un celo excepcional. Jane era afortunada. Sin darse cuenta, estaba aprendiendo el enorme valor de la solidaridad femenina, a la vez que ganaba confianza en sí misma y en sus capacidades, pues en The Birches no existían tareas masculinas o femeninas, sino sencillamente tareas de las que todas se ocupaban por igual.

Mientras la guerra proseguía su curso y las naciones se alzaban las unas contra las otras, Jane pasaba los días en el jardín. Con un cuaderno de notas, lápices y unos binoculares, observaba y dibujaba orugas, mariposas y pájaros. Nada parecía tan malo cuando estaba en ese jardín: ni la falta de dinero de la que tanto se quejaba su madre, ni la ausencia de su padre. Allí estaban sus árboles favoritos, a los que se encargó de bautizar con nombres de lo más variopinto. Beech era su predilecto, en él se refugiaba cuando necesitaba momentos de soledad entre libros, siempre acompañada de su inseparable Jubilee, su chimpancé de peluche.

Pronto los libros se convirtieron en sus mejores aliados.

Los libros del doctor Doolittle, personaje creado por Hugh Lofting, y de Tarzán la tenían totalmente fascinada, aunque de los dos el que más le gustaba era, sin lugar a dudas, Tarzán, del que incluso llegó a enamorarse profundamente. Jane Porter, su compañera, le causaba celos y rabia. Era una cobarde a la que Tarzán siempre tenía que ir rescatando, pensaba, no entendía qué hacía su héroe con ella. Fue por aquel entonces, a raíz de aquellas lecturas, cuando comenzó a fantasear con la idea de conocer África. Como tantos y tantos exploradores que se sintieron inspirados, por ejemplo, por los relatos de Julio Verne. La literatura de aventuras tenía el poder de animar a un alma intrépida como Jane. Los adultos, esclavos del sentido común, le decían: «¿Por

qué no olvidas esa idea y sueñas con algo que realmente puedas alcanzar?». Argumentos no les faltaban.

En aquella época África era poco más que una colonia lejana del Imperio británico de la que apenas se sabía nada. Los ingleses tenían una idea bastante benigna, y por lo tanto falsa, sobre su imperialismo: había abusos, quizá, pero los beneficios compensaban con creces los errores, porque ellos eran los que se encargaban de construir hospitales, escuelas y carreteras, enseñar el inglés a los nativos y civilizar a pueblos primitivos. Por otro lado, la familia de Jane carecía del dinero para costear semejante empresa. La única persona que jamás se burló de ella fue su madre, Vanne, que siempre le decía: «Si realmente quieres algo, trabajas duro y no te rindes nunca, encontrarás una manera de hacer realidad tu sueño».

Vanne la comprendía, qué duda cabe. En una ocasión, Olly entró en tromba en la cocina. «¡Jane guarda orugas bajo la almohada!», gritó. Vanne, con la calma que la caracterizaba, fue a buscar a su hija.

—Valerie Jane —le dijo—, si dejas estas orugas aquí toda la noche, mañana estarán muertas. Deberían estar en el jardín, que es su hogar.

Jane abrió los ojos como platos. ¿Cómo no se le había ocurrido que los animales de tierra no nacieron para arrastrarse sobre la tela? Sin querer, estaba matando a aquellos pequeños seres que adoraba. Y su desconocimiento no la eximía de culpa. Jane se puso a llorar y, con la ayuda de su madre, devolvió las orugas al jardín.

Durante aquellos años de guerra llegaron a la casa dos chicas que se habían quedado sin hogar a causa de los bombardeos de la flota aérea nazi sobre Londres. Era común que las familias del campo acogieran a los desahuciados por las bombas. Danny, generosa de corazón, prácticamente adoptó a aquellas dos jóvenes. Jane, de esta manera, seguía creciendo rodeada de mujeres. Y también de animales, cómo no. Rusty, un labrador que vivía en un hotel cercano, se pasaba los días merodeando por el jardín. Jane se encariñó con él y prácticamente lo adoptó.

En los veranos, se sumaban también Sally y Sue, las hijas de Byron Cary, amigo de Mortimer desde la infancia. Las cuatro niñas de la casa no tardaron en trabar una estrecha amistad, especialmente Jane y Sally, que tenían una edad similar. Juntas formaron el Alligator Club, dedicado a la naturaleza, y cada una de ellas eligió un animal para identificarse. Jane eligió ser el Red Admiral o almirante rojo, una especie de mariposa. Sally, Puffy, un adjetivo que se usa con los animales peludos y mullidos; Judy, Trout (trucha) y Sue, Ladybird (mariquita). De vez en cuando también se unía al club Robert, conocido como Cobra, el hermano pequeño de Sally y Sue. Solían encontrarse en un lugar del jardín, oculto entre arbustos, donde habían instalado su campamento. Allí tenían permitido encender fuego para hervir agua para el té en una lata que sujetaban con piedras. Para acompañarlo, se guardaban migajas de pan de las comidas y, los días de suerte, compartían alguna galleta.

A Jane le gustaba dejar claro que ella era la líder indiscutible del grupo y que, por lo tanto, ella dictaba las reglas. Así pues, ordenó a todos los integrantes que se fabricaran un caimán de tela para prendérselo en la ropa como insignia. También se encargaba de editar la revista y de escribir largos artículos dedicados a la naturaleza. Era divertido y Jane encontraba que sus días tenían un propósito, incluso cuando fuera, en el mundo real, todo se desmoronaba.

Al llegar a la adolescencia, Jane se convirtió en una joven algo melancólica. La misma guerra que había devastado Europa había acabado con el matrimonio de sus padres. Mortimer, que había redescubierto su libertad en el frente, ya no volvió a vivir con su familia y sus visitas se fueron espaciando hasta extinguirse. Al final, pidió a Vanne el divorcio por carta.Todas estas circunstancias parecían apesadumbrar a Jane. Su madre solía decirle: «Cuando estés triste, empieza a leer un libro y pronto te olvidarás de la tristeza». Ella le hacía

caso, y se entregaba a la lectura de novelas de Agatha Christie y Bram Stoker. En ocasiones, también tenía arrebatos trágicos. El 7 de marzo de 1951 le escribió una carta a Sue, la pequeña de los Cary, que decía:

> La vida es muy aburrida y, como le digo a todos cuantos conozco, si no fuera porque pienso en las próximas vacaciones, metería la cabeza en un horno de gas (a menos que eso fuera un crimen y me colgaran por ello).

Por suerte, no se trataba más que de una crisis típicamente adolescente. Jane era demasiado risueña y vital como para tomarse en serio sus propias palabras. Su madre era otra optimista, hasta el borde de la excentricidad, podría decirse. En 1951, seis años después de acabar la guerra, y después de que Jane se graduara en el instituto, decidió mandarla a trabajar para una familia en Alemania, y comprobaría así, con sus propios ojos, «que a pesar de que Hitler y los nazis eran el mal, también hay alemanes corrientes a los que no les gusta Hitler». Era una postura valiente y poco ortodoxa. Las heridas de la guerra eran aún recientes y Jane había crecido escuchando los discursos de Winston Churchill por la radio, que dejaban claro quién era el enemigo. La experiencia fue un relativo éxito. Jane aprendió algo de alemán, aunque no sabemos si la familia en cuestión logró desbaratar sus prejuicios.

Pero la confraternidad entre los pueblos no era lo único que había animado a Vanne a trazar aquel plan. Había otras razones más íntimas: Jane había terminado el instituto, era una joven prometedora, pero la familia no tenía un centavo para mandarla a la universidad. Quizá con aquel viaje deseaba ocultar a su hija la cruda verdad un tiempo más. Sea como fuere, al regresar de Alemania, a Jane no le quedó otro remedio que enfrentarse a la realidad. Su única opción viable era matricularse en el Queen's Secretarial College, en South Kensington. No le entusiasmaba, pero qué se le iba a hacer. Por lo menos estaría en Londres, que seguro que era bastante más divertido que Bournemouth, una ciudad que a la Jane de casi dieciocho años se le quedaba pequeña.

El Londres de posguerra se reveló como un lugar en plena ebullición,

donde siempre había algo que hacer. Allí, Jane empezó a acudir a conciertos y al teatro y a tener citas con chicos, toda una novedad en su vida. Vanne la animó a enfocarse en sus estudios, por mucho que no la motivaran lo más mínimo. Como secretaria, le decía, podría trabajar en cualquier parte del mundo. Tal vez incluso en África, destino con el que seguía soñando.

Cuando acabó el curso, Jane respondió a una oferta de empleo de la Universidad de Oxford, que buscaba secretaria para su registro. Trabajó un tiempo allí, mirando desde fuera la vida universitaria que no había podido tener, como un niño ante un escaparate de juguetes. Profundamente aburrida, pronto dejó el empleo y regresó a Londres, donde un amigo de la familia le consiguió una entrevista de trabajo en la productora Schofield Productions. Ese puesto era bastante mejor. Jane llevaba a cabo distintas tareas que la mantenían mucho más entretenida, como elegir música para documentales y anuncios. Pero lo mejor del trabajo estaba fuera. En concreto, en el Museo de Historia Natural, que se encontraba a tiro de piedra de su oficina y donde acudía a menudo en busca de libros sobre animales africanos. Le bastaba atravesar las puertas de aquel imponente edificio de estilo neorrománico para que se le dibujara una sonrisa en los labios. Aquel museo se convirtió en su refugio, como lo habían sido las copas de los árboles en The Birches.

Aquella fue una etapa algo dura. Parecía que el tedio se había instalado definitivamente en su vida. Jane casi llegó a olvidarse de su propósito, pero el destino a veces se abre paso a la fuerza, llamando a la puerta de manera inesperada. Un buen día, Jane recibió una carta de su mejor amiga del colegio, Marie Claude Mange. El padre de Marie Claude, a la que Jane llamaba Clo, había luchado en la Segunda Guerra Mundial y los japoneses lo habían retenido como prisionero durante dos años. Como resultado de su cautiverio, su salud física y mental se habían visto gravemente afectadas y, después de años buscando una solución, un amigo de la familia le había propuesto vivir en Kenia, donde él tenía plantaciones, para ver si el clima de la colonia podía ayudarle con sus

dolencias. Clo escribía a Jane para explicarle que iba a mudarse a Kenia con sus padres y para invitarla a pasar allí una temporada cuando ella quisiera. Por extraño que parezca, en aquel momento Jane ni siquiera se lo planteó. El trabajo la tenía tan amodorrada que no supo ver la oportunidad. Lo que sí hizo fue aparcar la oferta a un lado y decirse a sí misma: «Si me canso de la productora, siempre me puedo ir a Kenia».

En aquella época Jane salía con un chico llamado Brian. La relación no iba a ninguna parte y ella no estaba enamorada ni pensaba en el matrimonio. A Brian le gustaba demasiado la televisión y la vida cómoda. Jamás leía un libro y viajar no le llamaba la atención. Jane estaba con él por pura inercia. ¿Cómo había llegado a ese punto? ¿Por qué se había dejado atrapar por la rutina de aquella manera?, se preguntó un día. Si lo pensaba fríamente, se estaba limitando a satisfacer las expectativas de los demás. ¿Dónde habían quedado sus ansias de libertad y su sueño de ir a África? Sus tardes en el Museo de Historia Natural no eran más que un triste sucedáneo. Entraba en la enorme sala de los grandes mamíferos y caminaba sin rumbo bajo los altísimos techos en busca de respuestas. Pero nada de aquello era real. ¿Por qué no se atrevía a romper su relación con Brian y a dejar aquel trabajo aburrido?

La joven Jane Goodall con su perro Rusty. Tras graduarse en 1952, no pudo permitirse el lujo de ir a la universidad. Antes de viajar por primera vez a Kenia como invitada de su mejor amiga Clo Mange, trabajó como secretaria en la Universidad de Oxford. Y, con posterioridad, en una productora cinematográfica y como camarera.

Un día, al salir del museo para volver a la oficina, entendió que solo había una cosa que la ataba: su querido perro Rusty. Ni Brian ni tan siquiera su familia, sino aquel viejo labrador. El animal no vivía en Londres con ella, seguía en The Birches, pero Jane lo visitaba cada fin de semana y, lo más importante, sabía que nunca sería capaz de abandonarlo. Pero entonces Rusty murió. Jane, después de llorarlo, decidió que había llegado el momento.

Empezó por responder la carta de Marie Claude y luego, por buscar un empleo cerca de The Birches, donde podría vivir gratis y ahorrar hasta el último penique. Cuando su amiga le contestó unas semanas después reafirmando la invitación, Jane ya no tuvo duda alguna: iba a ir a África, costase lo que costase.

El viaje estaba fijado para el 13 de marzo de 1957. Jane iba a salir de la estación de Waterloo en dirección a Southampton. Los días previos fueron una verdadera locura. Jane trataba de tomárselo con calma, pero estaba excitada y nerviosa. Mientras trabajaba en el hotel con la intención de ahorrar, había conocido a un nuevo chico, Keith, con quien había abrigado tan pocas esperanzas de futuro como con Brian. Jane era joven y algo alocada. No había pensado mucho en las consecuencias, y la ruptura había sido difícil. Keith se había puesto insistente y hasta se había presentado en su casa con un anillo de compromiso.

Llegó el día. En el puerto de Southampton, al ver el barco que la llevaría hacia su destino, le temblaron un poco las piernas. De pie en el muelle, sintió aquella sensación de vértigo que nace en la boca del estómago un segundo antes de saltar. Jane nunca había hecho un viaje tan largo y, por un momento, olvidó a su madre y a su tío Eric, que la habían acompañado para despedirla, y se dejó embargar por aquella euforia, aquella sensación de que, a partir de entonces, cualquier cosa era posible. Cuando al fin salió de su ensimismamiento, Jane abrazó a su madre con lágrimas en los ojos y una promesa en su sonrisa: todo iba a

salir bien. Embarcó en el *Kenia Castle* y, al día siguiente, se sentó para escribir a su familia. «Aún me cuesta creer que estoy de camino a África», decía subrayando la palabra «África», con una mezcla de sorpresa e incredulidad.

Jane compartía camarote con tres chicas, con quienes estableció una breve amistad, aunque pasó la mayor parte del tiempo con la cabeza en otra parte. Por un lado, había empezado a echar de menos a las mujeres de su familia, pero, sobre todo, no dejaba de preguntarse cómo sería África. ¿Se parecería a las descripciones que había leído en sus novelas? Entre las cartas que Jane recibió durante las tres semanas que pasó a bordo, había algunas de Keith. Eran misivas cargadas de reproches, que la responsabilizaban de la soledad que él sentía e intentaban culpabilizarla. Jane las echó todas a la basura.

Después de tres semanas y nueve mil millas, el Kenia Castle llegó a Mombasa, que en aquella época formaba parte del Protectorado de Kenia, y, a media mañana, Jane pisó África por primera vez. Su sonriente rostro no pasaba desapercibido. Cualquiera que viera bajar del barco a aquella joven blanca, rubia y sonriente habría pensado que algo o alguien muy importante la esperaba en tierra, y no habría podido evitar devolverle la sonrisa. Y, sin embargo, Jane se sentía algo decepcionada. El puerto no se parecía en nada a su África soñada. Aquel era un puerto convencional de una ciudad cualquiera. La aduana era un edificio colonial de tonos claros, como los que había visto centenares de veces en postales y dibujos. Jane ardía en deseos de ver la vegetación africana en todo su esplendor, pero, ahora que por fin estaba allí, sabía que solo era cuestión de tiempo. Solo debía tener un poco más de paciencia.

El sábado por la mañana subió a un tren hacia Nairobi, donde la esperaba su amiga Clo con su novio Tony y su padre, Roland Mange. Aquel trayecto en tren, que duró dos días, fue su primer encuentro con el África salvaje que había imaginado desde pequeña. Al otro lado de la ventana vio por primera vez las praderas africanas, salpicadas de

acacias, extendiéndose hasta el horizonte bajo un cielo azul cálido, de un color que Jane no había visto jamás en Inglaterra. Llanuras verdes y ocres llenas de promesas. Un día, mientras el tren se hallaba parado, vio una jirafa mirándola con curiosidad desde las alturas, masticando raíces con total imperturbabilidad. «¡Una jirafa de verdad!», pensó. Al observar los enormes ojos del animal fijos en los suyos, Jane sintió por fin que, ahora sí, había llegado a su destino.

Greystones, la granja de los Mange, estaba en White Highlands, la zona central de Kenia, a medio camino del mar y el lago Victoria, en las tierras altas. Jane fue recibida por todo lo alto. Como llegó justo el día que cumplía veintitrés años, los Mange la esperaron con una tarta rosa y blanca. «Qué maravilloso recibimiento», pensó sintiendo que había tomado la decisión correcta.

Jane se adaptó rápidamente al cambio de escenario. A ello contribuyó en gran medida que los Mange la acogieran como si fuera de la familia. Sin embargo, Jane era muy consciente de que Greystones era una burbuja europea en el continente y no tardó en observar las desigualdades que tenían lugar allí. Como ella misma escribió, todo aquello le pareció «un poco degradante en cuanto a sus efectos en algunas personas más débiles». Y, sin embargo, aun con aquella perspectiva limitada y sesgada, Jane estaba convencida de que África era mucho más que ese lugar salvaje, primitivo, loco e impredecible que describían los relatos que ella había leído. África era otra cosa. Y, aunque aún tenía que descubrirla, sabía que allí se sentiría en casa, lo había sentido siempre, mucho antes de pisarla, agitándose en su sangre.

Un día, a la hora de la cena, a Jane se le ocurrió decir que siempre había soñado con vivir entre animales salvajes y escribir libros sobre ellos. Su amiga Clo le explicó entonces que había coincidido un par de veces con un tal Louis Leakey, uno de los mayores expertos en animales africanos.

—Tienes que conocerlo —le dijo.

Jane empezó a recabar información sobre Louis Leakey. Al parecer era

toda una leyenda en Kenia. Era hijo de misioneros ingleses anglicanos, pero él sostenía que era parte de la etnia kikuyu, una de las más numerosas del país, pues había superado una serie de complicados rituales iniciáticos. Las fábulas que le contaba su nana, Mariamu, y el amor por la historia natural que le había inculcado su padre habían despertado en Leakey un gran interés por la fauna africana. Jane sintió una conexión instantánea con él. Leakey estaba convencido de que el origen del ser humano estaba en África, una idea revolucionaria en la época que lo enfrentó a la mayoría de sus colegas. Clo le prometió a Jane que le presentaría a Louis Leakey, pero los días pasaban y el momento no llegaba. Harta de esperar, y ansiosa por conocerlo, Jane decidió llamarlo ella misma directamente. Con el teléfono en la mano, a la espera de escuchar una voz al otro lado de la línea, Jane volvió a experimentar la misma sensación de vértigo que en el puerto de Southampton. ¿Y si Leakey no la tomaba en serio? Le habían dicho que era un hombre de carácter difícil. Seguramente fuera un antipático. Quizá fuese mejor colgar. Aquello había sido una mala idea. Pero en ese momento, Jane oyó a un hombre al otro lado de la línea. Presa del pánico, solo acertó a decir:

—Buenos días, me llamo Jane Goodall y me encantaría ir y hablar con usted de animales.

Leakey guardó silencio. Jane se quedó escuchando aquel silencio denso maldiciéndose por sus nervios y su falta de tacto. Había sido demasiado brusca. Estaba haciendo el ridículo. Pero entonces Leakey dijo:

—Muy bien, la cito a usted en el Coryndon Museum de Nairobi, este mismo viernes 24 de mayo, a las diez de la mañana.

Louis Leakey era temperamental, pero también un hombre generoso. Sabía reconocer el entusiasmo cuando lo tenía delante y Jane era la encarnación misma de ese sentimiento. Cuando al fin se reunieron en persona, surgió entre ambos una simpatía inmediata. Jane acudió a la cita algo nerviosa, después de todo, iba a reunirse con un antropólogo

famoso, con formación universitaria. ¿Qué tenía ella para ofrecerle? Pero a la media hora de conversar, Louis ya tenía una propuesta para hacerle:

—¿Te gustaría trabajar para mí como secretaria a partir de septiembre? —preguntó de repente.

Jane apenas podía creer lo que acababa de oír.

—¡Claro! —atinó a responder.

Louis la estudió con la mirada antes de volver a preguntar:

—¿Sabes montar a caballo?

—Me encanta montar a caballo.

El plan de Louis era simple y fascinante: quería que Jane los acompañara a él y a su esposa a una expedición arqueológica a la garganta de Olduvai, en Tanganica, uno de los lugares con mayores yacimientos arqueológicos de toda África. Jane no podía creer lo que estaba oyendo. Sin embargo, aquel gesto no era extraño por parte del antropólogo. Leakey era famoso por su entusiasmo contagioso. Siempre estaba metido en varios proyectos a la vez, buscando colaboradores y patrocinadores, escribiendo y mentorizando. Es cierto que su fama de mujeriego lo precedía, y que, aparte de sus dos matrimonios, había tenido numerosas aventuras extramatrimoniales, a menudo con ayudantes y secretarias. Sin embargo, nunca había dejado que su gusto por las mujeres nublara su juicio profesional y en Jane había visto a una joven inteligente e intrépida, sobradamente preparada para emprender la aventura que le estaba proponiendo. Jane, por su parte, siempre vio a Leakey como un padre y un mentor, su maestro y su aliado. Y, por supuesto, aceptó inmediatamente la propuesta de trabajar con él.

Antes de subir al Land Rover que la llevaría a Olduvai, Jane se miró en el espejo retrovisor. Por lo general, solía llevar el pelo suelto, porque era poco amante de peinarse. Pero a sabiendas de que en la excavación tendría pocas oportunidades de lavarse el pelo, había decidido recogerse

la melena en una coleta floja, ni muy alta ni muy baja, a la que aún se estaba acostumbrando. En aquel momento, ni siquiera podía sospechar que la imagen que le devolvía el espejo se acabaría convirtiendo en icónica.

De camino a la excavación, Jane no dejó de preguntarse cómo sería aquel lugar remoto y desconocido situado en las planicies del Serengueti del norte de Tanzania. La capa más antigua de aquel yacimiento se remontaba a casi dos millones de años, por lo que Leakey estaba convencido de que era la cuna del origen del hombre. En la primera noche de camino a Olduvai, mientras preparaban un campamento temporal, Jane tuvo por fin la sensación de pisar lo que siempre había imaginado que era África. Lejos por fin de la ciudad, el aire seco y cálido que le acariciaba el rostro parecía susurrar: «Te estábamos esperando».

Al llegar, Jane se quedó muda ante la belleza del paisaje. Aquel yacimiento arqueológico que Leakey excavaba desde 1931 en busca de información que confirmara sus teorías había sido un lago millones de años antes, y su color rojo intenso destacaba en el paisaje ocre y verde que lo rodeaba. Enseguida se estableció una rutina de trabajo. La expedición se levantaba al amanecer, desayunaba y partía hacia las excavaciones. Para Jane fue una experiencia fascinante que relató años después en su libro *En la senda del hombre*:

> La tarea era puramente rutinaria, pero de vez en cuando, y sin previo aviso, me asombraba al ver, al sentir, algún hueso sobre mi mano. Este, este mismo hueso, había sido una vez parte de un animal vivo que respiraba, que había caminado, que había dormido y que había propagado su especie. ¿Cómo era realmente? ¿De qué color tenía el pelo? ¿A qué olía su cuerpo?

Por las tardes, Jane y una de las investigadoras que acompañaban a Leakey, una joven llamada Gillian, disfrutaban de tiempo libre. En una ocasión, mientras paseaban por la garganta oyeron un rugido y distinguieron un león a menos de cinco metros. Sin posibilidad de huir,

Jane y Gillian empezaron a discutir sus opciones:

—Yo creo que lo mejor es esconderse e intentar llegar al fondo de la garganta —dijo Gillian.

—No —respondió Jane—. Lo que hay que hacer es caminar tranquilamente por la garganta y escalar hasta la explanada. Tenemos que ir hacia arriba, no hacia abajo.

Tras discutir un momento, Jane convenció a su amiga de su plan y empezaron a ascender tranquilamente por la garganta. El león las siguió de lejos un rato, hasta que se detuvo y se limitó a observarlas mientras ellas desaparecían de su campo de visión. Ya en el campamento, Louis felicitó a Jane por haber tomado la decisión correcta.

A orillas del lago Tanganica vivía una colonia de chimpancés que Leakey quería estudiar. Era una empresa peligrosa, porque aquellos animales eran más fuertes que una persona, pero estaba convencido de que su observación le daría pistas para entender cómo vivían los humanos de la Edad de Piedra. Siempre que Leakey sacaba el tema a Jane le daba un vuelco el corazón. Sabía que no tenía la formación necesaria, pero deseaba vivir entre animales, era lo que siempre había soñado. Un día, se armó de valor y se ofreció para llevar a cabo el proyecto:

—¡Ya era hora! —exclamó Leakey entusiasmado.

Jane se apresuró a decir que no tenía los conocimientos adecuados. Esto para Louis no era un problema: prefería a alguien que no tuviera la mirada contaminada por teorías. Además, para aquel proyecto, quería a una mujer. Creía que las mujeres eran las únicas capaces de observar correctamente a los animales en libertad. No solo porque las consideraba más empáticas y pacientes, sino porque las comunidades de chimpancés están dominadas por un macho, y este nunca permitiría que un hombre se acercara. Sin embargo, Leakey sabía que no todo el mundo tenía su mismo punto de vista. Jane era mujer, lo que suponía ya de entrada un desafío de cara a conseguir financiación; por si fuera poco, la muchacha tenía razón: sin un título académico, era difícil que

los tomaran en serio.

Jane regresó de la expedición en Olduvai ilusionada con aquel proyecto. Louis le había pagado por su trabajo y, con ese dinero, le compró un billete a su madre. A fin de cuentas, Vanne la había alentado desde siempre a perseguir su sueño y, ahora que se estaba haciendo realidad, Jane quería mostrarle su nuevo hogar. Vanne estaba muy ilusionada porque, casi sin querer, el sueño de su hija se había convertido en el suyo, y deseaba ver con sus propios ojos aquel continente que había hechizado a su primogénita. La madre de Jane aterrizó en Nairobi en septiembre de 1958 dispuesta a pasar allí unos meses. Mientras tanto, Leakey había conseguido el permiso necesario para que Jane llevara a cabo el «Chimpanzee Project». Sin embargo, había un problema: para poder entrar en The Gombe Stream Chimpanzee Reserve, el actual Parque Nacional de Gombe, los oficiales del Gobierno de la región de Kigoma exigían que Jane fuese acompañada de otra persona. Por suerte, no tuvieron que buscar mucho. En cuanto Vanne se enteró, se ofreció inmediatamente como voluntaria.

Con los permisos en regla, solo quedaba pendiente la financiación. Louis quería solicitar una beca, pero pensó que, mientras tanto, sería mejor que Jane volviera a Inglaterra, porque de momento no podía pagarle un sueldo. Además, así podría aprovechar para leer sobre zoología y prepararse por su cuenta para la misión. Aunque al principio la idea no le hizo mucha gracia, Jane comprendió enseguida que aquel regreso era temporal y necesario para preparar su aventura. Antes de darse cuenta, estaría de nuevo en África.

Jane pasó la Navidad de 1958 en The Birches con su familia, pero ella ya no era la misma. Cada vez que Vanne la miraba, veía a la niña que había pasado horas en un gallinero para saciar su curiosidad y comprendió que su hija ya no le pertenecía a ella, sino a aquella tierra ocre de llanuras eternas.

2

CUMPLIR UN SUEÑO

Ahora tendremos que redefinir lo que es una herramienta, lo que es el hombre o aceptar que los chimpancés son humanos.

LOUIS LEAKEY

Reflexiones sobre las primeras observaciones de Jane

Al principio, los chimpancés de Gombe huyeron ante la presencia de Jane, pero durante los meses que siguieron, gradualmente se fue ganando su confianza. En la imagen anterior, Jane Goodall en Gombe durante la década de 1960.

En enero de 1959, Jane se mudó a Londres en busca de un trabajo con el que mantenerse mientras esperaba noticias de Leakey. Por suerte, Jane no tardó en encontrar un empleo. A las pocas semanas de llegar a la capital empezó a trabajar en el zoo de Londres, aunque su actividad no estaba directamente relacionada con los animales, como ella habría preferido, sino con sus estudios de secretaria. Fue contratada por el canal Granada Television, que hacía un par de años que había creado una unidad en el zoológico con dos objetivos principales: el primero, grabar a los animales del zoo de manera sistemática y profesional para facilitar su estudio a los científicos y, el segundo, emitir un programa semanal de divulgación científica. Jane, como ayudante de la responsable del archivo, tenía que ver todas las cintas e indexarlas, indicando qué animal o animales se veían en ellas y qué actividad estaban llevando a cabo. Muchos días, mientras revisaba la enésima cinta de un animal masticando o espantando moscas con el rabo, podía oír en su cabeza la voz de su madre: «Como secretaria, podrás trabajar en cualquier parte del mundo». Por supuesto, a Jane aquel trabajo administrativo le seguía pareciendo tan aburrido como siempre, pero era lo suficientemente inteligente para ver el lado bueno de su situación. Cada día, aprovechaba la hora de comer para pasear por el recinto del zoológico y observar a los animales, a pesar de que, como confesó a un amigo por carta, «Hay animales a los que no soporto ver enjaulados, sobre todo a los africanos». Con el tiempo, se hizo amiga de algunos cuidadores y llegó a poder entrar a ratos en la jaula de Alex, el orangután, su animal preferido del recinto.

En el zoo también había tres chimpancés, dos hembras y un macho, llamado Dick, a los que Jane acostumbraba a observar como preparación para su futuro trabajo en Tanganica. El espacio que tenían asignado no era más que una diminuta jaula de cemento, donde apenas se podían mover, y Jane no tardó en observar que Dick se pasaba el día

solo e inmóvil en una esquina, tocándose los dedos de una mano con la otra y moviendo la boca como si farfullara. Aquel comportamiento, que muchos consideraban desasosegante o inquietante, desprendía un mensaje meridiano para Jane: Dick estaba sufriendo. Al observarlo, Jane percibía claramente su dolor, la pena que aquel aislamiento generaba en el animal, y no podía evitar empatizar con él. Un día, mirándolo a los ojos, le hizo, y se hizo a sí misma, una promesa en silencio: «Algún día haré todo cuanto esté en mi mano para ayudarte a ti y a los tuyos».

Jane no tenía ni idea de cuánto tiempo iba a tener que permanecer en Londres. Cuando la había mandado de vuelta a Europa, Leakey le había asegurado que pronto conseguiría la financiación necesaria para llevar a cabo el «Chimpanzee Project», pero no había hablado de plazos concretos. Aquella incertidumbre desesperaba a Jane, ¿y si nadie confiaba en Leakey? ¿Y si nadie creía que una joven inglesa sin estudios como ella fuera capaz de convivir con chimpancés salvajes?

Así, los primeros diez meses en Londres transcurrieron entre el trabajo, los paseos por el zoo, las dudas y la añoranza de África. Pero todo cambió un día de octubre de 1959. Aquella mañana, mientras ordenaba papeles en la oficina, oyó abrirse la puerta y, al alzar la vista, se encontró cara a cara con un rostro que reconoció al instante. Era John Napier, un reputado primatólogo especializado en anatomía comparada, que había acudido al archivo para consultar unas cintas. Jane había oído a Leakey hablar de él en un par de ocasiones, y decidió que aquella era una oportunidad que no podía dejar pasar.

Sin dudar ni un momento, Jane se levantó, extendió su mano y se presentó a Napier:

—Buenos días, señor Napier. Usted no me conoce, pero mi mentor, el señor Louis Leakey, me ha hablado de usted en diversas ocasiones. Me llamo Jane Goodall y he estado un año trabajando con el señor Leakey en Kenia.

Napier la miró sorprendido y ella siguió explicándole que se estaba preparando para llevar a cabo un trabajo de campo en Gombe, en el

lago Tanganica. Su objetivo era estudiar un grupo de chimpancés en libertad, pero había tenido que volver a Londres mientras Leakey buscaba financiación para el proyecto. John Napier la miró un segundo con incredulidad. ¿En serio iba aquella chica jovencísima y de aspecto frágil a pasarse meses en la selva rodeada de chimpancés? Otros lo habían intentado, siempre hombres, pero ninguno hasta entonces había obtenido resultados interesantes. Sin embargo, mientras Jane le explicaba que su objetivo era aprender el máximo posible sobre los chimpancés antes de regresar a África y le decía lo mucho que le agradecería que él la orientara un poco en este campo, Napier pensó que Leakey acostumbraba a saber lo que hacía, y que, si él consideraba que Jane era capaz de llevar a cabo aquella investigación, seguramente lo fuera.

Así, John Napier se ofreció a dar clases particulares de anatomía comparada a Jane a partir de marzo del año siguiente. Mientras tanto, le proporcionó una serie de libros y artículos científicos de primatología para que pudiera prepararse y formarse por su cuenta. Jane estaba entusiasmada con la idea, y esa misma tarde acudió a la biblioteca del Museo de Historia Natural, que tan bien conocía, para hacerse con el material que le había recomendado Napier. Pasó los siguientes meses aprovechando todo el tiempo libre que le dejaba su trabajo para leer y estudiar. Entonces llegó marzo y Jane dejó el trabajo para poder dedicarse por completo a las clases particulares. Para entonces, también se había puesto en contacto con el primatólogo y amigo de Leakey Osman Hill, que accedió a darle clases complementarias sobre el comportamiento de los primates.

Jane estaba accediendo a todo el conocimiento disponible en la época sobre el comportamiento animal, en general, ya que la etología, la ciencia que estudia precisamente esto, era entonces una disciplina incipiente, y la información disponible era escasa y fragmentada. El austríaco Konrad Lorenz, considerado padre de la etología, había empezado sus estudios en 1935, apenas un año después del nacimiento

de Jane. Como el doctor Doolittle, el personaje de ficción que había acompañado a Jane en su infancia a través de los libros, Lorenz había llenado su casa de animales salvajes. Desde pequeño siempre había querido saber más sobre el comportamiento del ganso gris silvestre, pero había estudiado Medicina por presiones familiares antes de adentrarse en la zoología. Aunque Lorenz no estudiaba a los animales en su hábitat natural, sí les daba libertad para entrar y salir de su casa a su antojo, a diferencia de los científicos de la época, que acostumbraban a observar animales enjaulados. Los estudios de Lorenz sobre las relaciones maternofiliales en animales fueron los precursores de la teoría del apego entre humanos, y le valieron el Premio Nobel de Medicina en 1973, junto con Nikolaas Tinbergen y Karl von Frisch.

Por su parte, otros etólogos, como el neerlandés Nikolaas Tinbergen, sí habían comenzado a trasladarse al hábitat de su objeto de estudio. Tinbergen introdujo en la teoría los conceptos de ontogenia, el desarrollo de una conducta a lo largo de la vida de un animal, y de filogenia, el desarrollo de esa conducta a lo largo de la evolución. El objeto de estudio de este zoólogo fueron los cantos de los pájaros, e intentaba averiguar si era un rasgo heredado o aprendido.

Por su parte, el etólogo austríaco Karl von Frisch, que ya a principios de siglo había estudiado la capacidad de los peces para distinguir colores y sonidos, destacó en el estudio de las abejas y, en concreto, de la danza que les permite mostrar a sus compañeras de colmena cómo llegar hasta la fuente de alimento. ¿Cómo era posible que otras abejas supieran seguir el mismo camino? Frisch no solo demostró que realizan un movimiento muy concreto que permite transmitir información mediante la vibración del abdomen, sino que además explicó que las abejas se orientan con el sol.

Napier y Hill hablaron a Jane de todos estos científicos y de sus estudios, pero a ella aquella forma de trabajar con animales no acababa de convencerla. Su aspiración, desde pequeña, no era hacer experimentos con animales en cautividad, sino observarlos en su hábitat,

anotando y grabando todo lo que le fuera posible.

Todas aquellas lecturas y clases mantuvieron a Jane muy ocupada, tanto que tardó en darse cuenta de que algo fallaba. Un extraño vacío, un silencio a gritos. Hacía meses que no sabía nada de Leakey. Ni una carta, ni un telegrama, ni una sola noticia. ¿Qué estaba pasando? ¿A qué venía aquel silencio? Jane temió lo peor, y empezó a pensar que se había pasado de optimista, que todo lo que había sucedido en África había sido demasiado bueno para ser verdad. «Ya está, aquí acaba mi sueño —pensó—. Será mejor asumir que nadie está dispuesto a financiar ese proyecto, que Louis ha comprendido que esto no va a ninguna parte y está buscando una manera amable de decírmelo.»

Jane tenía razón en una cosa, a Leakey le había costado mucho encontrar financiación para su novedoso proyecto en Gombe. Pero ese no era el motivo de su silencio. De hecho, hacía ya algún tiempo que Louis Leakey había logrado convencer a la Wilkie Foundation, una fundación privada estadounidense que ya había financiado algunos de sus proyectos arqueológicos, para que le proporcionara los tres mil dólares necesarios para llevar a cabo el «Chimpanzee Project». Sin embargo, había decidido no contárselo todavía a Jane. El motivo tenía nombre y apellido: Cathryn Hosea. Leakey había conocido a la joven estudiante de antropología estadounidense Cathryn Hosea durante una gira de conferencias en Estados Unidos para presentar uno de sus descubrimientos arqueológicos en Olduvai. Había sido durante una cena en Cincinnati, ofrecida por uno de los catedráticos de la universidad, y ambos se habían caído bien de manera casi instantánea. Leakey le había explicado a Cathryn el proyecto de Gombe y le había ofrecido viajar a África para llevarlo a cabo. Exactamente lo mismo que le había ofrecido a Jane hacía apenas unos meses. Aunque explicado así podría parecer que Leakey estaba cometiendo un acto de alta traición, y en cierto modo así era, tenía sus motivos. Llevaba un tiempo dándole vueltas al hecho de que Jane era una joven inteligente, observadora, paciente y muy motivada, pero carecía por completo de formación académica. Eso que

al principio le había parecido casi una ventaja, se estaba empezando a convertir en un obstáculo a la hora de hablar del proyecto en el ámbito universitario. Leakey creía que Jane era perfectamente capaz de llevar a cabo el trabajo, pero era muy consciente de que cualquier descubrimiento que se hiciera en Gombe tendría que ser validado por la academia, y había empezado a dudar seriamente de que Jane fuera aceptada por la élite intelectual. Cathryn Hosea, por su parte, tenía estudios de antropología, y Leakey pensaba que sus observaciones podían ser mejor recibidas en los círculos académicos. La joven estadounidense se mostró entusiasmada por la idea, y ella y Leakey mantuvieron correspondencia durante unos meses para acabar de establecer los términos de su colaboración. Fueron los mismos meses durante los cuales Jane no supo nada de Leakey. Sin embargo, Hosea no había estado nunca en África y el tamaño de la empresa se le hacía complicado de manejar. Al final, el miedo, o el sentido común, pesaron más y la joven acabó declinando la oferta de viajar a África, a pesar de reconocer que era «la oportunidad de su vida».

Pero Leakey no era el único que estaba ocultando información. Jane también estaba evitando explicarle una cosa a su mentor: estaba saliendo con un chico. Entre el estudio y el trabajo, Jane había encontrado tiempo para disfrutar de la vida nocturna londinense y, en una visita a un conocido bar de ambiente bohemio, frecuentado por músicos y poetas, se había cruzado con Robert, un atractivo actor más o menos de su misma edad. Jane y Bob, como ella lo llamaba, empezaron a salir inmediatamente, y formaban una pareja enamorada, pero improbable: aunque él disfrutaba escuchando a Jane hablar de chimpancés y pensaba que era una mujer fascinante y avanzada a su tiempo, no se veía a sí mismo viviendo en una tienda de campaña. Sin embargo, no le importaba que ella se embarcara en expediciones, siempre que regresara cada tanto a Inglaterra. Ella no acababa de estar convencida de esa solución, porque era consciente de que el estudio de Tanganica, si llegaba a llevarse a cabo, podía durar años. No obstante, y

a pesar de todos los inconvenientes sobre el papel, Bob y Jane estaban tan enamorados que decidieron prometerse. Su compromiso se hizo público en la sección de ecos de sociedad del *Daily Telegram*, como era costumbre en la época, el 13 de mayo de 1960. Pero la situación estaba a punto de dar un vuelco.

Después de meses de silencio, Jane recibió por fin una carta de Louis Leakey. Este, después de la negativa de la candidata estadounidense, y teniendo ya en su poder el dinero necesario para arrancar la expedición, había recuperado su plan inicial y había decidido mandar a Jane a Gombe, con credenciales o sin ellas. Por supuesto, no explicó nada de esto a Jane, a quien solo emplazó a tomar un avión a África el 31 de mayo en compañía de su madre, que debía acompañarla en la expedición tal y como habían pactado con las autoridades británicas. Cuando Robert supo esto, insistió en celebrar la boda inmediatamente, pero Jane se negó. Antes de comprometerse de por vida con un hombre, tenía que descubrir si sería capaz de vivir lejos de África. Antes de casarse, tenía que conocerse a sí misma. Jane prometió a Bob que la separación sería temporal, pero en el fondo de su corazón sabía que estaba mintiendo. Si el amor de su vida resultaba ser África, nada ni nadie podría separarla de ella. Ella entonces no lo sabía, pero seis meses después escribiría una larga carta a Bob explicándole que lo suyo no podía ser; rompiendo su compromiso y el corazón del joven actor.

Al bajar del avión en Nairobi, Jane sonrió al sentir el cálido abrazo del aire africano. Los colores y la luz largamente rememorados estaban allí, ante sus ojos. Por fin volvía a pisar aquella tierra que tanto había añorado. Vanne, que la acompañaba en aquella aventura, tal y como estaba previsto, miró de reojo a su hija y, al ver su sonrisa y el brillo de sus ojos, dio gracias en silencio porque hubiera decidido no casarse antes de subir a aquel avión.

En el aeropuerto las esperaba Louis Leakey, que las observó acercarse

a él con aire apesadumbrado.

—De momento no vais a poder ir a Gombe —les dijo.

A Jane se le borró la sonrisa del rostro. No podía creer lo que estaba oyendo. ¿Qué había sucedido? Leakey les explicó que había estallado un conflicto violento entre los pescadores de la costa de Gombe al respecto de las cuotas de pesca, y que las autoridades de Kigoma, la ciudad de la que dependía la zona, consideraban que era peligroso establecer allí un campamento de extranjeros.

Sin embargo, Louis tenía un plan alternativo, y les explicó que irían un poco más al norte, a Lolui, una pequeña isla del lago Victoria habitada por una comunidad de monos de la especie cercopiteco verde. Estos monos son mucho más pequeños y menos agresivos que los chimpancés, y Leakey pensaba que servirían a Jane para practicar sus habilidades antes de ir a Gombe.

Así, sin más dilación, partieron hacia el puerto de Kisumu, donde las esperaban Hassan, el capitán del barco de Louis Leakey, y a quien el científico consideraba como un miembro de su familia, y su ayudante Hasimi. La isla de Lolui estaba deshabitada, y el plan era dormir en el barco y pasar el resto del día en la isla, desde bien temprano. El primer desembarco de Jane en Lolui tuvo lugar el 11 de junio de 1960. Pronto se estableció una rutina en la que se despertaba a las 5:45 y bajaba a tierra con sus prismáticos y una libreta para empezar la observación. A las 9:00 regresaba al barco para desayunar y observar a los monos que se acercaban a la orilla del lago a beber. Después, madre e hija volvían a tierra, Jane a observar y Vanne a recopilar insectos, flores y otros especímenes. Vanne solía volver al barco sobre las 14:00 para ordenar sus hallazgos, y regresaba a la isla sobre las 18:00. En todo ese tiempo, Jane estaba en su puesto, observando y apuntando en la libreta todo cuanto le parecía interesante. Concentrada y prácticamente inmóvil. Cuando se ponía el sol, madre e hija volvían al barco y tomaban la única comida caliente del día. Jane pasaba una hora ordenando sus notas y escuchaba por radio las noticias de las nueve de la noche antes de

acostarse.

Aquella rutina se repitió a diario hasta el 29 de junio, cuando Leakey les mandó un mensaje anunciándoles que la expedición había llegado a su fin y que debían regresar a Nairobi. A Jane aquellos días le sirvieron para descubrir sus propios ritmos y habilidades, aprender a observar, acostumbrarse al silencio, la inmovilidad y la soledad, descubrir la mejor manera de tomar notas, qué ropa era la más adecuada o qué movimientos toleraban, y cuáles no, los animales salvajes. Por ejemplo, Jane constató enseguida que intentar ocultarse o pasar desapercibida, como habían intentado otros científicos antes que ella, era un auténtico error. Por mucho que lo intentara, los chimpancés notaban su presencia enseguida. Así que decidió hacer lo que había hecho siempre en el jardín de The Birches, acercarse a los animales sin esconderse, mostrando abiertamente que no pretendía otra cosa que observar. Lolui fue su escuela en África, como lo había sido años atrás el jardín de The Birches, donde la Jane niña había pasado horas observando la naturaleza que la rodeaba. Jane dejó Lolui con mucha pena, aquellos pocos días le habían hecho encariñarse profundamente de los monos que habitaban la isla, y habría preferido tener mucho más tiempo para establecer lazos con ellos. Pero no podía ser.

Después de unos días en Nairobi comprando provisiones y haciendo maletas, Vanne y Jane se subieron con todo el equipaje en un todoterreno conducido por Bernard Verdcourt, el botánico del museo en el que Jane había trabajado con Leakey. El trayecto desde Nairobi hasta el puerto de Kigoma, a orillas del lago Tanganica, duró cuatro días y, al llegar, Jane contempló admirada aquella extensión casi infinita de color azul pálido, que se confundía con el cielo. Aquella imagen la enamoró.

Sin embargo, la belleza de aquella primera visión pronto quedó ensombrecida por más malas noticias. Las autoridades habían vuelto a cancelar su expedición. La otra orilla del lago Tanganica era territorio congoleño. Después de más de cincuenta años como colonia, el país acababa de independizarse de Bélgica, y la situación allí era

francamente convulsa, con estallidos de violencia constantes. Las autoridades de Kigoma temían que la violencia llegara a su orilla del lago como, de hecho, ya estaban llegando cientos de refugiados belgas, la mayoría mujeres y niños. Al ver el miedo en sus ojos, Jane y Vanne decidieron que no podían quedarse de brazos cruzados, y se pasaron los siguientes días ayudando a los refugiados, repartiendo comida y mantas y, sobre todo, reconfortando a aquellas personas que huían de sus hogares hacia un destino incierto.

La emergencia duró apenas unos días, pero las autoridades seguían sin dar luz verde a la expedición. Ante esta perspectiva, y teniendo en cuenta que sus recursos económicos eran muy limitados, Jane, Vanne y Bernard decidieron montar sus tiendas y acampar a la espera de una respuesta afirmativa de las autoridades. Por fin, el 14 de julio les concedieron el permiso para zarpar. Había llegado el día que Jane llevaba tanto tiempo esperando.

A bordo del *Kibisi*, la pequeña embarcación de aluminio en la que Jane y Vanne se dirigían a su destino acompañadas de Dominic, el cocinero africano que se encargaría de alimentarlas, y David Anstey, el guarda forestal asignado por las autoridades como guía, la futura primatóloga miraba ensimismada el lago Tanganica con esperanzas renovadas. Hacía apenas unos minutos que se habían separado de Bernard, que tenía que llevar el todoterreno de vuelta a Nairobi. Él se había despedido de su amiga Jane y de la madre de esta con cierta preocupación. Al fin y al cabo, los chimpancés eran animales peligrosos. ¿Y si les sucedía algo malo en Gombe? Sin embargo, no había manifestado nada de esto en voz alta y, en cambio, había sonreído desde la orilla diciendo adiós con la mano hasta que había perdido el barco de vista. Por su parte, a Jane no le preocupaban los posibles peligros, sino que la mala suerte que había rodeado a aquella expedición desde un principio pudiera volver a hacer acto de presencia. Sentada en la cubierta, con la brisa

acariciándole el rostro, deseó con todas sus fuerzas que aquel trayecto en barco sirviera para cambiar su suerte.

Al desembarcar por fin en Gombe, Jane se detuvo un instante a mirar a los pescadores que estaban en la orilla revisando sus capturas, pero David, el guarda, le hizo un gesto para que siguiera avanzando. Ya habría tiempo de conocer a los nativos cuando montaran el campamento. Al llegar a la zona de acampada de los guardas del parque natural, David indicó a Dominic un sitio donde poner su tienda y acompañó a Jane y a Vanne a un claro un poco apartado.

—Aquí nadie las molestará —les dijo.

La costa de Gombe era entonces, y aún es hoy en día, un lugar exuberante. Su interior montañoso está totalmente cubierto de una flora exuberante habitada por animales de todo tipo, algunos muy peligrosos, como las cobras y otras serpientes venenosas, y, claro está, una importante población de chimpancés. Además, el lago Tanganica es uno de los más limpios del mundo, y en sus aguas cristalinas y frescas no solo se puede pescar, sino también bañarse, lo que resulta muy agradable en los meses calurosos. Sin embargo, Jane y Vanne necesitaron cierto tiempo para adaptarse a aquel paraíso. Por un lado, ambas perdieron bastante peso, porque la comida no abundaba y era muy monótona, se limitaba a legumbres enlatadas acompañadas de algo de carne y verdura. Además, David, el guarda, les había advertido que, por muy tentador que resultara, no fueran a bañarse al lago, para evitar escandalizar a los nativos, por lo que madre e hija tenían que conformarse con un pequeño riachuelo que pasaba cerca de su tienda o con baños en una bañera que se enfriaba a toda prisa. Y eso por no hablar de la letrina cavada en el suelo y rodeada por unas cañas para que gozaran de algo de «intimidad». Todo esto rodeadas de arañas, animal que Vanne detestaba. Y, por si fuera poco, durante los primeros meses ambas contrajeron fiebres, seguramente malaria, lo que las obligó a regresar a tierra para tratarse y guardar reposo.

En 1960, cuando Jane comenzó a estudiar a los chimpancés salvajes a orillas del lago Tanganica, las autoridades británicas se mostraron contrarias a que una mujer viviera sola entre animales salvajes en África. Cuando Vanne, la madre de Jane (en la foto con su hija), decidió acompañarla no tuvieron más remedio que acceder.

Por fin, después de una semana de adaptación, Jane intentó establecer una rutina similar a la que había llevado en la isla de Lolui. Despertar antes del amanecer, desayunar un pedazo de pan y una taza de café y

salir en busca de chimpancés. En teoría, su trabajo consistiría en localizar, observar y anotar durante todo el día y volver al campamento cada noche.

Pero no iba a ser tan sencillo. Gombe era muy distinta de Lolui. Por ejemplo, no estaba deshabitada, y la presencia de la joven inglesa no pasó desapercibida a los nativos, que empezaron a dudar de ella y de sus intenciones. ¿Por qué había ido una joven blanca hasta Gombe para observar chimpancés? ¿Quién era en realidad? ¿Qué pretendía? Seguro que era una espía al servicio del Gobierno británico. Después de unos días de tensiones, David, el guarda, propuso a Jane hacer de mediador y reunirse con el jefe de Mwamgongo, una aldea próxima, para buscar una solución que satisficiera a los nativos y le permitiera a ella seguir con su actividad. Jane aceptó a regañadientes. En realidad, no entendía por qué tenía que negociar con nadie, ella había ido a observar chimpancés, lo único que quería era que la dejaran en paz.

La conversación entre el jefe de la aldea y David fue larga y complicada, pero al final acordaron que Jane tendría que ir acompañada en todo momento por el hijo del jefe y otro hombre de la aldea. Su misión principal, aparte de hacer de guías, consistiría en revisar la cantidad de chimpancés que Jane apuntaba en su libreta. Jane estaba indignada. Ella quería trabajar sola, pero David le hizo entender que no tenía opción, o aceptaba o tendría que dejar Gombe. Por su parte, la petición de los nativos tenía cierto sentido. Aquella zona era una reserva natural y sus habitantes temían que si aquella inglesa anotaba que había más chimpancés de los que había en realidad, las autoridades coloniales los expulsarían de ella por considerar que merecía una protección especial.

A Jane aquella escolta implacable la enervaba. ¿Cómo iba a poder observar algo de valor con aquella gente pegada a su espalda? Por su experiencia en Lolui, sabía que los animales salvajes son tímidos y distantes, y que la única manera de acercarse a ellos es en solitario y de manera discreta. La certeza de que tendría que trabajar acompañada en

todo momento por dos hombres la deprimía, pero intentó ver el lado bueno. Al fin y al cabo, ellos conocían el terreno y ella no. Eso seguro que le sería de ayuda.

Sin embargo, con el paso de los días, quedó claro que la motivación de los nativos no era tan potente como la de Jane y que, para ellos, su tarea de acompañarla resultaba un encargo tan molesto como lo era para Jane tenerlos como escolta. Ella insistía en empezar el día a las 6:45, pero ellos rara vez se presentaban en el campamento antes de las 8:00. Además, cuando estaban cansados se detenían o daban media vuelta para volver a casa. Todo aquello sacaba de quicio a Jane, que veía pasar los días sin hacer avances, lastrada por el comportamiento irresponsable de sus «guardaespaldas». A mediados de agosto, harta de la falta de formalidad de aquellos hombres, Jane empezó a desafiar a las autoridades saliendo de expedición por su cuenta. Aquella situación solo duró una semana, pero su gesto provocó que el guarda David hablara con la gente de la aldea y buscara dos sustitutos africanos a la altura de las circunstancias. Así, a principios de septiembre, Jane tuvo por fin una escolta local dispuesta a trabajar con el mismo ahínco que ella, y pudo empezar a hacer avances en sus observaciones.

A pesar de todas las dificultades, Jane había logrado avistar chimpancés desde el primer día. Pero, durante las primeras semanas, sus observaciones habían sido siempre de lejos, con la ayuda de prismáticos y desde las copas de los árboles. Cuando intentaba acercarse, los chimpancés la veían y huían despavoridos. Aquella situación frustraba mucho a Jane y la deprimía. Se preguntaba qué información de provecho iba a ser capaz de obtener si lo único que estaba consiguiendo era intuir formas poco definidas comiendo fruta en grupo, casi siempre de espaldas, sin poder siquiera distinguir a unos animales de otros.

Al caer la noche, los chimpancés se acercaban al campamento para vandalizarlo. Robaban ropa y cualquier cosa que encontraran a su

alcance, intentaban morder la lona de la tienda... El mensaje era claro: no era bienvenida. Los días pasaban y Jane empezaba a sentirse profundamente frustrada. ¿Y si todo el esfuerzo y las dificultades no habían servido para nada? ¿Y si no conseguía hacer ninguna observación? Solo disponía de seis meses para ganarse la confianza de aquellos animales, y ya habían pasado dos. ¿Bastaría ese tiempo para lograrlo? Ella había fantaseado en todo momento con trabajar en Gombe como lo había hecho en Lolui, en solitario y a su ritmo, pero ahora se veía obligada a trabajar acompañada y temía no ser capaz de alcanzar así su objetivo. Quizá necesitaría más tiempo, pero, sin resultados, ¿podría Leakey obtener más dinero para alargar el proyecto? Probablemente no. Una vez más, su sueño de vivir en África entre animales se le escapaba entre los dedos como el agua. Precisamente cuando más cerca creía estar de conseguirlo.

En aquellos días complicados, una Jane más cansada y más delgada que nunca descargaba su frustración con su madre. Vanne, a quien todos aquellos contratiempos no habían hecho perder su serenidad ni la fe en su hija, la escuchaba y la reconfortaba, incluso cuando Jane afirmaba que no sería capaz de soportarlo. Años después, en su libro *En la senda del hombre*, Jane reconoció que fue la fuerza mental y el apoyo incondicional de su madre lo que la ayudó a resistir aquellas primeras semanas:

> Qué bonito era volver a casa cada noche y encontrarse con una cálida bienvenida. Qué placentero fue poder discutir las cosas del día, frustrantes o emocionantes, junto al fuego durante la cena y escuchar el murmullo del campo.

Después de casi cinco meses de observaciones a lo lejos, pocos avances y mucha frustración, uno de los chimpancés que Jane llevaba semanas observando empezó por fin a cambiar su actitud hacia ella. Aquel chimpancé, al que Jane describía como «muy guapo, con barba gris, dedos grisáceos, cara oscura y un poco calvo», y que había bautizado

con el nombre de David Greybeard (David Barbagrís), la había rechazado infinidad de veces. Pero de repente, un día, Jane se percató de que el animal avanzaba delante de ella deteniéndose cuando la perdía de vista y retomando la marcha cuando ella se acercaba. ¿La estaba guiando por la selva? Con el pulso acelerado y una mezcla de miedo y excitación, Jane empezó a seguirlo por las montañas intentando no perderlo de vista. El animal era mucho más ágil que ella y se movía por su terreno, pero estaba claro que quería que la humana lo siguiera. Aquella noche, Jane apenas pudo dormir. Por primera vez desde su llegada a Gombe veía una posibilidad de obtener resultados, y la impaciencia le impidió relajarse. Aquel chimpancé le había devuelto la esperanza.

En los días sucesivos, David siguió comportándose del mismo modo. Iba a buscar a Jane y la llevaba a caminar por la selva como si le estuviera mostrando sus dominios. Después, poco a poco, empezó a acercarse a ella más de lo normal y a dejarse mirar sin mostrar agresividad. Hasta entonces, lo normal había sido que los chimpancés de Gombe huyeran o reaccionaran de manera violenta ante la presencia de Jane. Ella había tenido que aprender a lidiar con aquellos arrebatos, y había descubierto que la mejor forma de conseguir que se calmaran y evitar una agresión era escarbar entre las hojas y fingir aburrimiento. Ella lo llamaba «comportamiento babuino». Sin embargo, David había empezado a actuar de una manera distinta, sin agresividad ni violencia, y Jane ya no tenía que fingir aburrimiento para estar cerca de él. Por primera vez, intuyó que se estaba construyendo una relación de confianza, y decidió seguir su instinto y su experiencia con los animales. Concluyó que lo mejor sería adaptarse al ritmo del animal y no forzar nada. Después de casi cinco meses de frustración y rechazo, Jane vio cómo se abría una posibilidad real de éxito.

Estudiar a los chimpancés de Gombe no fue tarea fácil. Arriba, con paciencia y determinación, Jane los observaba tratando de respetar al máximo su intimidad. Abajo, a medida que iba pasando el tiempo, los chimpancés fueron aceptando su presencia y se acercaron cada vez más a ella.

Aquel chimpancé era el macho alfa de su grupo y de él dependía que los demás aceptaran a un nuevo miembro o no. Con sus gestos, David la estaba dejando entrar en su mundo. Un mundo en el que hasta entonces no había penetrado ningún humano. Un mundo que solo compartía con los que él consideraba «los suyos». A partir de ese día, Jane se convirtió en una más.

En las semanas que siguieron a aquel primer contacto, Jane se limitó a dejarse llevar. Dejó de perseguir a los chimpancés y empezó a esperar que David fuera en su busca y le mostrara lo que él quisiera mostrarle. Se internaba entre los árboles, se quedaba quieta y esperaba. Al poco, aparecía David y la guiaba allí donde él quería. En aquellos días, Jane empezó a identificar y distinguir a otros miembros del grupo, machos y hembras, a los que empezó a poner nombres y a estudiar por separado. La puerta que le abrió David le permitió hacer observaciones sorprendentes sobre el comportamiento de los chimpancés, que hasta entonces no había podido ser debidamente observado por ningún científico. Por ejemplo, Jane observó que los chimpancés duermen en nidos hechos con ramas y hojas sobre las copas de los árboles, y que construyen estos nidos cada día, cambiándolos de ubicación. Jane también empezó a poder distinguir los distintos sonidos mediante los cuales se comunican los chimpancés y entender mensajes sencillos relacionados con peligros o comida, lo que demostraba que tenían un nivel de inteligencia y abstracción superior al que se pensaba.

Sin embargo, la observación más extraordinaria de Jane aún estaba por llegar. Un día, tras seguir a David a un claro, Jane fue testigo de un hecho que cambiaría para siempre las ideas y las teorías sobre los chimpancés. David la había ido a buscar y la había llevado a una zona despejada. Ella se había sentado con la libreta en el regazo dispuesta a documentar, como hacía todos los días, el comportamiento de David. Entonces, el chimpancé agarró una rama fina, le arrancó las hojas y las ramitas hasta dejarla bien pelada y empezó a hurgar con ella un nido de termitas. Al poco, sacó el palo lleno de insectos y empezó a comérselos.

Tras un segundo de incredulidad, Jane se lanzó a escribir en su libreta a toda velocidad, con una mezcla de sorpresa y euforia. Aquel gesto contradecía por lo menos tres ideas, que se creían certezas, que existían en aquel momento sobre los chimpancés. La primera, que eran animales vegetarianos. David se estaba dando un festín de termitas, así que estaba claro que vegetariano no era. La segunda, que los animales no utilizan herramientas. De nuevo, la imagen del animal hurgando con ahínco en el nido de termitas con un palo, porque sus dedos eran demasiado gruesos para entrar en el agujero, era una muestra inequívoca de manejo de herramientas. Y la última, y más importante, que la fabricación de herramientas era un rasgo exclusivamente humano, un rasgo que nos definía y nos diferenciaba del reino animal. El proceso mediante el cual David había pelado la rama para poder usarla demostraba que aquel chimpancé era capaz de «fabricar» una herramienta. Aquel descubrimiento no solo iba a cambiar la forma en la que se definía hasta ese momento a los chimpancés, sino que iba a redefinir el concepto mismo de ser humano. Y lo iba a comunicar ella, una joven inglesa, rubia y menuda, sin estudios ni credenciales, pero con una pasión y una empatía por la naturaleza imposibles de igualar.

Sin embargo, Jane temía que nadie la creyera, que ningún miembro de la academia la tomara en serio. Además, durante todo el proceso, su punto de observación no había sido del todo directo, y David se había movido, dándole la espalda en más de una ocasión. Así que decidió no explicar aún su descubrimiento a Leakey, con quien se comunicaba regularmente por radio y a quien enviaba copias hechas con papel carbón de sus notas semanalmente, hasta tener una confirmación que no dejara lugar a ninguna duda. Y esta no tardó en llegar. Apenas unos días después, David repitió todo el proceso en presencia de Jane y de otro chimpancé que no se mostró para nada alterado ni sorprendido por su comportamiento. Lo que hacía David era normal y habitual, y Jane decidió que era el momento de comunicarle a Leakey que su expedición empezaba a obtener resultados interesantes. Cuando supo del

descubrimiento de su pupila, Leakey le mandó un telegrama en el que le decía: «Ahora tendremos que redefinir lo que es una herramienta, lo que es el hombre o aceptar que los chimpancés son humanos».

El descubrimiento de Jane de que los chimpancés comían carne y empleaban herramientas acabó de convencer a Leakey de que la joven era una observadora extraordinaria capaz de hacer hallazgos importantísimos en el campo de la zoología y la antropología. Pero esta certeza no hizo más que confirmar otra: Jane necesitaba credenciales universitarias para que sus extraordinarios descubrimientos fueran tomados en serio.

La expedición en Gombe finalizó, como estaba previsto, el 27 de noviembre de 1960, y Jane aprovechó para pasar unos días de descanso en Nairobi. Vanne había regresado a Inglaterra unos días antes, el 12 de noviembre, pero para entonces las autoridades ya no estaban demasiado preocupadas porque Jane estuviera acompañada de otra persona europea. Durante las vacaciones en Nairobi, Leakey le reveló a Jane su plan de que estudiara un doctorado en la Universidad de Cambridge. Ella se mostró algo sorprendida por la propuesta: ¿cómo iba a acceder a un doctorado si ni siquiera tenía una licenciatura? Pero Leakey, con una sonrisa traviesa, le aseguró que no tenía que preocuparse por los detalles, que él se encargaría de todo.

Jane estaba convencida de que su regreso a Inglaterra era inminente, pero, mientras Leakey ultimaba los preparativos y se reunía con los responsables académicos, había tenido también una reunión con la National Geographic Society, que solía financiar parte de sus excavaciones en Olduvai. Durante la reunión, había mencionado su proyecto en Gombe y a su protegida Jane Goodall, y National Geographic se había mostrado interesada en financiar también una parte de ese proyecto. Así, gracias a aquel dinero inesperado, Jane regresó a Gombe el 14 de enero de 1961 para proseguir unos meses más sus

observaciones antes de ingresar en la universidad.

La ausencia de Vanne en aquel segundo período fue determinante para forjar el carácter de Jane. Aunque, como en la anterior ocasión, no estaba sola —la acompañaban el capitán Hassan, el cocinero Dominic, la esposa de este y un guía—, Vanne era la única persona con la que Jane hablaba de sus sentimientos y podía ser completamente sincera al respecto de sus preocupaciones y frustraciones. Con su madre en la otra punta del mundo, Jane tuvo que acostumbrarse al silencio y la soledad, y aquello la hizo volcarse aún más en su trabajo.

Durante aquella segunda estancia en Gombe, Jane empezó a percibir todo cuanto la rodeaba cada vez menos como una «cosa» y más como un «ser». Daba los buenos días a su tienda al despertar y saludaba al riachuelo cuando iba a buscar agua. También empezó a hablar con las plantas. Se acostumbró a moverse por las copas de los árboles como los chimpancés, y a menudo se acostaba sobre las ramas. Uno de sus favoritos era una higuera enorme que cada verano alimentaba tanto a los chimpancés como a los pájaros y a los insectos. A veces, la observaba y se preguntaba: «¿Cuánto tiempo llevas aquí?». O: «¿Cuántas lluvias habrás visto y cuántas tormentas salvajes habrán agitado tus ramas?». Su debilidad eran los días lluviosos: «En especial, me encantaba sentarme en el bosque cuando estaba lloviendo, y escuchar el repiqueteo de las gotas sobre las hojas, y sentirme totalmente incluida en el tenue crepúsculo de un mundo de verdes y marrones y humedad».

Pronto descubrió que aquella soledad le reportaba cierta paz y le permitía sentirse más cerca de sí misma, así como establecer un contacto espiritual con todo aquello que la rodeaba. En la soledad del bosque, Jane aprendió a ver destellos de eternidad en los momentos más fugaces. Cuanto más sola estaba, cuanto menos hablaba, más cerca se sentía de la inmensidad de la naturaleza. Fue en ese momento de conexión plena cuando Jane, convertida en una más, comenzó a distinguir mejor los rasgos de cada chimpancé.

Lo que Jane no sabía entonces y descubrió más adelante era que la

generosa subvención de National Geographic no era tan altruista como se podría pensar. A cambio del dinero, la revista quería fotos de Gombe y del trabajo de Jane y, para conseguirlo, pretendía mandar a un fotógrafo al campamento. Cuando Leakey se lo comunicó, Jane se negó en redondo. Ahora que por fin se había quitado de encima a su escolta africana y podía caminar por la jungla en solitario para hacer sus observaciones no iba a permitir que la llegada de una persona extraña lo estropeara todo. Y menos una persona cargada con una cámara ruidosa y un trípode. De ninguna manera. No hacía falta ningún fotógrafo. Ella misma tomaría las fotografías.

Así, a finales de junio, Jane fue a Nairobi un par de semanas para tomarse un descanso y regresó a Gombe con una cámara fotográfica prestada por National Geographic y unas larguísimas instrucciones sobre su manejo escritas por un fotógrafo profesional, que Jane confesó no haber leído porque la aburrían. Comprometida como estaba con su investigación, tomar fotografías se convirtió en una obligación muy molesta para ella, que no se esforzó demasiado y, por desgracia, distaba mucho de tener talento natural para aquella empresa. Del primer carrete de prueba con treinta y siete fotografías que mandó a revelar a la revista dieciséis estaban tan oscuras que no se veía nada, diez estaban movidas y seis, sencillamente, no se podían usar. Solo había una imagen que podía llegar a publicarse: en ella se veía a Jane sentada en una colina mirando por sus prismáticos en busca de chimpancés.

Ante eso, National Geographic insistió de nuevo en enviar a uno de sus fotógrafos profesionales para llevar a cabo la tarea, pero ni Leakey ni Jane iban a dar su brazo a torcer. Por un lado, Leakey no quería que ningún hombre blanco pisara el campamento, tanto para no espantar a los chimpancés como para evitar habladurías, porque Jane estaba soltera, y National Geographic no tenía ninguna mujer fotógrafa en nómina. Por otro, Jane seguía insistiendo en que no quería a desconocidos cerca. Así, ambos llegaron a la conclusión de que lo mejor sería que Judy, la hermana de Jane, que por entonces trabajaba en el

Museo de Historia Natural de Londres y tenía algo de experiencia haciendo fotografías, fuera a Gombe a manejar la cámara. National Geographic aceptó a regañadientes.

Judy llegó a Gombe el 23 de septiembre de 1961, donde encontró a una Jane extremadamente delgada, que describió como «esquelética» en sus cartas, que la esperaba impaciente y eufórica, emocionada de poder revivir de alguna manera el Alligator Club de su infancia, pero ahora en serio, en aquella tierra que para ella se estaba convirtiendo en su hogar. Después de tanto tiempo sin verse, Jane y Judy disfrutaron al máximo de aquel tiempo juntas. Una vez superada la necesaria adaptación de la recién llegada, empezaron a salir de expedición, Jane libreta en mano y Judy cámara al cuello, en busca de información interesante para Leakey e imágenes que pudieran vender a la revista.

La expedición acabó el 5 de diciembre de 1961, día en el que, tras una gran fiesta de despedida en Gombe, las hermanas partieron hacia Nairobi, desde donde tomaron un avión de vuelta a Londres. Una vez allí, mandaron los carretes a Washington para que la revista los revelara. Unas semanas después recibieron una carta amable y algo condescendiente del editor de la revista *National Geographic* en la que les informaba que las fotografías no eran publicables, pero deseaba que al menos hubieran aprendido algo en el proceso.

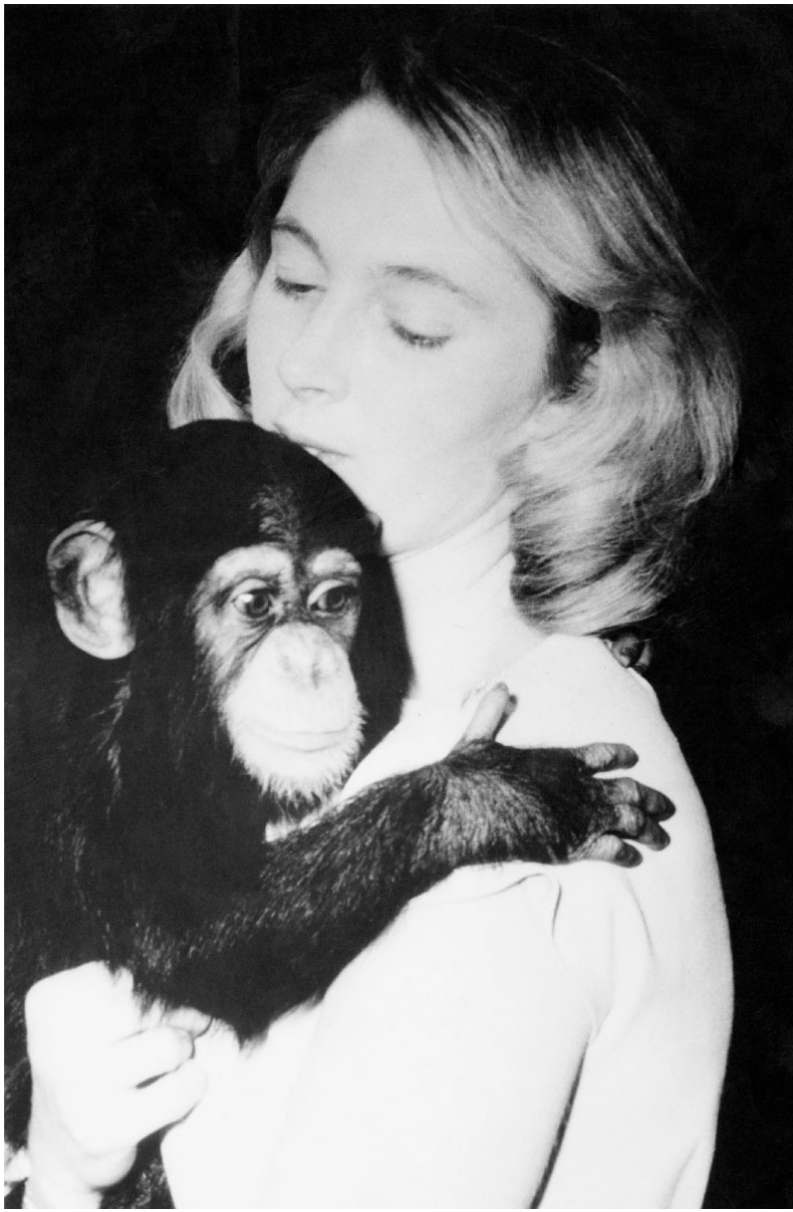
Pero todo aquello no podía importar menos a Jane, que, después de un año y medio observando chimpancés en África, estaba a punto de empezar sus estudios de doctorado en Cambridge.

3

APRENDER NUEVOS IDIOMAS

No puedes compartir tu vida con un perro o un gato si no entiendes que también ellos tienen personalidad, sentimientos y una mente.

JANE GOODALL



Jane descubrió que los chimpancés salvajes experimentan emociones muy parecidas a las de los seres humanos. En la imagen anterior, Jane con una cría de chimpancé a mediados de la década de 1960.

Jane pasó todo el trayecto en tren de Londres a Cambridge mirando por la ventana, redescubriendo el paisaje de su infancia con una mirada nueva. Desde aquellos pastos no la observaría ninguna jirafa curiosa, como mucho, alguna oveja aburrida. Y, sin embargo, Jane estaba emocionada. No era nada habitual que se permitiera a una persona sin estudios acceder directamente a la formación de doctorado, pero Louis Leakey lo había conseguido. Sus contactos, su obstinación y su confianza en el trabajo de Jane habían logrado convencer a los académicos de que los quince meses que había pasado su protegida en Gombe observando chimpancés servían para convalidar cualquier conocimiento previo que pudiera precisar. No en vano, el tiempo pasado en Tanganica convertía a Jane, sin discusión, en la mayor experta mundial en chimpancés. Nadie antes había pasado tanto tiempo observando a aquella especie en su hábitat, y eso debía ser tenido en cuenta.

Por aquel entonces, la Universidad de Cambridge constaba de veintiséis facultades semiindependientes, de las cuales solo tres eran femeninas. En Inglaterra, la formación universitaria había estado completamente prohibida para las mujeres hasta mediados del siglo XIX, cuando habían aparecido las primeras facultades femeninas sufragadas mediante fundaciones privadas y con unos estudios adaptados. Con el paso del tiempo, estas facultades fueron ganando prestigio hasta integrarse en instituciones históricas, pero la segregación por sexos perduró aún muchos años. Jane iba a pasar los siguientes tres años matriculada en una de estas facultades, Newnham, alternando sus estudios con estancias en África para seguir con sus observaciones sobre el terreno, la razón de ser de todo. Con el equipaje en una mano y su nueva máquina de escribir en la otra, Jane se tomó un momento para contemplar el recinto: un precioso conjunto de edificios de ladrillo rojo con grandes ventanales de madera blanca, rodeados de árboles y césped. Aquello era muy distinto de su tienda de campaña, pensó.

En Newnham le asignaron como tutor al profesor Robert A. Hinde, que estaba empezando a estudiar el comportamiento de los monos pero que, tal y como le confesó a Jane en su primera reunión, no tenía mucha idea sobre las líneas de trabajo que ella había estado siguiendo hasta ese momento. Hinde tenía una presencia imponente, era un hombre guapo, de pelo cano y penetrantes ojos azules, conocido en el campus por hacer llorar a sus alumnas con sus preguntas incisivas e inteligentes. No porque fuera agresivo, en absoluto, lo que sucedía era que no le costaba poner en evidencia a sus interlocutoras. Las primeras reuniones con Hinde resultaron muy frustrantes para Jane, como ella misma relató después:

> [Salía de su despacho] llena de frustración y, a veces, desesperación. Ya en mi cuarto solía lanzarlo todo al suelo en un rincón: páginas y páginas, escritas por mí con mucho esmero, llenas de marcas, comentarios y críticas de Robert. Yo deseaba desesperadamente abandonarlo todo y volver a los bosques con mis chimpancés. Pero aunque no siempre estaba de acuerdo con todo lo que decía, comprendía por qué lo decía y en qué me había equivocado en mis confusos intentos de describir el comportamiento de los chimpancés. Entonces recogía todos los papeles que había tirado y, con entusiasmo renovado, volvía a enfrentarme al problema desde cero.

Durante aquellos complicados meses de adaptación, Jane solía escribir a su madre quejándose de que los estudiosos de la conducta de los animales hablaban un idioma muy distinto al suyo. Al parecer, ellos eran «etólogos», término del que Jane no había oído hablar nunca. Al fin y al cabo, ella se había acostumbrado a trabajar en solitario sin un método «científico», y traducir sus conocimientos al lenguaje de los artículos académicos no resultó tarea sencilla. Por fortuna, Jane no perdió en ningún momento la seguridad en sí misma y se mostró, como siempre, tenaz y trabajadora, sin rendirse en ningún momento. Solía encerrarse en la biblioteca rodeada de libros y artículos a reescribir sus trabajos llenos de marcas y comentarios de Hinde. Leía y leía sin parar

todo lo que su tutor le recomendaba y se aplicaba a fondo para volcar en sus escritos todo lo que iba aprendiendo. Con la misma obstinación con la que había pasado horas y horas en las copas de los árboles observando a los chimpancés, con el mismo silencio y concentración, Jane estudiaba sin descanso aquel nuevo idioma. Muy pronto, empezó a escribir artículos científicos publicables y a desarrollar una metodología más estructurada a la hora de hacer observaciones, un sistema que aplicaría en sus siguientes visitas a Gombe y facilitaría su trabajo en el futuro.

Para su sorpresa, algo que no esperaba que fuese un problema, pero que Jane descubrió que sí lo era al mostrar sus notas de campo a Hinde, fue su costumbre de poner nombre a los animales. Según le explicó su tutor, los nombres presuponían que cada individuo era distinto, que contaba con rasgos propios y personales, y eso era algo que la academia de la época no estaba dispuesta a aceptar. Jane argumentaba que a ella nadie le había dicho que no pudiera poner nombres a sus animales. Además, para ella, aquellos chimpancés no eran «sujetos de estudio», sino, efectivamente, individuos distintos entre sí y, además, ¿cómo se suponía que iba a ser capaz de recordar qué número pertenecía a cada uno de ellos? Ponerles nombre era lo lógico para poder tomar notas y distinguirlos. Sin embargo, los académicos no opinaban igual, consideraron aquella costumbre poco profesional y la reprendieron por ello. Si Jane pretendía llegar a ser una buena científica, tenía que aprender a distanciarse. Por supuesto, Jane, que había aprendido todo lo que hay que saber sobre la individualidad de los animales gracias a su perro Rusty, no compartía en absoluto aquella idea, y siguió llamando a sus chimpancés por su nombre hasta que por fin, años después, la comunidad científica aceptó sus innovadores métodos.

En abril de 1962, después de tener que rechazar otras invitaciones porque coincidían con estancias en Gombe, Jane acudió a su primer

simposio científico, titulado «Los primates» y organizado por su antiguo tutor, John Napier, en la Sociedad Zoológica de Londres. Después de un año de doctorado, Jane iba a enfrentarse por primera vez a la academia en condición de científica. De hecho, hacía solo un par de meses que había publicado sus dos primeros artículos científicos, uno sobre los comportamientos relacionados con la alimentación de los chimpancés y otro sobre la construcción de nidos.

La fiesta previa al simposio tuvo lugar en el Museo de Historia Natural de Londres y Jane no pudo evitar sonreír al recordar todas las veces que había atravesado aquellas puertas años antes, en sus pausas para comer. Aquellos pasillos que la habían consolado cuando creía que su vida se limitaría a trabajar como secretaria en Londres y convertirse en la esposa de alguien la recibían ahora con los brazos abiertos y cargados de promesas.

Aquella noche todo era distinto. El museo en sí era distinto. Las mesas de disección de la sala de la recepción habían sido cubiertas con delicados manteles de hilo y rebosaban de comida. La flor y nata del mundillo científico caminaba de un lado a otro con sus trajes de gala y copas de champán en la mano, observando de reojo los grupos que se formaban e intentando identificar a los personajes más destacados. Jane, que se movía como pez en el agua en la selva, con barro hasta las rodillas o calada hasta los huesos bajo las lluvias tropicales, se sentía completamente desubicada en aquel entorno donde las apariencias y los apellidos eran lo más importante. Además, aquellos zapatos de tacón la estaban matando, y solo podía pensar en qué estaría pasando en aquel momento en Gombe, cómo estarían sus chimpancés y qué estaría haciendo su querido David Greybeard. Sin embargo, no pudo evitar una sonrisa de orgullo al ver una pequeña multitud delante de uno de los paneles que adornaban la sala. En él había expuestas unas fotografías tomadas por ella en Gombe, en las que se veía a David y otros chimpancés hurgando un nido de termitas con un palo. La gente observaba las imágenes con sorpresa y las comentaban con cierto

entusiasmo. Jane, siempre discreta, los observaba desde la otra punta dando pequeños sorbos a su copa y pensando que, después de todo, estar allí valía la pena.

Al día siguiente empezó el simposio, y Jane fue uno de los doce conferenciantes del programa. Subió al estrado tranquila y confiada, a pesar de su atuendo, nuevamente formal, como marcaba la etiqueta. Echaba de menos su ropa de trabajo, sus camisas y pantalones de tonos beige similares a los de la tierra, y su calzado plano y cómodo. Sin embargo, tener la posibilidad de hablar ante aquella audiencia la motivaba, y desplegó todos sus conocimientos y capacidad comunicativa para hablar de sus observaciones sobre los comportamientos de los chimpancés relacionados con la alimentación. La conferencia incluía uno de sus principales descubrimientos sobre el terreno: los chimpancés eran animales carnívoros que no solo hurgaban nidos de termitas con palos, sino que cazaban mamíferos pequeños y no tan pequeños para comerse la carne de sus presas. En sus meses en Gombe, Jane había asistido en más de una ocasión a momentos de caza o había visto a los chimpancés correr por la selva con trozos de carne en la mano. Y no solo lo había visto, sino que había podido fotografiarlo. Aquella información constituía una auténtica novedad y los asistentes la escucharon con atención y respeto. Tal vez algunos, desde el prejuicio, habían dudado en un principio de las capacidades de aquella chica (las mujeres solteras se consideraban simplemente «chicas» en aquella época), pero su oratoria y sus hallazgos los habían convencido. Aunque, por desgracia, no a todos. Por ejemplo, a Solly Zuckerman, secretario de la Sociedad Zoológica y estudioso de los primates, que consideraba a Jane una «amateur» y estaba convencido de que los chimpancés no solo no eran carnívoros, sino que las imágenes de David cazando termitas o con trozos de carne en la mano habían sido trucadas y que aquellos chimpancés habían sido cuidadosamente amaestrados. Aquella actitud indignaba a muchos de los que conocían el trabajo de Jane, entre ellos al conocido primatólogo Desmond Morris, que solía reconocer

públicamente el esfuerzo que estaba haciendo Jane y los riesgos que corría en sus estudios, ya que los chimpancés, aunque en las fotos pudiera parecer lo contrario, son animales violentos y agresivos, por lo que acercarse a ellos como lo hacía la joven Goodall requería de un gran compromiso y valentía.

En el debate posterior a las ponencias del día, Morris formuló a Jane una pregunta sobre el comportamiento sexual de los chimpancés. El debate estaba moderado por Zuckerman y la etiqueta dictaba que las preguntas las recogía él y las dirigía a los ponentes. Zuckerman ignoró a Morris hasta en dos ocasiones, silenciando su pregunta, hasta que este decidió saltarse el protocolo y formular la pregunta directamente a Jane, obviando por completo al moderador. Ella respondió con tranquilidad mientras Zuckerman lanzaba miradas de odio a ambos, completamente indignado porque aquella chica estuviera recibiendo la más mínima atención. Según él, Jane era demasiado guapa para ser tomada en serio.

En las conclusiones del simposio, los hallazgos de Jane no fueron tenidos en cuenta y se dio prioridad a las intervenciones realizadas por los ponentes masculinos, pero el gesto de Morris quedó grabado en el recuerdo de muchos asistentes y también en el de Jane, que, a pesar de aquella experiencia agridulce, sintió que sus esfuerzos, aunque lentamente, empezaban a tener recompensa.

Mientras se sacaba el doctorado, Jane seguía pasando la mitad del tiempo en África, en el campamento de Gombe, observando a los chimpancés como de costumbre y aplicando poco a poco sus recién adquiridos conocimientos sobre cómo tomar notas y ser más metódica en sus apuntes. Por su parte, la revista *National Geographic* seguía muy interesada en aquella primatóloga y deseaba poder publicar en sus páginas un reportaje al respecto de su trabajo. Pero, para hacerlo, necesitaban fotografías de calidad que pudieran ilustrarlo y, hasta el momento, todos los intentos habían resultado un auténtico fracaso.

Sin embargo, Louis Leakey, que no quería renunciar a los generosos donativos económicos que la revista estaba dispuesta a realizar para financiar la investigación, había dado con una posible solución al problema. Mientras Jane estaba en Cambrigde estudiando, él había oído hablar de un fotógrafo que, tal vez, podría ayudarlos. Se llamaba Hugo van Lawick y era un joven holandés cuyo perfil parecía ideal para llevar a cabo la tarea. Hugo vivía en Nairobi y estaba familiarizado con el comportamiento de los animales salvajes. De hecho, su trayectoria vital era similar a la de Jane. En su infancia, había pertenecido a un club de naturaleza que acostumbraba a hacer excursiones por parques naturales holandeses para observar la flora y la fauna. Con los años, Hugo había decidido que la mejor manera de seguir en contacto con la naturaleza era convertirse en fotógrafo y, así, había empezado a trabajar como ayudante de cámara en una empresa cinematográfica con la que había viajado a África oriental en 1959. Una vez allí, Hugo se había enamorado de aquel continente y, después de trabajar un par de años en rodajes de animales salvajes, se había establecido como fotógrafo *freelance*. Leakey pensó que, con aquellas credenciales, podría convencer a Jane de acogerlo en el campamento. El único obstáculo era la necesidad de una carabina, pero Leakey sabía que Vanne siempre estaba dispuesta a echar una mano a su hija.

Así, Louis Leakey le planteó el plan a Jane, que se mostró entusiasmada con la idea, tal y como le explicaba a Desmond Morris en una carta:

> El fotógrafo está en estos momentos en una montaña africana practicando para ver cuánto material fotográfico es capaz de transportar por un terreno escarpado, y probando flashes con distintas especies de monos y otros animales para comprobar qué efecto tienen en ellos y cuánto tardan en acostumbrarse. Pensar que hay alguien así, que se muere de ganas por fotografiar chimpancés y, además, es un excelente fotógrafo, bueno con los animales. En fin, casi no me lo puedo creer.

Después de algunas reticencias, National Geographic accedió finalmente a contratar a Hugo y a pagar la estancia de Vanne en Gombe a cambio de un artículo redactado en primera persona por la propia Jane donde, además de hablar de su investigación, diera una perspectiva personal y humana de su trabajo.

Jane llegó a Gombe el 8 de julio de 1962, eufórica ante la perspectiva de reencontrarse con sus amados chimpancés después de tantos días de encierro entre las cuatro paredes de la biblioteca de Cambridge. La mayoría de la gente se horrorizaba cuando explicaba que pasaba la mayor parte del año viviendo en una tienda de campaña, pero ella amaba aquel ambiente, y no se le ocurría un lugar mejor en el que pasar sus horas. El 17 de julio apareció por el campamento su viejo amigo David, acompañado de otros chimpancés a los que Jane bautizó como Feo, Charlie y Goliat. Este último era un ejemplar de gran tamaño, un «auténtico» gigante que, como descubrió Jane con el paso del tiempo, resultó ser el macho dominante de aquel territorio, además del mejor amigo de David.

Mientras esperaba la llegada del anunciado fotógrafo, Jane se esforzó por estrechar lazos con aquellos chimpancés, que se habían convertido en habituales del campamento. Descubrió que les encantaban los plátanos, así que empezó a dejar algunos encima de la mesa o en zonas visibles. Al principio, los animales se colaban en la tienda sigilosamente a robarlos, pero, con el paso de los días, y a medida que ganaban confianza, se volvieron cada vez más descarados. Un día, se produjo un suceso memorable que Jane relató así en su diario:

> El momento más feliz, del que me siento más orgullosa de toda mi vida. David G, sí, ha COGIDO UN PLÁTANO DE MI MANO. Con delicadeza. Sin arrancármelo.

Hugo tenía que llegar el 15 de agosto, pero se retrasó unos días. La primera vez que vio a Jane, ella regresaba de pasar todo el día entre hierba alta carbonizada, y tenía el rostro lleno de hollín. Al verla, el

fotógrafo pensó que ella intentaba impresionarlo. Y lo consiguió. Sus primeros días juntos en el campamento transcurrieron con algunos roces. Él era un fumador empedernido, hábito que ella detestaba; y él se quejaba de que apenas había comida en el campamento, porque Jane parecía alimentarse del aire. Sin embargo, la entrega y dedicación de ambos al trabajo era un rasgo que compartían y que les permitió entenderse desde el primer momento. Cuando por fin llegó Vanne, quince días después de la llegada de Hugo, ambos ya habían establecido su rutina de trabajo, y en el campamento se respiraba un ambiente magnífico. Jane estaba encantada porque los chimpancés se habían habituado muy deprisa a la presencia de aquel desconocido, y no se mostraban asustados ante la cámara y el trípode. Parecía que todos los meses que ella había dedicado a ganarse su confianza estaban dando sus frutos.

Un día, mientras Jane observaba a Hugo montar el trípode se dio cuenta de que su rostro le recordaba a alguien, pero, por muchas vueltas que le daba, no lograba saber a quién. Entonces, de entre la maleza salió uno de los chimpancés habituales del campamento, aquel al que ella había bautizado con el nombre de Feo. El animal se sentó en el suelo y empezó a pelar una rama de árbol. Al ver la expresión concentrada de Feo, Jane dio un respingo. Volvió un poco la cabeza y se encontró con la misma expresión en el rostro de Hugo, que estaba intentando enfocar la cámara. A partir de ese día, Jane no volvió a llamar Feo a aquel chimpancé (¿cómo había podido llamarlo así? ¡No era feo en absoluto!), y lo rebautizó con el hombre de Hugo.

Vanne volvió a Inglaterra a finales de octubre y Hugo se quedó en Gombe hasta el 4 de noviembre de 1962. Los editores de la revista *National Geographic* se mostraron muy satisfechos con el trabajo del fotógrafo, que, además de retratar a los chimpancés, había tomado algunas fotografías cotidianas de Jane haciendo anotaciones o lavándose el pelo en un riachuelo, que tenían el tono exacto que buscaban para el reportaje. Finalmente, aquellas fotografías, acompañadas de un

excelente texto de Jane, presentado por un experto en la materia para dar al material la calidad científica necesaria, fueron publicadas en el número de agosto de 1963 de *National Geographic*.

Aquel reportaje marcó un antes y un después en la proyección pública de Jane. Después de aquello empezaron a llover peticiones de medios de comunicación europeos y estadounidenses para ir a visitar el campamento donde la joven científica rubia vivía rodeada de chimpancés. Jane, horrorizada, hizo todo lo posible para evitarlo, y lo logró durante un tiempo con la ayuda de Louis Leakey y las autoridades de Tanganica. Sin embargo, aquel año 1963 sería sin duda el último en el que Jane Goodall podría vivir como una persona anónima.

National Geographic *decidió patrocinar el trabajo de Jane y envió al fotógrafo y cineasta Hugo van Lawick para documentar su vida en Gombe. En agosto de 1963, la primatóloga publicó su primer reportaje en la revista.*

En enero de 1963, pocos meses antes de ser mundialmente conocida, Jane había regresado a Inglaterra para seguir con su doctorado. Aunque solo pasó tres meses en Cambridge, tuvo tiempo de estudiar, de escribir el artículo de *National Geographic* y de empezar una relación amorosa con John King, otro universitario. Antes de subirse al avión, Jane había prometido a John mantener el contacto y seguir adelante con la relación a distancia, pero durante las largas horas de vuelo, comprendió que no lo tenía nada claro. El regreso a Gombe la había hecho pensar en Hugo y en todo el tiempo que habían compartido en el campamento. Siendo sincera consigo misma, lo había echado mucho de menos aquellos meses en Inglaterra. Aunque lo cierto es que Hugo no era ni tan guapo ni tan inteligente como John... Finalmente, optó por contarle a Hugo su relación con John en cuanto lo viera, para evitar malentendidos o que él se hiciera ilusiones. Sin embargo, cuando se encontró con él en el aeropuerto de Nairobi Jane cambió inmediatamente de opinión. Aquel fotógrafo holandés tenía algo que la intrigaba y la desarmaba, así que decidió darse una oportunidad y ver cómo evolucionaban los acontecimientos.

En Gombe todo seguía más o menos igual gracias a Dominic, el cocinero, que, en ausencia de Jane, había cuidado del campamento y había seguido dejando plátanos estratégicamente situados para que los chimpancés no dejaran de acudir. La relación de confianza entre Jane y los animales era cada vez mayor, y las observaciones de ella, cada vez más precisas, gracias a sus estudios en Cambridge y a la práctica adquirida. Además, el hecho de que los chimpancés acudieran voluntariamente al campamento en busca de comida había facilitado bastante las cosas, porque ya no era preciso salir cada día en busca de chimpancés, sino que eran ellos los que se les acercaban.

Sin embargo, el mejor momento de aquellos meses no sucedió en el campamento, sino en mitad de la selva, y lo protagonizaron Jane y su

querido David. Fue el 11 de octubre de 1963. Jane estaba siguiendo a David, como seguía haciendo a menudo cuando, en un momento dado, lo perdió de vista. Entonces, al apartar unas hojas para intentar buscar el camino de vuelta, se encontró con él sentado en el suelo mirándola fijamente mientras comía. Jane, que ya había adquirido confianza con él después de tantos meses de visitas al campamento, se sentó a su lado y se puso a comer también. Al cabo de un rato, Jane vio una nuez muy apetitosa en el suelo y decidió ofrecérsela. Se puso el fruto en la palma de la mano y la extendió hacia David, pero él, al verla, apartó la mirada. Ella insistió y, entonces, David hizo un gesto sorprendente e inesperado: tomó la pálida mano de Jane entre las suyas y la apretó con suavidad durante un buen rato. Después, la soltó, miró la nuez y la lanzó al suelo. Jane había observado aquel comportamiento antes. Era una muestra de cariño habitual entre chimpancés, un gesto de reconocimiento y consuelo. Durante el resto de sus días, Jane nunca olvidaría aquella sensación, y relató la escena, la más fascinante de toda su vida, según ella misma, en su libro *En la senda del hombre*:

> En ese momento no era necesario ningún conocimiento científico para entender su comunicación de consuelo. La suave presión de sus dedos me habló, no a través del intelecto, sino a través de un canal emocional más primitivo. La barrera alzada durante siglos de evolución separada del hombre y el chimpancé se descompuso por un momento.

Jane y Hugo estuvieron completamente solos en Gombe de marzo a julio, momento en el que llegó al campamento Vanne, que se encontró con un ambiente relajado y una Jane feliz. Al parecer, Jane había decidido olvidar definitivamente a John después de recibir unas cuantas cartas suyas de lo más desagradable, y aquello había aplanado el terreno para explorar una relación con Hugo. Sin embargo, en su correspondencia a casa, Vanne no se sentía capaz de confirmar o desmentir lo que estaba sucediendo entre ellos, a pesar de las numerosas e insistentes preguntas de Judy, Danny y las demás mujeres de The

Birches, que estaban muertas de curiosidad.

Sin embargo, el regreso a Inglaterra de Vanne en el mes de octubre precipitó las cosas. Pocos días después de despedir a Vanne en el aeropuerto, Jane había tomado la iniciativa, había entrado en la tienda de Hugo, había agarrado todas sus cosas y las había trasladado a su tienda. Desde entonces y hasta el final de aquel período, a mediados de diciembre, Jane y Hugo durmieron en la misma tienda, con la tranquilidad de saber que la intimidad de la selva los amparaba. Antes de regresar a Inglaterra, Jane confesó a su madre en una carta que Hugo y ella estaban «enamorados».

Pero a pesar de su casi escandalosa decisión de compartir tienda, teniendo en cuenta la época y que ni siquiera estaban prometidos, Jane no tenía interés alguno en precipitar las cosas. Después de tantas relaciones fallidas había decidido que quería darse un tiempo para ordenar sus ideas y sus sentimientos. Una cosa era lanzarse en brazos de un hombre y otra, muy distinta, era firmar una unión para toda la vida. Su regreso a Inglaterra para pasar las navidades en familia y seguir durante un trimestre con su doctorado en Cambridge parecía una oportunidad de oro para poner a prueba su relación. Así, antes de subir al avión, Hugo y ella decidieron mantenerse alejados el uno del otro durante aquellos tres meses. La idea era comportarse como adultos racionales y comprobar si lo que sentían el uno por el otro era realmente amor o una consecuencia del aislamiento en Gombe y su pasión compartida por el trabajo. Así, al despedirse con un apasionado beso en el aeropuerto se habían hecho la firme promesa de reflexionar sobre su relación y no establecer contacto bajo ningún concepto.

Pero Hugo, que se había quedado en Nairobi para participar en un safari, se estaba volviendo loco por momentos. Por más que lo intentara, por más que se esforzara, no lograba quitarse a Jane del pensamiento. Después de casi una semana sin tenerla cerca, supo perfectamente que no necesitaba reflexionar más, que lo que sentía era amor, y que su aventura en Gombe había sido tan real como todas aquellas

observaciones que ella pasaba a limpio meticulosamente cada noche, en la intimidad de la tienda. El día de Nochebuena, Hugo decidió que ya no podía más y mandó un telegrama a Jane. El mensaje era tan escueto como claro: «WILL YOU MARRY ME STOP HUGO» (Quieres casarte conmigo, stop, Hugo).

La inesperada pregunta llegó a The Birches al día siguiente, durante la comida de Navidad. Al leerlo, Jane olvidó instantáneamente todas aquellas decisiones adultas y racionales y respondió inmediatamente «sí» entre lágrimas y abrazos de las mujeres de su vida.

Jane y Hugo se casaron al cabo de poco, el 28 de marzo de 1964, en la misma iglesia londinense en la que ella había sido bautizada. Aunque la ceremonia tuvo lugar lejos de Gombe, el salón donde se celebró la recepción estaba decorado con grandes fotografías en color de los chimpancés de Tanganica y una figura del mismísimo David Greybeard coronó su tarta nupcial. Por virtud de aquel matrimonio, Jane se convirtió en la baronesa Jane van Lawick, título nobiliario que ostentaba su ya marido, pero ella jamás estuvo interesada en ese tipo de reconocimientos, más bien lo consideraba algo gracioso.

La feliz pareja tenía planeado pasar seis días de luna de miel en Holanda. Sería un descanso breve, pero no podían permitirse más, Jane estaba intentando acabar su tesis doctoral, la fama que le había dado el reportaje de *National Geographic* la había convertido en una persona muy solicitada y, además, tenía que regresar a Gombe para seguir con sus observaciones. Pero, finalmente, los seis días quedaron reducidos a tres. Dominic, su fiel colaborador en África, mandó un telegrama urgente a los recién casados para anunciar que Lo, una de las hembras que Jane había estado estudiando durante los últimos meses, acababa de dar a luz. Sin pensarlo ni un momento, Jane y Hugo hicieron las maletas y pusieron rumbo a Gombe para seguir de cerca el acontecimiento. Jane no había visto nunca una cría de chimpancé y no quería perder ni un

solo día de observación. Aquella temporada, Jane había decidido centrarse en el estudio de las madres y sus crías, lo que la condujo a hacer grandes descubrimientos relacionados con el apego y las costumbres de apareamiento.

A su llegada a Nairobi, los recién casados se encontraron con una nueva situación política. Kenia y Tanganica habían alcanzado su independencia como colonias británicas a principios de diciembre de 1963, y habían entrado en un período de transición hacia su constitución como las repúblicas de Kenia y Tanzania, que tendría lugar un año después. Por suerte, el ambiente era festivo y de celebración, y el estatus de Jane como investigadora no se vio afectado, al menos no todavía.

En los meses siguientes, Jane se dedicó a observar a Fifi, la cría de Flo, y el vínculo afectivo que estaban estableciendo. Jane, que había desarrollado mucho afecto por Flo, empezó a admirarla cada vez más. La chimpancé resultó ser una madre cuidadosa, protectora y juguetona. Observarla ayudó a Jane no solo a entender el comportamiento de los chimpancés ante la maternidad, sino la maternidad misma, y decidió tomar buena nota de sus estrategias para cuando fuera ella quien tuviera que hacerse cargo de sus propios hijos, si llegaba el momento.

Mientras tanto, el campamento de Gombe, que había empezado siendo poco más que una pequeña tienda, empezó a crecer. De hecho, Hugo y Jane estaban planeando convertirlo en un centro de estudio permanente de primates, que asegurara la protección del entorno de los chimpancés y permitiera un acceso seguro y en condiciones a los cada vez más numerosos científicos y entidades que se mostraban interesados en visitar la zona gracias a la popularidad creciente de Jane. Para hacerlo, solo necesitaban una cosa, la misma que Louis Leakey había peleado en los primeros años por encontrar: dinero. Y conseguirlo no era tarea fácil.

Cuando Jane, con treinta y un años, presentó por fin su tesis y se convirtió en doctora en 1965, se confirmó como la institución que ya era

en el mundo de la primatología. Después de obtener el título, empezó a dedicarse más a fondo a su faceta de científica y docente, redactando artículos y dando clases, sin descuidar nunca su trabajo de campo. También empezó entonces a plantearse su función como divulgadora, ya que, además de los encargos de *National Geographic* para escribir artículos, empezó a recibir ofertas para escribir libros, algo que acabaría haciendo más adelante.

El 4 de marzo de 1967 Jane dio a luz a su hijo Hugo Eric Louis van Lawick en un hospital de Nairobi. El nombre había sido elegido cuidadosamente. Hugo era el nombre tradicional que llevaban los primogénitos de la familia van Lawick; Eric era un homenaje de Jane a su tío, la única figura masculina de The Birches; y Louis era un reconocimiento de la pareja a la persona que había sido la responsable de que se conocieran: Louis Leakey.

El reportaje que Jane concedió a National Geographic *supuso el comienzo de una historia de amor. Jane se enamoró de Hugo van Lawick, el fotógrafo que envió la revista, con quien se casó en 1964. Arriba, una imagen del enlace. En 1967, la pareja tuvo un hijo, Hugo Eric Louis van Lawick, conocido familiarmente como Grub. Abajo, un tierno gesto de Jane hacia su pequeño.*

Aquel nacimiento fue una sorpresa para todo el mundo. Jane y Hugo habían llevado el embarazo en secreto casi hasta el último momento. Ni siquiera Vanne se enteró hasta pocas semanas antes del alumbramiento. La decisión de no contarlo había sido idea de Jane, que no quería que nada ni nadie se interpusiera en su experiencia de la maternidad, que había decidido vivir de la manera más cercana posible a la de los chimpancés. Durante los nueve meses de gestación, Jane había llevado a cabo sus actividades normales en el campamento de Gombe, como hacían las chimpancés durante sus embarazos, y, después de un parto sin anestesia ni analgésicos y tres días de posparto en el hospital, se había retirado a su recién adquirida casa en Limuru, una pequeña ciudad muy cercana a Nairobi, para empezar a conocer a aquella personita a la que observaba con fascinación:

> Al nacer tenía la cara muy redonda, pero, poco a poco, las mejillas van tomando forma. Su boca parece un capullo de rosa. ¡En serio! Una de sus orejas sobresale con una forma graciosa, pero creemos que se está corrigiendo sola.

Las primeras semanas, que Jane había imaginado idílicas, no lo fueron para nada. El pequeño Hugo lloraba, se quejaba y la despertaba por las noches. Jane, que nunca había tenido contacto directo con bebés, descubrió de la peor manera que ser madre era mucho más que establecer un vínculo de apego: había pañales, ojeras y muchos llantos.

Cuando el pequeño Hugo tenía un mes, Jane viajó unos días a Inglaterra para que Vanne, Judy y las demás mujeres de The Birches conocieran al pequeño y, poco después, en el mes de junio, cuando el bebé tenía apenas tres meses, la familia van Lawick al completo se desplazó a Gombe. Había llegado el momento de retomar la actividad normal y de que el bebé conociera el lugar que sería su hogar en los años siguientes.

Sin embargo, la llegada del pequeño Hugo al campamento hizo necesario llevar a cabo algunos ajustes en las instalaciones. Por ejemplo,

se tuvo que acondicionar una jaula que había servido en el pasado para hacer observaciones en la jungla de manera segura —Jane y Hugo se encerraban dentro con los trípodes y cámaras para poder concentrarse en tomar fotografías y observar a los chimpancés sin temor a ser atacados— como habitación para el pequeño Hugo. La pintaron de azul celeste, pusieron un suelo de goma y la decoraron con objetos infantiles y muebles de bebé. Dentro de ella, madre e hijo estaban a salvo, sobre todo el pequeño, que, debido a su indefensión, corría el riesgo de ser atacado, o incluso devorado, por los chimpancés.

Pero aquellas prevenciones totalmente razonables dadas las circunstancias no afectaron al pequeño Hugo, que crecía por momentos y ya empezaba a demostrar ser tan brillante e inteligente como sus progenitores. También resultó ser un glotón de cuidado, y así fue como se ganó el apodo que ayudó a diferenciarlo en adelante de su padre: Grub, que en inglés coloquial significa «comida».

Las nuevas obligaciones ligadas a la maternidad no hicieron más que aumentar la ya de por sí gran carga de trabajo de Jane. Después de unas semanas, quedó claro que la toma de notas a mano, como venía haciendo desde su primera estancia en Gombe, ya no era viable. Entonces, a Hugo se le ocurrió una idea y, en uno de sus desplazamientos a la capital para conseguir provisiones, volvió con un regalo para Jane: una grabadora. La idea era que, en lugar de tomar notas, Jane grabara sus observaciones. Eso le permitiría cansarse menos y ser más precisa, ya que, en aquellos momentos, sus conocimientos le permitían hacer muchas inferencias que no le daba tiempo a escribir si trabajaba a mano. Jane agradeció muchísimo a Hugo el obsequio y empezó a usarlo con entusiasmo, pero pronto se convirtió en su peor enemigo. Era cierto que ahora podía tomar notas más rápido, pero también tenía que transcribirlas y, sencillamente, no tenía tiempo. Aquella circunstancia fue la excusa para la llegada al campo de una secretaria y un par de estudiantes, cuyo trabajo consistía en echar una mano a Jane en la gestión de las notas. Y, así, lo que nació como una

solución fruto de una necesidad acabó siendo el primer paso para implementar el sueño de la pareja de crear el centro de investigación permanente.

El siguiente gran empujón para lograrlo fue la declaración de Gombe como Parque Natural por parte del joven Estado de Tanzania. Aquella circunstancia, y la creciente popularidad de Jane en Estados Unidos, abrió la puerta a recibir financiación y estudiantes de la Universidad de Stanford, con la que Jane colaboraba como profesora unos meses al año, lo que aseguró otras fuentes de financiación secundarias, como la de National Geographic, que seguía, además, empleando a Hugo como fotógrafo.

Así, a principios de la década de 1970, el Gombe Stream Research Centre ya era una realidad, y lo que había empezado siendo el oasis particular de Jane se llenó de colaboradores y jóvenes estudiantes dispuestos a seguir a los chimpancés por la selva para observarlos, aunque aquello implicara atravesar caminos llenos de barro, subirse a los árboles o arriesgarse a sufrir un ataque. Exactamente igual que Jane cuando había llegado allí por primera vez.

A veces, Jane se detenía a contemplar por un momento aquel bullicio y aquella cantidad de personas dedicadas a llevar adelante su sueño y casi no lo podía creer. No habían pasado ni diez años desde su primera llegada a Gombe, pero aquella jovencita inglesa sin conocimientos ni experiencia se había convertido no solo en doctora en Etología por la Universidad de Cambridge, sino en la mayor experta mundial en chimpancés. Mientras se ajustaba su eterna coleta, Jane miró a Hugo chapotear en la orilla del lago Tanganica. Su hijo estaba viviendo aquella infancia salvaje con la que ella solo había podido soñar desde el jardín de The Birches, y no pudo evitar esbozar una sonrisa. Sus sueños se estaban haciendo realidad, y no podía evitar sentirse orgullosa.

Por desgracia, no todo era tan idílico como podía parecer. Para empezar,

hacía algún tiempo que Jane sospechaba que su querido amigo David Greybeard había muerto durante una epidemia de gripe que había afectado a la colonia de chimpancés a mediados de 1968. Durante meses, se había negado a creerlo. David ya había desaparecido anteriormente durante largos períodos de tiempo para reaparecer de repente como si nada, mostrándose tan abierto y cariñoso con Jane como de costumbre. Pero aquella vez era distinto, y ella lo sabía. Aunque nunca podría descubrir con certeza qué había pasado, tenía que reconocer que era muy poco probable que volviera a verlo. Asumir que había perdido a su primer amigo en Gombe, a aquel animal de mirada afable que la había guiado por entre la espesura de los árboles por primera vez, que le había mostrado cómo comían los chimpancés, cómo cazaban termitas, cómo fabricaban herramientas... Saber que no volvería a ver aquellos ojos llenos de sabiduría y ternura le rompía el corazón, pero no le quedaba más remedio que asumirlo y centrarse en los chimpancés que sí estaban, para seguir aprendiendo de ellos.

Por otro lado, a pesar de los momentos de felicidad compartida con su hijo Hugo, que crecía asilvestrado, fascinado por el agua y los peces e imitando antes los sonidos de los chimpancés que las palabras humanas, el matrimonio de Jane y Hugo empezaba a hacer aguas.

Todo había empezado de manera discreta, casi imperceptible. Hugo había llegado a África antes de conocer a Jane para hacer películas y fotografiar animales. Aquel había sido su sueño y, aunque ahora era el director administrativo del centro de investigación de Gombe, eso no le bastaba para sentirse realizado. Por eso se propuso hacer un libro de fotografía de animales salvajes africanos, donde las imágenes irían acompañadas de textos sobre sus comportamientos y costumbres, un poco en la estela del trabajo que Jane había llevado a cabo con los chimpancés.

Así, Hugo empleó gran parte de su tiempo entre 1967 y 1970 en Kenia y Tanzania fotografiando seis tipos de carnívoros africanos. Jane, que se mostró entusiasmada con la idea y decidió apoyarlo en la empresa, solía

acompañarlo a menudo con el pequeño Grub. Ahora que el centro de investigación tenía colaboradores externos durante todo el año, su presencia en Gombe ya no era imprescindible a todas horas, y Jane pensó que lo más importante era que la familia permaneciera unida la mayor cantidad de tiempo posible. Desafortunadamente, seguir a grupos de carnívoros por el Serengueti era bastante más peligroso que observar chimpancés, y aquella nueva afición de Hugo les dio más de un susto y los puso en peligro diversas veces.

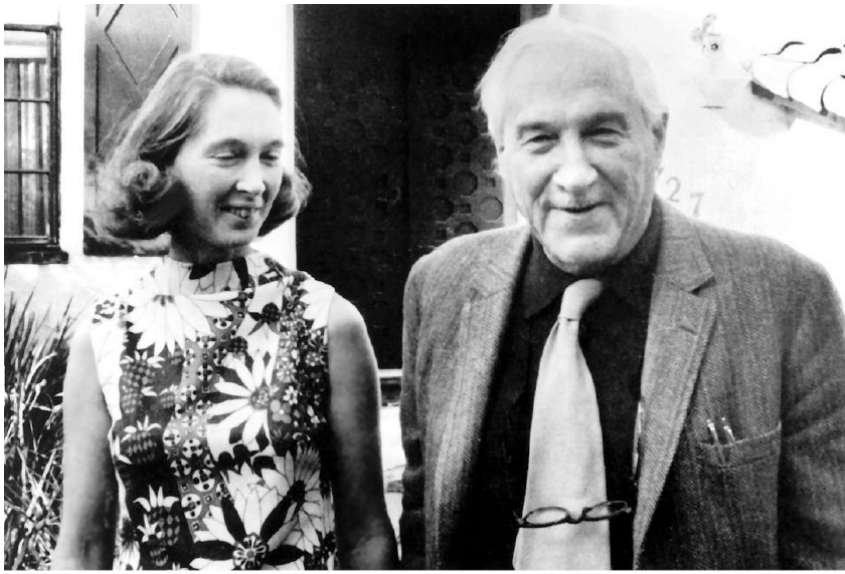
Sin embargo, el libro, titulado *Innocent Killers*, resultó ser una empresa mucho más complicada y mucho menos rentable de lo que Hugo había previsto. Al fin y al cabo, él no era etólogo ni nada parecido, no era más que un fotógrafo apasionado por la naturaleza, y su pretensión de incluir ensayos de divulgación en el libro estaba muy lejos de sus capacidades y conocimientos. En última instancia, fue Jane la que rescató aquel proyecto al escribir, y firmar, gran parte de los textos para que el editor considerara siquiera su publicación. Aquel proceso de creación tan accidentado y el hecho de que la publicación del libro, que recibió críticas muy tibias y tuvo unas ventas modestas, coincidiera en el tiempo con el éxito de ventas de Jane, *En la senda del hombre*, generó unos crecientes celos profesionales en Hugo.

Después de la experiencia, Hugo decidió volver al ámbito audiovisual y hacer un documental sobre los chimpancés de Gombe con las grabaciones que había hecho todos aquellos años, pero National Geographic se lo impidió alegando que todas las fotografías y grabaciones llevadas a cabo en el campamento le pertenecían en exclusiva, merced a su aportación anual a la financiación del proyecto. Aquello frustró aún más al holandés, que se sentía atado de pies y manos y cada día más hundido.

Jane era muy consciente de lo que sucedía. Ella sabía que, como hombre, Hugo sentía la necesidad de controlar las cosas, de liderar, de ser el jefe, pero ella no era una persona dispuesta a dejarse dominar. Su carrera la había forjado ella, había sido ella misma la que había

empezado el proyecto de Gombe y la que había tenido que enfrentarse a todo tipo de obstáculos para llegar donde había llegado. Si Hugo no era capaz de alegrarse por su éxito ni sentirlo como propio, era su problema, pero ella no estaba dispuesta a pedir perdón por todo lo que había conseguido.

La ruptura del vínculo que los había unido, su pasión por los animales, hizo aflorar otras diferencias. Por ejemplo, Jane era una apasionada de la poesía y la música clásica, dos cosas que aburrían soberanamente a Hugo. Tampoco compartían creencias ni estaban de acuerdo en la educación espiritual del pequeño Grub. Jane tenía una base de creencias cristiana, que había ido convirtiéndose en una experiencia muy personal ligada a la naturaleza y a la energía del amor y los seres vivos, mientras que Hugo era un ateo recalcitrante que se burlaba de cualquier expresión de fe.



El año 1972 fue crucial en la vida de Jane, pues en octubre falleció su primer mentor, el paleontólogo Louis Leakey, con quien aparece en la fotografía superior. Abajo, las científicas conocidas como las Trimates o los Ángeles de Leakey: Birutė Galdikas (izquierda), Jane Goodall (centro) y Dian Fossey (derecha), que inauguraron los estudios sobre orangutanes, chimpancés y gorilas, respectivamente.

En 1972 la situación se hizo insostenible y la pareja empezó a pasar cada vez menos tiempo junta. Jane se estableció en Gombe con su hijo, de quien siempre fue la cuidadora principal, y Hugo se fue al Serengueti a empezar un nuevo proyecto fotográfico.

Sin embargo, el 1 de octubre de aquel año sucedió algo que los hizo coincidir y convivir juntos de nuevo, aunque solo fue durante unos días. En aquellos años de creación y construcción del centro permanente de investigación en Gombe, Louis Leakey había seguido siendo una presencia constante en sus vidas. Ya no era el mentor ni el patrocinador, sino un amigo y un aliado en África, alguien tan apasionado como Jane por su trabajo, siempre con mil proyectos y mil propuestas en mente.

No en vano, la historia de la primatología moderna habría sido completamente distinta de no haber sido por su visión y su obstinación. Él fue el mentor de las que más tarde fueron conocidas como las Trimates o Los Ángeles de Leakey: Jane Goodall, Dian Fossey y Birutė Galdikas, que inauguraron los estudios sobre chimpancés, gorilas y orangutanes, respectivamente, y sentaron las bases de la primatología moderna, una disciplina que, aún hoy en día, sigue siendo eminentemente femenina. Y eso por no mencionar sus aportaciones en el campo de la paleoantropología, y sus descubrimientos arqueológicos en las excavaciones en Olduvai.

Pero, aparte de todo esto, Leakey también era un hombre que se cuidaba muy poco, apenas dormía, comía mal y en exceso y tenía problemas cardíacos a los que no prestaba demasiada atención. No tenía tiempo para esas tonterías. Siempre tenía una docena de proyectos en marcha, otra docena en mente y una necesidad acuciante de socios y patrocinios.

Así, en un viaje a Londres para trabajar en el borrador de un libro con la ayuda de Vanne, con quien lo unía una buena amistad desde la primera vez que ella había ido a Kenia a visitar a Jane, Leakey sufrió un infarto de miocardio del que no se recuperó. Tenía sesenta y nueve años.

La noticia fue un duro golpe para Jane. En aquel momento fue muy

consciente de que acababa de perder a un amigo, a un mentor, a casi un padre y, desde luego, a su mejor aliado en África.

4

LOS GOLPES DEL DESTINO

He tenido que aceptar que el lado oscuro de la naturaleza humana está profundamente arraigado en nuestros genes y que lo hemos heredado de nuestros ancestros primates.

JANE GOODALL

Su profundo amor por los animales facilitó que los descubrimientos científicos de Jane durante su estancia en Gombe sentaran las bases de los futuros estudios sobre primates. En la imagen anterior, Jane al comienzo de la década de 1970.

Jane siempre recordaría la muerte de Louis Leakey como la primera de una serie de desgracias que la acecharían sin compasión durante la siguiente década. El entierro en Nairobi de su primer mentor marcó, de alguna manera, el fin de una era, la era de la inocencia, y dio paso a una época más oscura, llena de desafíos, inseguridades y violencia. Mientras observaba la tierra donde descansaría para siempre el que había sido su maestro, su amigo y su primer aliado en África, Jane no pudo evitar pensar en cómo había cambiado su vida desde su llegada al continente. Para empezar, ella ya no era una joven inglesa con más entusiasmo que conocimientos, sino la mayor experta mundial en primatología, una científica reconocida en los entornos académicos, pero también fuera de ellos, gracias a la proyección que le proporcionaba la revista *National Geographic*. Pero ella no era la única que había cambiado, África tampoco se parecía en absoluto al continente colonial controlado por países europeos blancos que ella había conocido a su llegada. El proceso de descolonización de los últimos años había dado paso a un conjunto de países recién creados, con democracias jóvenes y la sensación de tener que hacer en pocos años lo que otros países hacen en siglos. Aquello era una oportunidad, pero también un peligro. Jane, a sus casi cuarenta años, ya no podía aislarse del mundo en su cabaña de Gombe para observar chimpancés, sino que ahora tenía que tutorizar estudiantes y dirigir un importante centro de investigación en crecimiento y evolución permanente. Y todo eso con un hijo de seis años correteando a su alrededor y un matrimonio haciendo aguas.

Tras la sensación de abandono que le había provocado la muerte de Leakey, Jane no se sintió con fuerzas de perder también a Hugo y quiso creer por un momento que lo suyo aún podía ser, que su historia de amor todavía podía tener un final feliz. Sin embargo, aquel destello de esperanza no fue más que un espejismo, y, al día siguiente, ambos habían regresado ya a sus respectivas rutinas. Ella, en Gombe, y él, en el

Serengueti, donde seguía con sus proyectos de fotografía y audiovisuales.

Si bien el trabajo de Jane consistía cada día menos en observar directamente a los chimpancés y más en mantener la máquina en movimiento. A veces, cuando se sentaba a la mesa de su despacho con una taza de té a primera hora de la mañana, no podía creer la cantidad de papeles, cartas, artículos, facturas y documentos que se amontonaban en ella. Su agenda, de la que, por suerte, se encargaba su secretaria, era agotadora. Su acuerdo con la Universidad de Stanford, en Estados Unidos, establecía que esta asumía una parte de la financiación del centro de investigación y lo proveía de estudiantes entusiastas, dispuestos a hacer todo el trabajo de campo. Los días en los que Jane atravesaba la selva con barro hasta las rodillas habían acabado. Ahora su trabajo consistía en leer los informes de sus alumnos e interpretar sus observaciones, tutorizarlos, desarrollar nuevas teorías y proponer nuevas líneas de investigación. Aquella era, seguramente, la parte favorita de sus obligaciones. Pero, por desgracia, con el dinero de Stanford no bastaba para cubrir todos los gastos, así que tenía que seguir escribiendo artículos de divulgación para National Geographic, su otro gran patrocinador, haciendo giras de conferencias y recepciones por Estados Unidos y atendiendo todo tipo de peticiones, entre ellas las de Hugo, que necesitaba los textos y la voz de su esposa para acompañar sus trabajos de fotografía y documentales. Y, todo eso, con Grub a su cargo y con brotes más o menos regulares de fiebres y otras enfermedades tropicales que, después de tantos años en Gombe, Jane no había logrado esquivar. La mayoría de las noches, Jane caía rendida en la cama, sin fuerzas para nada más. Su trabajo la agotaba en todos los sentidos, pero, en el fondo, sabía que no sería capaz de vivir de ninguna otra manera. Aquel trabajo era su vida y aquel agotamiento, su consecuencia.

Desde hacía un tiempo, a su ya de por sí larga lista de obligaciones se había sumado una nueva: el mantenimiento del entorno natural de Gombe. La descolonización había traído consigo la necesidad de la

mayoría de las excolonias de buscar fuentes de ingresos, y Tanzania no era una excepción. Esa necesidad ponía en peligro el entorno natural de Gombe, que podía ser convertido en zona de cultivos o en atractivo turístico, ambas cosas terribles para el proyecto de Jane. Para intentar buscar una solución positiva para todos, Jane empezó a reunirse de manera regular con el nuevo Gobierno postcolonial, que, por supuesto, tenía problemas más graves y acuciantes que el mantenimiento de sus entornos naturales. Pero aquella primavera de 1973, Jane recibió una invitación del primer ministro del país para acudir a una comida de trabajo en la que le presentarían al nuevo director de Parques Nacionales, Derek Bryceson. Jane, que había tenido muchos problemas para entenderse con la anterior persona que había ocupado aquel puesto, acudió a la cita con muchas esperanzas y ganas de establecer una buena relación con Bryceson, aunque solo fuera por el bien de su proyecto y sus chimpancés.

Derek Bryceson era el único miembro blanco del primer Gobierno postcolonial de Tanzania, y su primer cargo había estado relacionado con el Ministerio de Agricultura. Debido a eso, había hecho una visita a Gombe unos meses atrás para ver el centro de investigación y averiguar qué se hacía allí. A Jane, el nombre de Bryceson le sonaba lejanamente, pero no recordaba haberlo visto jamás. Hacía tanto tiempo que su pequeño refugio en la selva se había convertido en un lugar de paso, siempre lleno de invitados y curiosos, que ya no se sentía en la obligación de saludar ni de ser amable con todo el mundo que se acercaba allí de visita. Aunque Derek Bryceson era un hombre que no acostumbraba a pasar desapercibido: alto, de pelo cano, rostro afable, educación y elegancia inglesas y una evidente cojera fruto de un aparatoso accidente de avión, su silueta y su presencia eran francamente memorables. Doce años mayor que Jane, se había alistado como piloto de guerra en la Royal Air Force en 1939, con solo dieciséis años. Tres años después, en plena Segunda Guerra Mundial, su avión había sido abatido durante una misión y él había acabado con las dos piernas y la

pelvis destrozadas. Los médicos le habían asegurado que jamás volvería a caminar, pero él se había empeñado y, con mucho esfuerzo, había logrado poder empezar a desplazarse solo con la ayuda de un bastón, que ya no lo abandonaría nunca. Después de esto, había dejado el ejército, había estudiado Agronomía y se había comprado una granja a los pies del Kilimanjaro junto con su esposa Bobbie. Tras años viviendo en África, Derek había trabado amistad con el que acabaría siendo presidente del Gobierno postcolonial, Julius Nyerere, y así era como había acabado teniendo un cargo oficial.

El día que se conocieron, Jane se pasó toda la comida intentando comportarse de manera profesional y disimular su fascinación. Aquel hombre tenía algo especial. Era inteligente, culto, sensible, amable y muy correcto. Su acento inglés hacía que Jane se sintiera casi como en su casa de The Birches, y sus gustos en cuanto a música clásica o literatura eran muy parecidos. Además, a diferencia de su predecesor en el cargo, Derek estaba genuinamente preocupado por la preservación de los espacios naturales de Tanzania y muy interesado por el proyecto de Jane. Ella salió tan entusiasmada de aquella primera reunión que no tardó en escribir a Vanne diciéndole que Derek era «de otra pasta». Durante aquella comida, Derek expresó a Jane su interés en visitar con ella el centro de investigación de Gombe, para poder entender mejor cuáles eran sus necesidades y prioridades. Ella se mostró encantada con la idea, pero le indicó que tendría que esperar unos meses. En pocos días emprendería su viaje anual a Estados Unidos para impartir clases en la Universidad de Stanford. La visita a Gombe tendría que tener lugar en el mes de mayo.

Durante los meses siguientes, entre conferencias, alumnos, cenas de gala y otros compromisos, Jane se sorprendió a menudo pensando en Derek. De repente, mientras corregía trabajos, se tomaba un café o caminaba de aula a aula, acudía a su mente una imagen, un instante o un gesto de aquella comida. Era como una ensoñación que siempre la pillaba por sorpresa y que ella procuraba expulsar rápidamente de su

mente con una mezcla de desconcierto y vergüenza. Así que, inevitablemente, durante su estancia en Estados Unidos, Jane soñó con su regreso a Gombe con más intensidad que nunca y, a los pocos días de llegar, organizó la visita de Derek al centro de investigación. Atendiendo a sus evidentes dificultades para desplazarse, Jane había pensado cuidadosamente qué zonas visitar, qué caminos elegir y pensaba hacerse acompañar de dos o tres estudiantes que pudieran cargar a Derek en brazos en caso necesario. Sin embargo, Bryceson se mostró extremadamente capaz y, como Jane relató a Vanne en otra de sus cartas, se abrió paso por la selva solo con la ayuda de su «bastón y su fuerza de voluntad». Como si de una conspiración se tratara, los chimpancés de Gombe premiaron su esfuerzo cruzándose con la comitiva a lo largo de todo el recorrido. Jane entendió aquello casi como un buen augurio, ya que en los últimos meses los chimpancés se habían mostrado muy esquivos y difíciles de observar y, en cambio, aquel día, como si supieran que aquel hombre era importante para Jane, parecía que todos querían acudir a saludar a Derek. Este, por su parte, quedó tan entusiasmado por aquella visita, y quizá también por la compañía, que empezó a acudir a Gombe con regularidad, hasta convertirse en un rostro habitual en el centro de investigación.

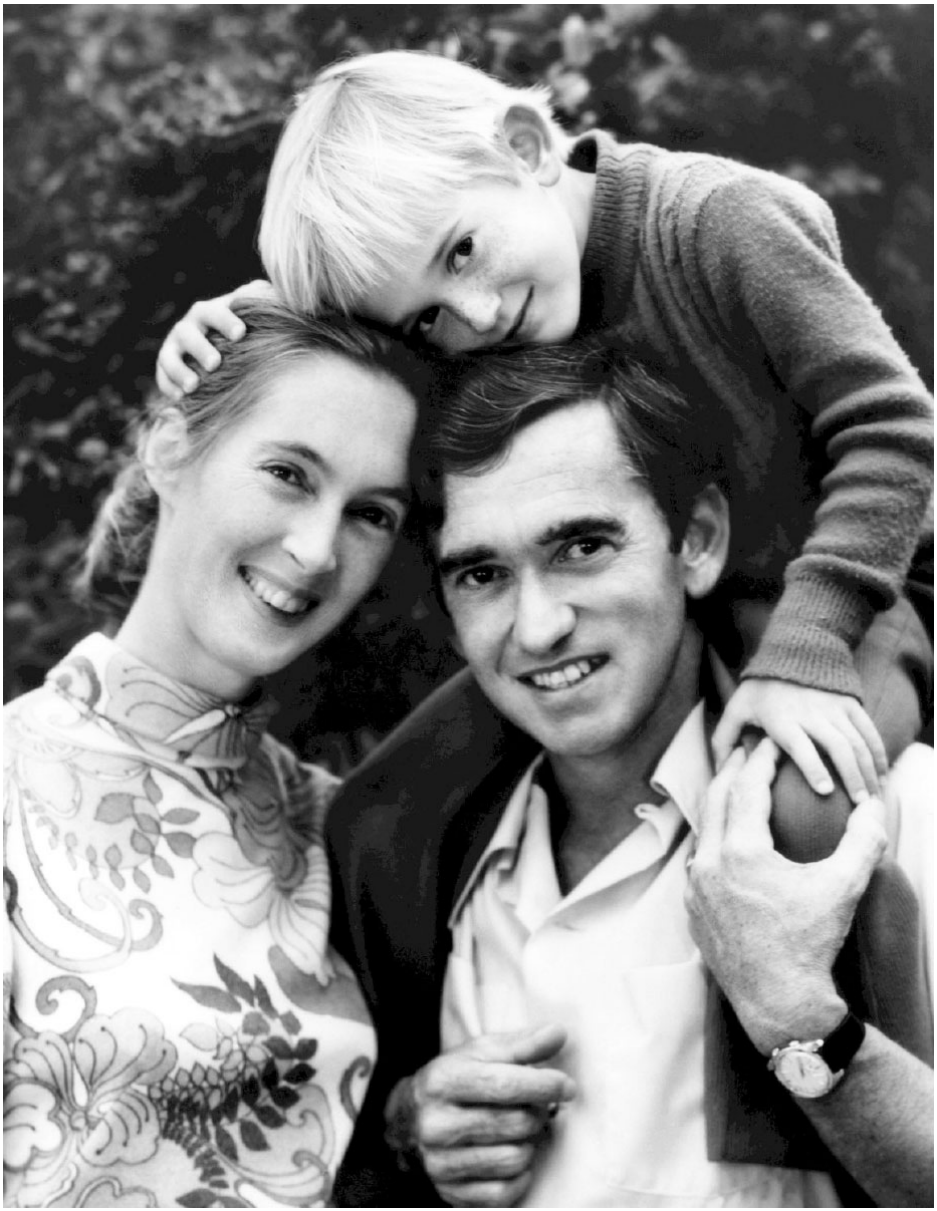
Así, en pocas semanas, el responsable de Parques Nacionales de Tanzania pasó de ser un mero visitante del centro de investigación a convertirse en un apoyo logístico para su directora. Después de que Hugo hubiera abandonado su cargo en Gombe para irse a perseguir sus proyectos, Jane se había visto aún más sobrecargada que de costumbre en sus tareas, de modo que la llegada de Derek fue recibida por ella con sumo agrado. Derek le quitaba trabajo y le ayudaba a organizar su inacabable lista de cosas pendientes, ¿qué más podía pedir? En una carta a Vanne, lo explicaba así: «Derek es una persona maravillosa [...] tiene una gran sabiduría y los alumnos lo adoran».

Un día, viendo a Derek interactuar con los empleados y los vecinos tanzanos del centro de investigación, Jane comprendió que, hasta

entonces, había estado cometiendo un grave error. Derek estaba mucho más integrado que ella en la sociedad de Tanzania y no solo la entendía, sino que hablaba su idioma, el suajili, con fluidez. Ella, en cambio, siempre ocupada en otros quehaceres, llevaba años chapurreándolo bastante mal y supliendo su falta de fluidez con gestos. Ver a Derek negociar y llegar a acuerdos con los tanzanos le hizo comprender que muchos de los conflictos diarios a los que se enfrentaba en Gombe nacían de una falta de comprensión de la cultura y las costumbres de la gente de Tanzania. Ella, que siempre había creído estar muy integrada, comprendió que el idioma era una barrera más potente de lo que había pensado hasta entonces, así que decidió priorizar su aprendizaje de suajili, idioma que, para sorpresa de todos, acabó dominando al cabo de poco tiempo.

Por otro lado, Derek aportó al centro de investigación de Gombe algo que Jane nunca había sido capaz de imponer: disciplina. El centro de investigación había nacido y crecido de forma poco premeditada, un poco siguiendo los impulsos y las ideas de Jane, con una gran dosis de improvisación y una gran confianza en la inteligencia y la responsabilidad personal, porque esos eran los valores en los que ella creía. Al fin y al cabo, así era como la había educado su madre, Vanne, siempre mucho más partidaria de razonar que de reñir. Jane había sido una niña libre, que se había criado sin jerarquías ni órdenes, y eso hacía que se resistiese a implantar en Gombe cualquier tipo de reglamento. Sin embargo, con el paso del tiempo, había empezado a resultar obvio que aquel funcionamiento casi anárquico no era sostenible ahora que el centro alojaba de manera estable a más de una docena de personas que, además, cambiaban a menudo, porque la mayoría de los estudiantes llegaba allí para llevar a cabo una estancia corta. La convivencia se había complicado y la horizontalidad ya no era una opción. Derek, quizá por su formación militar, era, en contraste, un firme partidario de las jerarquías, la autoridad y la disciplina y, así, casi sin darse cuenta, acabó convertido en el director administrativo del centro, cargo que había

ocupado Hugo tiempo atrás. A Jane la divertía lo rápido que había entendido todo el mundo los distintos estilos de gestión y trabajo que tenían Derek y ella. Cuando iban juntos por el centro de investigación, los alumnos solían saludarlos con un «¡Hola, Jane!» seguido de un «Buenos días, señor Bryceson».



Esta imagen de la familia al completo no duraría mucho, pues, durante la década de 1970, el matrimonio de Jane y Hugo cambió tanto como el continente que ambos habían conocido a su llegada a África. Su relación se enfrió, al tiempo que regresaron a sus respectivos trabajos: Jane, en Gombe, y Hugo, en el Serengueti.

Pero, estilos de dirección aparte, lo que no pasó desapercibido para nadie en el centro fue la relación cada vez más cercana entre Derek y Jane. Aunque nadie lo comentaba en voz alta, hacía tiempo que estudiantes y empleados cuchicheaban en los descansos al respecto de cómo se miraban o cómo reaccionaban el uno con el otro. Sin embargo, nadie se atrevía a dar nada por hecho, ya que el comportamiento en público de ambos siempre había sido el de dos personas casadas que tienen una relación de trabajo. Pero lo cierto es que los chismorreos no iban desencaminados. En julio de 1973, apenas unos meses después de su primera visita a Gombe, Derek había reunido fuerzas y se había atrevido a invitar a Jane y a Grub a pasar unos días de vacaciones a orillas del Índico en su casa de Dar-es-Salam, entonces capital de Tanzania, situada al este del país. Aunque la excusa oficial era que Jane necesitaba un descanso real lejos de Gombe después de años de no parar de trabajar ni un solo día, ambos sabían cuál era el motivo real de aquella invitación.

Hacía apenas unos días que Jane y Derek habían tomado una barca del centro para ir a Kigoma a hacer unos recados. El plan inicial era regresar a Gombe al cabo de unas horas, pero las cosas se habían ido retrasando y al final se les había hecho de noche. Como no podían navegar por el lago Tanganica después de la puesta de sol, decidieron pasar la noche en la barca y aprovechar para cenar en una terraza a orillas del lago. Mientras bebían vino y observaban el reflejo de la luna sobre las cristalinas aguas del Tanganica, Jane pensó que no lamentaba para nada aquel contratiempo. Al contrario. Hacía mucho tiempo que deseaba pasar una velada a solas con Derek, pero aquello era completamente imposible en Gombe, donde su intimidad, básicamente, no existía. Cuando acabaron de cenar, decidieron pasear un rato por la orilla del agua y, antes de darse cuenta, se estaban besando apasionadamente al abrigo de la oscuridad.

La propuesta de vacaciones en Dar-es-Salam había llegado apenas unos días después de aquella noche en Kigoma, y Jane sabía

perfectamente lo que implicaría una respuesta afirmativa, porque sabía que la esposa de él estaba de viaje en Inglaterra. Jane no respondió inmediatamente y le pidió a Derek algo de tiempo para pensar. Las siguientes noches, después de acostar a Grub, Jane se tiraba en la cama y daba vueltas y más vueltas sin poder conciliar el sueño. En su mente bailaban imágenes de Derek, de Hugo y de Grub, pero también de su padre, Mortimer. Por más que lo intentaba, Jane no podía sacudirse la sensación de vacío que había dejado en su vida el divorcio de sus padres. Aquella sensación de ruptura, de pérdida. Ella no quería eso para Grub, no quería que se sintiera traicionado ni abandonado. De hecho, ella no quería hacer daño a nadie. Aunque tampoco quería seguir viviendo como hasta entonces, con aquella sensación de soledad. Estaba enamorada de Derek, pero sabía que la consumación de aquel amor tendría consecuencias que no estaba segura de poder manejar. Tal vez no fuera una buena idea, tal vez aquello no fuera lo correcto. Sin embargo, después de la tercera noche sin dormir, Jane decidió finalmente aceptar la propuesta de Derek. Al hacerlo, había pensado en otro de los hombres de su vida, Louis Leakey. De repente, había recordado la lección más importante que había aprendido de su mentor, que era arriesgarse y hacer las cosas desde el corazón. En mitad de la noche, con la vista fija en el techo, Jane había intentado recordar cuándo había sido la última vez que se había arriesgado a hacer algo, que se había dejado guiar por sus instintos, y descubrió que se había convertido en una burócrata que dirigía un centro de investigación. Fue en ese momento cuando decidió que aceptaría la propuesta de Derek y asumiría cualquier consecuencia. Al fin y al cabo, la última vez que había escuchado a su corazón, había llegado a África.

Jane le contó a Grub que pasarían unos días de vacaciones con Derek en una preciosa playa sin chimpancés, donde podría hacer lo que quisiera, y el niño se puso tan contento que no hizo ninguna pregunta. Eso también tranquilizó a Jane, que pensó que, a lo mejor, se había preocupado de más. La semana en Dar-es-Salam fue un sueño. Por

primera vez en años, Jane se dedicó a no hacer absolutamente nada. El plan diario consistía exclusivamente en divertirse: tumbarse a tomar el sol, salir a navegar, pescar con Grub, tomar una copa al atardecer, escuchar música... Y todo eso siempre en compañía de Derek, que estaba pendiente de ella en todo momento, adelantándose a sus deseos. Una tarde, sentada en una tumbona frente al mar, dejándose arrullar por el sonido de las olas, Jane tuvo que admitir ante sí misma que hacía mucho tiempo que no se sentía tan querida ni tan protegida. Estaba claro que su relación con Derek tenía futuro, aunque tal vez no inmediato. Cuando acabaron las vacaciones, Jane regresó a Gombe dejando a Derek en la capital, y, nada más llegar, le escribió la primera de una larga serie de cartas de amor que intercambiarían en los siguientes meses:

> [Nuestra última noche juntos fue] triste, pero también feliz. No me gustó nada que te fueras de allí enfrentándote al frío, que, claro está, no hacía frío, pero tú sabes a qué me refiero. Fue tan bonito despertarme y encontrarte allí, tan cerca y tan fuerte [...]. Aunque en realidad no debería escribirte más cartas así, no tiene sentido. Tú ya lo sabes todo, y siempre existe el riesgo. No queremos estropear algo que es bello y, en última instancia, bueno. Los dos detestaríamos que eso sucediera.

Jane había mandado la carta dentro de un sobre de aspecto profesional y había estampado en él un sello de «Confidencial», como si, en realidad, se tratara de un contrato o una factura. Su correspondencia amorosa viajó siempre así, en sobres oficiales, para evitar cualquier accidente, cualquier filtración que pudiera poner en peligro sus respectivos matrimonios, por muy heridos de muerte que estuvieran ambos. Durante la segunda mitad de aquel año, Derek no pudo pasar mucho tiempo en Gombe, por lo que las cartas y alguna que otra llamada telefónica fueron la única manera de estar en contacto de la pareja. Sin embargo, el secreto y la distancia, en lugar de enfriar su relación, no hicieron más que avivarla. Así lo explicaba Jane en otra de

sus misivas:

> Sueño con el momento de vernos, de mirarte a los ojos, de sentir que me abrazas con fuerza, con esos brazos tuyos, de besarte, de sentirme a salvo y exquisitamente feliz enamorada de ti. Tenemos tanto que compartir y que darnos... Tanto de lo que hablar... No es un sueño, querido. Es la verdad que ambos habíamos estado esperando.

Pero a pesar de la intensidad que sentía y que reflejaba en sus cartas, Jane no se decidía a dar el paso de romper definitivamente su relación con Hugo. Derek se lo había pedido en muchas ocasiones, casi se lo había exigido. Él, cuya esposa hacía años que vivía de facto en Inglaterra y tenía hijos mayores, quería que ambos se divorciaran inmediatamente para poder casarse. Sin embargo, la situación de Jane era muy distinta. Ella tenía a Grub. No obstante, lo que la aterraba de verdad era la reacción de Hugo. Jane le había dado muchas vueltas al tema y siempre llegaba a la misma conclusión: a pesar de las apariencias, Hugo era una persona profundamente insegura y frágil, con graves tendencias depresivas. Ella sabía que su marido dependía mucho de ella y, a pesar de que estaba empezando a ser reconocido por su propio trabajo —hacía poco había ganado dos premios Emmy—, temía que al sentirse abandonado pudiera reaccionar cometiendo una locura. Así, sin prestar atención a la constante insistencia de Derek, Jane siempre respondía que lo mejor era no hacer nada y esperar que el tiempo acabara de erosionar sus respectivos matrimonios. Solo se trataba de tener paciencia.

Sin embargo, contra todo pronóstico, los acontecimientos se precipitaron. Derek le había propuesto a Jane celebrar la llegada del nuevo año 1974 haciendo un safari por el Parque Nacional de Ruaha, en el centro de Tanzania, en compañía de Grub. Ella había aceptado encantada, sobre todo por la posibilidad de pasar unos días solos en una zona donde nadie los conocía. Para aprovechar mejor el tiempo, habían decidido alquilar una pequeña avioneta de cuatro plazas con piloto,

porque les permitiría llegar a Ruaha más rápido y de manera más cómoda. A mitad de camino, Jane se fijó en un pequeño hilo de humo que salía del cuadro de mandos. Con cuidado de no preocupar a Grub, había avisado a Derek con un gesto y él, al verlo, no había podido evitar una mueca de preocupación. Fue entonces cuando Jane empezó a preocuparse de verdad. Hasta ese momento había pensado que quizá no fuera nada grave y que se había asustado sin motivo, pero Derek había sido piloto, si él estaba preocupado, es que sin duda pasaba algo grave.

Jane, Derek y el piloto pasaron los siguientes cuarenta y cinco minutos conteniendo la respiración con la mirada fija en el denso bosque que sobrevolaban, en busca de alguna zona lo suficientemente amplia como para intentar un aterrizaje. Pero por más que buscaban con la mirada, solo veían verde, un inacabable mar verde. Ni una carretera, ni un claro. Nada. Cada vez que Jane volvía la mirada hacia su hijo Grub, que seguía en su asiento tranquilo y ajeno a todo, no podía evitar sentir un escalofrío. Tenían que encontrar una solución. Por fin, después de tres cuartos de hora, el piloto avistó un pequeño claro donde aterrizar y empezó con las maniobras. Sin embargo, cuando el aparato estaba casi a punto de tocar suelo, apareció de la nada un grupo de cebras, que se detuvo en mitad del paso. Jane había cerrado los ojos esperando lo peor, pero el piloto había logrado remontar y evitar el choque en el último momento. Por desgracia, el susto no había hecho más que aumentar su impaciencia y, en lugar de dar un par de vueltas y esperar a que las cebras se fueran de allí, decidió hacer un nuevo intento en la orilla de un río cercano. Precisamente en un punto que había descartado, por demasiado pequeño, hacía escasos momentos. Cuando Derek intuyó la maniobra solo acertó a gritar:

—No irás a intentarlo allí.

—Sí —respondió el piloto.

—¡No lo hagas! —gritó de nuevo Derek, pero ya era tarde. El avión se había estrellado contra la copa de un árbol.

Cuando Jane abrió los ojos después del impacto, lo primero que hizo

fue mirar a Grub, a quien había agarrado con fuerza al prever la caída. El niño también la agarraba a ella y estaba ileso y sorprendentemente tranquilo, dadas las circunstancias. Una vez se convenció de que Grub no había sufrido ningún daño, Jane levantó la vista para comprobar cómo estaban Derek y el piloto. Había sido un milagro, pero los cuatro pasajeros de la avioneta estaban vivos y enteros. Jane se lo explicaba así unos días después a Vanne por carta:

> Yo estuve bastante tranquila y entera todo el tiempo. Solo recuerdo que, mientras caíamos a ciento treinta kilómetros por hora sobre aquel diminuto espacio donde era obvio que íbamos a chocar con un árbol (que fue lo que pasó), pensé que pronto estaría muerta. Así que abracé aún más fuerte a Grub.

Los equipos de emergencia no tardaron en llegar al lugar del accidente y, aquella misma noche, Jane y Derek decidieron salir a pasear y a avistar elefantes para celebrar su buena suerte. Sin embargo, aquel roce con la muerte los había cambiado. En un momento dado, Jane se había detenido, había tomado a Derek de las manos y, mirándolo a los ojos, le había dicho: «La vida es demasiado corta y demasiado frágil para seguir esperando. Casémonos».

Al día siguiente, Jane y Derek descubrieron que habían tomado la decisión correcta. Por su condición de personajes públicos, su accidente de avioneta había sido noticia en distintos medios de comunicación, y les habría sido muy difícil explicar a sus parejas qué hacían los dos juntos de viaje de placer. Después de hablar con Hugo y explicarle la situación, Jane respiró aliviada. Todos sus temores habían resultado infundados. Hugo estaba de acuerdo en poner fin a su matrimonio y no tenía ninguna intención de reclamar la custodia de su hijo Grub, algo que a Jane le había preocupado muchísimo. Hugo le contó que él también había conocido a alguien y que era feliz. Jane se alegró sinceramente. Su historia con Hugo no había funcionado, pero era el padre de su hijo y siempre desearía lo mejor para él. Grub tampoco se mostró molesto o preocupado por la noticia. Cuando Jane le explicó que

mamá tendría una nueva pareja, lo aceptó con naturalidad. Al fin y al cabo, Hugo y ella hacía tiempo que vivían separados y Grub estaba más acostumbrado a esa situación de lo que ella había querido admitir.

Después de aquellos meses como amantes, escribiéndose apasionadas cartas de amor y viéndose a escondidas, Jane temió al principio que tener una relación real, convencional y a la vista de todo el mundo con Derek resultara decepcionante. Pero, por suerte, aquel temor también resultó infundado. El único nubarrón en tanta felicidad llegó al cabo de pocos meses, cuando Jane empezó a preparar su viaje anual a Estados Unidos. Derek, antiestadounidense declarado y hombre de ideas tradicionales, no veía bien que Jane viajara sola tanto tiempo, aún menos para acudir a fiestas y eventos, y para colmo a Estados Unidos. Ella le había explicado de todas las maneras posibles que aquellos viajes no solo le gustaban, sino que eran completamente imprescindibles para seguir adelante con su proyecto de Gombe, pero Derek no quería dar su brazo a torcer. Según él, el lugar de una esposa estaba junto a su marido, y la suya en particular no tenía por qué ir por ahí como una especie de espectáculo ambulante mendigando dinero. Por supuesto, Jane ganó siempre la discusión. Ningún hombre le había dicho nunca cómo tenía que conducir su vida, y Derek no iba a ser el primero.

Años después, Jane se sorprendería al comprender que, a pesar de parecer muy distintos, sus dos maridos habían sido dos personas esencialmente iguales: hombres inseguros incapaces de asumir su independencia y seguridad en sí misma. Hugo le había envidiado su éxito profesional y Derek, su proyección pública. Sus dos maridos habían sido hombres inteligentes y brillantes por méritos propios, pero que, poco a poco, se habían ido viendo amenazados por la mujer a la que amaban, porque habían sido incapaces de amar también su proyecto vital.

En enero de 1975, Jane tuvo que tomar una decisión muy dura con

respecto a Grub. Con ocho años, su hijo había vivido siempre en África, donde había sido educado en casa y había acudido de forma intermitente a algunos colegios, con resultados siempre bastante mediocres. A Jane le encantaba que Grub creciera en contacto con la naturaleza, pero, después de unos años, había tenido que asumir que la naturaleza africana era demasiado peligrosa para un niño (en Gombe, Grub tenía que estar supervisado las veinticuatro horas para evitar agresiones por parte de los chimpancés) y, además, sus responsabilidades al mando del centro de investigación le impedían dedicarle todo el tiempo necesario, especialmente a su educación. Un día, mientras observaba a su hijo nadar en la orilla del lago Tanganica, muy atento a la aparición inesperada de algún babuino, Jane comprendió que su deseo de estar con él le estaba privando de vivir una infancia despreocupada. En ese momento, se recordó a sí misma pasando horas sola, sin supervisión, en el jardín de The Birches, y supo que eso era lo que deseaba también para su hijo. Además, en The Birches seguían estando las mujeres que la habían criado a ella, Danny, Vanne y las demás, y sintió que quería que su hijo las conociera y tuviera bonitos recuerdos suyos. Ella había sido muy feliz en The Birches y sabía que Grub también lo sería.

En 1975, Jane tomó la decisión más difícil respecto a su hijo Grub. Conocedora de que los chimpancés podrían dañar al pequeño mientras cazaban para comer, decidió enviarlo a Inglaterra para que continuara con su educación.

Después de viajar a Inglaterra a principios de 1975 para llevar a Grub a su nuevo hogar, Jane y Derek se casaron. La ceremonia civil fue tan discreta que se desconoce incluso la fecha. Lo único que querían ambos era acabar con el trámite y empezar una nueva vida juntos, sin más problemas ni incidentes. Sin embargo, aquel año que tan bien estaba empezando se convertiría muy pronto en uno de los peores de la vida de Jane. Como si, después de unos meses de felicidad total, el universo quisiera vengarse de ella.

El primer suceso trágico tuvo lugar en el mes de mayo, cuando un taxi acuático lleno de gente se incendió, estalló y se hundió en el lago Tanganica, cerca de la costa de Gombe. Un grupo de cuatro trabajadores del centro de investigación, al verlo, se subieron a uno de sus botes y se acercaron al lugar del accidente para intentar ayudar a los heridos. Al llegar no vieron a nadie, así que se lanzaron al agua para poder bucear, porque sabían que la mayoría de la población local que vivía a orillas del lago no sabía nadar. Bajo el agua se encontraron con un espectáculo dantesco de cuerpos hundidos, equipaje destrozado y personas atrapadas en el fuselaje del barco. A pesar de que consiguieron sacar del agua a algunas de ellas e intentaron reanimarlas con primeros auxilios, no hubo supervivientes. Aquel incidente sumió a todos los miembros del centro, y especialmente a los cuatro que se habían lanzado a rescatar cuerpos, en un estado de *shock*. La mayoría de ellos eran occidentales que habían acudido a Gombe a estudiar y que, aparte de tener que adaptarse al clima, la comida y las enfermedades tropicales, habían vivido hasta entonces en una burbuja de paz y tranquilidad. También los tanzanos que trabajaban en el centro habían considerado siempre Gombe un refugio tranquilo y apacible. Pero, por desgracia, estaba a punto de dejar de serlo.

Todo sucedió menos de una semana después del incidente del taxi acuático, el 18 de mayo de 1975, cuando, sobre las 23:30, un grupo de unos cuarenta hombres armados desembarcó en el campamento de Gombe. Lo primero que hicieron al tocar tierra fue dirigirse a las

cabañas de los guardas forestales y empezar a preguntar a gritos dónde estaban los blancos y, especialmente, la directora del centro. Por el idioma en el que se expresaban, los guardas, todos de Tanzania, supieron que estaban hablando con gente llegada de Zaire, en la otra orilla del lago Tanganica, donde el proceso de descolonización estaba siendo más violento y complicado. A pesar de verse apuntados por armas largas, los guardas de Gombe aseguraron a los guerrilleros que allí no había blancos y que aquel centro no tenía ninguna directora. Obviamente, no lograron convencerlos y todos (excepto uno, que logró escapar e intentó alertar al resto de los habitantes del centro) acabaron retenidos y atados de pies y manos.

Lo que vino después fue una noche llena de incidentes, violencia, carreras campo a través en mitad de la noche y gritos de aviso. El campamento de Gombe no estaba urbanizado, por lo que, de noche, no había ningún tipo de iluminación en los caminos y, además, no había ningún plan de contingencia previsto, porque nadie habría podido imaginar algo parecido a lo que estaba sucediendo. Los empleados y estudiantes hicieron lo que pudieron para avisarse unos a otros corriendo por la selva a oscuras y en pijama, algunos lograron escapar y esconderse y otros, no. Jane, por su parte, estaba durmiendo en su cabaña acompañada de Grub, que había ido de visita. El día anterior no se había encontrado muy bien, así que se había acostado temprano, porque estaba agotada. En un momento dado, había oído un ruido extraño a lo lejos, pero, acostumbrada a la tranquilidad de Gombe, no le había dado la más mínima importancia. Se había limitado a comprobar que Grub siguiera allí a su lado y se había vuelto a dormir como si nada. Los guerrilleros no encontraron la cabaña de Jane, que quedaba un poco apartada de las demás, pero se fueron de Gombe con cuatro personas: Emilie, una colaboradora que llevaba un par de años en el centro, Carrie, Barbara y Steve, tres estudiantes de la Universidad de Stanford.

Después de casi dos horas de caos y pánico, los asaltantes volvieron a su embarcación y se fueron. Cuando los habitantes del centro de

investigación confirmaron que el peligro inmediato había pasado, corrieron a la cabaña de Jane para comprobar si seguía allí. Al oír los golpes en la puerta y las voces agitadas procedentes del otro lado, Jane supo que había pasado algo grave y se maldijo en silencio por no haber reaccionado antes, al oír aquel ruido extraño. Al abrir la puerta se encontró con un grupo de estudiantes y empleados del centro en pijama, sucios, asustados, llorosos y muy nerviosos. Jane los invitó a entrar y ellos, de la mejor manera que pudieron, le explicaron entrecortadamente lo que había sucedido. Jane los escuchó horrorizada. No podía creer que todo aquello hubiera podido suceder a escasos metros de ella, en aquel lugar que siempre había considerado su paraíso en la Tierra. Tenían que hacer algo, aunque habría que esperar a que se hiciera de día, porque a aquellas horas la policía de Kigoma ni siquiera descolgaría el teléfono. Jane sabía que era su obligación liderar la situación y recuperar la calma, así que puso la tetera al fuego y se dispuso a pasar el resto de la noche en vela, consolando al grupo y manteniéndose firme. Cuando empezaba a salir el sol, Jane pidió a los guardas que fueran personalmente a Kigoma para explicar lo que había sucedido y entregar una nota de su parte con los datos más importantes que habían logrado juntar entre todos.

Los días siguientes estuvieron llenos de una gran confusión. Todos los estudiantes y colaboradores blancos fueron evacuados de Gombe y escoltados hasta Kigoma hasta nuevo aviso. Derek llegó al día siguiente del incidente y se convirtió en el enlace con el Gobierno tanzano. La información que llegaba de lo sucedido era caótica y parcial. Poco a poco, Jane pudo ir encajando las piezas. Como habían supuesto desde el principio, los atacantes procedían de la antigua colonia del Congo, y eran miembros del Partido de la Revolución del Pueblo (PRP), un grupo guerrillero maoísta liderado por Laurent Kabila. Su finalidad era derrocar al presidente Mobutu Sese Seko y convertir Zaire en un país marxista. El secuestro tenía una finalidad principalmente económica. Sus demandas concretas consistían en medio millón de dólares (o su

equivalente en libras) en billetes pequeños, armas de gran calibre, munición y la liberación de una serie de presos políticos en Tanzania. El plazo para cumplir con sus demandas era de sesenta días. Pasado este tiempo matarían a todos los rehenes. No había nada más que hablar.

Jane sintió auténtico pánico al oír aquellas demandas. Aquellos guerrilleros no tenían ni idea de lo que habían hecho ni de con quién estaban tratando. Las personas a las que habían secuestrado eran occidentales y blancas, sí, pero no eran más que simples estudiantes. No eran ni millonarios ni reputados científicos conocidos en la comunidad internacional, sino personas corrientes, sin mucho dinero, desde luego nada parecido a medio millón de dólares, y unas familias preocupadísimas en la otra punta del mundo. Si no lograban hacerles entender eso a los secuestradores, la cosa iba a acabar muy mal.

Jane había conocido a Derek Bryceson, miembro del Parlamento de Tanzania y director de sus parques nacionales, en 1973. Tras mantener una apasionada historia de amor, contrajeron matrimonio dos años más tarde. Jane

A partir de ese momento empezaron las reuniones entre el Gobierno tanzano y la embajada estadounidense y las declaraciones públicas por parte de ambos de que no se iba a negociar ni a pagar rescate. La

situación mejoró un poco cuando, una semana después, los secuestradores liberaron a Barbara, una de las estudiantes, y esta explicó que los estaban tratando razonablemente bien. Sin embargo, en las cartas que le habían dado los guerrilleros para las autoridades se seguía haciendo hincapié en las demandas y las consecuencias. Ante aquella perspectiva, Derek y Jane decidieron tomar cartas en el asunto e intentaron contactar por su cuenta con los secuestradores. Su intención era explicarles la situación real y que entendieran que se habían equivocado de objetivos, pero todos sus intentos de establecer comunicación fueron completamente infructuosos.

A finales de junio, después de muchas negociaciones y tras asumir que los secuestradores no darían su brazo a torcer, se decidió pagar el rescate, y el 27 de junio se entregó a los secuestradores el equivalente a 460.000 dólares en billetes pequeños de libras. Sin embargo, durante el intercambio, los guerrilleros solo liberaron a dos rehenes, las dos chicas que les quedaban, Emilie y Carrie. Steve siguió prisionero unos días más, hasta que el Gobierno tanzano accedió a liberar los presos políticos que reclamaba el PRP.

La liberación de Steve puso punto final, por fin, a dos meses de pesadilla que Jane había vivido con una inmensa tristeza. Aquel centro era su vida y no soportaba la idea de haber puesto en peligro, aunque hubiera sido de manera involuntaria, a sus estudiantes. Aunque Gombe seguiría siendo por siempre su refugio en la Tierra, Jane jamás podría olvidar aquel episodio. Unas semanas después, lo explicaba así a un amigo en una carta:

> Las cosas se irán poniendo en su sitio poco a poco por sí mismas, aunque costará mucho que vuelvan a ser normales, porque mi «normalidad» ya no existe, así que tendré que crear una nueva.

Desgraciadamente la nueva «normalidad» de Gombe parecía incluir una cantidad nunca antes vista de violencia.

Jane había llegado a Gombe hacía diez años con una visión idílica de

la naturaleza. Sus ideas sobre África en general y los animales salvajes en concreto había sido creada por las historias de Tarzán más que por los libros de zoología. Durante sus primeros años en Gombe, apenas había sido consciente de lo fuertes y agresivos que pueden llegar a ser los chimpancés. Eso, en el fondo, había sido bueno, porque aquella inconsciencia le había permitido acercarse a ellos más que nadie y a no temer las consecuencias. Su percepción del peligro había cambiado notablemente con la llegada de Grub, su hijo. Pero este cambio se había debido más a la indefensión manifiesta del pequeño, que no era más que un bebé, que a una idea clara de violencia asociada a los chimpancés.

Después de años de trabajo y observación, Jane sabía, por supuesto, que los chimpancés eran animales salvajes, que peleaban entre sí por la comida, las parejas sexuales o el territorio, pero siempre había entendido aquellas luchas casi como rituales, carentes de toda maldad. Jane creía firmemente que los chimpancés, a diferencia de los humanos, eran seres esencialmente bondadosos. Por eso, las observaciones que empezaron a hacer sus alumnos en septiembre de 1975, durante la etapa de «nueva normalidad», la pillaron completamente desprevenida.

En aquella época, sus estudiantes habían estado siguiendo a una de las hembras de Gombe, llamada Passion, que se movía por la selva con dos de sus descendientes, Pom y Prof, y, al hacerlo, habían asistido a lo que Jane describió en una de sus cartas como un «comportamiento desagradable y asqueroso. Todo tipo de abominaciones». Passion, con la ayuda de sus descendientes, se había llevado a la cría de otra chimpancé, la había matado y se la había comido. Era la primera vez que en Gombe se detectaba un episodio de canibalismo. Jane y su equipo siguieron de cerca a Passion durante los años siguientes y llegaron a la conclusión de que su horrible comportamiento (que siguió repitiendo de manera esporádica) no era típico ni propio de los chimpancés. De hecho, el resto de la comunidad temía a aquella hembra y a su descendencia, y, en consecuencia, se mantenían a cierta distancia. Según todos los indicios, el canibalismo entre chimpancés era tan raro

como entre humanos, y aquel dato consoló en parte a Jane.

Sin embargo, el comportamiento anormal de Passion no fue el único acto de violencia de aquella época, sino que vino acompañado por lo que podría considerarse como una guerra civil entre chimpancés por el territorio de Gombe. A partir de 1975 y durante toda la segunda mitad de la década de 1970 hubo episodios de mucha violencia y agresiones entre dos grupos de chimpancés de dos zonas distintas de la reserva. Por un lado, estaba la comunidad de Kasakela, que era la primera que había observado Jane al llegar a Gombe, por el otro, la de Kahama, que se había empezado a observar al ampliarse el centro de investigación. El enfrentamiento estaba liderado por chimpancés machos y se trataba básicamente de un conflicto territorial.

Jane tardó mucho tiempo en comprender lo que estaba sucediendo, y tuvo que remontarse a sus propios apuntes de la década de 1960 para poder dar forma al conflicto. Aquellos sucesos le ayudaron a acabar de juntar muchas piezas relacionadas con el complicado sistema social y de relaciones de los chimpancés. El problema había surgido cuando la comunidad de Kasakela se había dividido en dos debido a que un grupo de machos preferían la zona norte de la reserva y otros, la sur. De hecho, el grupo de Kahama no era más que una escisión del grupo de Kasakela que había decidido establecerse en el sur. Por desgracia, los chimpancés son animales muy territoriales, y lo que había empezado siendo una pacífica división social entre dos grupos con preferencias distintas, que se relacionaban de vez en cuando en las zonas de «frontera», se había convertido en una relación violenta, en la que ambos bandos mostraban una preocupante xenofobia. La situación empeoró rápidamente con crecientes muestras de hostilidad, entre ellas, asesinatos de chimpancés solos que se aventuraban por el territorio equivocado. Jane y su equipo llegaron a observar patrullas de chimpancés jóvenes vigilando las zonas de frontera en busca de miembros de la comunidad contraria. Aquel enfrentamiento lleno de violencia gratuita y actos de pura maldad acabó en 1978 con la total

aniquilación del grupo de Kahama. A partir de ese momento, una vez asesinados todos los enemigos, el grupo de Kasakela se quedó con todo el territorio.

Años después, Jane admitió que, aunque el secuestro de sus estudiantes por parte de los guerrilleros de Zaire la había afectado profundamente, no la había sorprendido. Al fin y al cabo, ella era plenamente consciente de la capacidad humana para el mal y la violencia. Sin embargo, los actos de canibalismo y guerra de aquellos chimpancés a quienes creía conocer tan bien sí que le habían provocado un gran estupor. Ella, que siempre había pensado que los chimpancés eran «casi siempre, mucho más buenos que los seres humanos» había tenido que enfrentarse al «lado oscuro de su naturaleza». Aquella constatación cambió para siempre su percepción de los chimpancés, aunque no su afecto por ellos ni sus ideas sobre el respeto y conservación que merecían.

En septiembre de 1975, cuando Jane viajó a California para dar sus habituales clases en Stanford, se encontró con un ambiente abiertamente hostil. El primer indicio fue descubrir que su alojamiento habitual no estaba disponible, lo que la obligó a dormir en el suelo después de un largo vuelo intercontinental. Jane lo atribuyó a un error administrativo, pero, al día siguiente, observó que sus compañeros del claustro de profesores no le dirigían la palabra. Aquello no podía ser casualidad. Jane no entendía nada y tardó semanas en averiguar que todo era una consecuencia inesperada del secuestro de los estudiantes en Gombe.

Al parecer, en Stanford había corrido el rumor de que Derek habría preferido no pagar a los secuestradores y que los rehenes murieran. Jane no dejaba de explicar a quien quisiera escucharla que, obviamente, su marido habría preferido no pagar un rescate a un grupo paramilitar, pero que en ningún momento había puesto en peligro a los alumnos. Pero nadie la creía, el comportamiento de Derek, que había sido

abiertamente hostil con las autoridades estadounidenses durante la crisis por motivos ideológicos, había construido esta idea, y el apoyo total que había mostrado Jane a Derek la había hundido con él. Otros rumores muy extendidos por el campus fueron que Jane se había mostrado más preocupada por los chimpancés que por los alumnos o que, al oír a los secuestradores, se había escondido en la selva cobardemente sin hacer nada. El último motivo de la larga lista de agravios que le echaron en cara a Jane y que, al parecer, justificaba las hostilidades era que no había contribuido al pago del crédito que se había pedido para obtener el dinero del rescate de sus alumnos. Ella, que había asumido que el rescate se había pagado mediante donativos obtenidos por la universidad durante la crisis, hizo inmediatamente una contribución de 25.000 dólares, aunque aquel gesto tampoco fue reconocido.

Después de tantos años viajando anualmente a Stanford y acogiendo a alumnos en Gombe, Jane estaba triste, indignada y profundamente dolida por aquellos reproches de quienes hasta entonces había considerado sus amigos. Después de unos meses llenos de estrés en África, aquello era lo último que le apetecía y, desde luego, no creía merecerlo. Con el paso del tiempo, la situación se calmó un poco, pero Jane ya nunca volvió a sentirse cómoda allí.

Las desgracias se acumularon en la vida de Jane a finales de la década de 1970. Cuando parecía que el secuestro era cosa del pasado y las hostilidades entre los chimpancés de Gombe habían cesado, Jane recibió una de las noticias más tristes de su vida. El 27 de octubre de 1977 murió su querida abuela Danny. Vanne había enviado inmediatamente un telegrama a Tanzania, pero lo había recogido Derek, porque Jane estaba dando clase en la Universidad de Dar-es-Salam. Al día siguiente por la mañana, Jane escribió de vuelta y le explicó a su madre que se había pasado toda la tarde llorando y no había podido pegar ojo hasta bien entrada la madrugada. También le relataba un suceso muy extraño

que había tenido lugar cuando, por fin, el sueño la había vencido. Al quedarse dormida, había visto a Danny y había podido hablar con ella:

> Ella estaba con su apariencia menuda de los últimos tiempos, sentada en la cama y diciendo: «Estoy vieja y tonta. Ya no sirvo para nada. No me recuerdes así, querida, así no».

Después, Danny había seguido hablando y rejuveneciendo a ojos vista hasta tener la edad de cuando Jane era pequeña. Entonces, aún en el sueño, Danny le había dicho a Jane:

Jane Goodall cambió para siempre el modelo de investigación tradicional, al tratar a los animales como individuos.

—Lo he encontrado.

—¿Te refieres al abuelo o a Jesús? —le había preguntado Jane.

—¡Ya te gustaría a ti saberlo! —había respondido Danny con mirada

traviesa. La mirada que Jane siempre había asociado con su abuela.

La mujer más fuerte de The Birches, la matriarca, había fallecido a los noventa y siete años y, a pesar de que llevaba mucho tiempo enferma, dejó un hueco imposible de llenar en el corazón de Jane, que siempre la recordaría como la Danny de su infancia, aquella mujer enérgica, inteligente e independiente que, de alguna manera, le había ayudado a convertirse en la mujer que había llegado a ser.

Aquella época trajo consigo una terrible constatación para Jane. Como le había sucedido antes con Hugo, su matrimonio con Derek no iba a durar. Después de cinco años de convivencia, lo que había empezado siendo un amor intenso y pasional se había convertido en un cariño más sereno y, en esa serenidad, y quizá como consecuencia de unos años muy complicados, habían aflorado algunos rasgos del carácter de Derek que disgustaban profundamente a Jane. Lo que en un principio le había parecido que era instinto de protección masculina se había convertido en posesión. A Derek no le gustaba que Jane tuviera amigos propios, aparte de los comunes, ni sus propios ingresos económicos, ni su propia agenda. Ella no estaba dispuesta a tolerarlo. Siempre había sido una mujer independiente, y eso no iba a cambiar.

Pero a principios de 1980 sucedió algo inesperado. Derek empezó a tener problemas digestivos y, después de hacerse varias pruebas poco concluyentes en Dar-es-Salam, la pareja decidió viajar a Inglaterra para tener una segunda opinión. En Londres, Derek fue sometido a una operación para extraerle un tumor canceroso. El día de la intervención, Jane se quedó esperando al cirujano en una sala del hospital. Antes de empezar, les habían asegurado que no había de qué preocuparse. Sin embargo, después de más horas de las previstas, Jane vio aparecer al cirujano con rostro serio.

Sin mucha ceremonia ni tacto, el médico le informó de que habían extirpado el tumor de Derek, pero que el cáncer estaba metastatizado y muy extendido, así que a su marido no le quedaban más de dos o tres meses de vida. Después, le preguntó si estaba sola y, cuando ella asintió

con la cabeza, él se limitó a sugerirle que pidiera un taxi y se fue sin ni siquiera despedirse.

Jane, que no esperaba recibir aquella noticia y menos de una manera tan abrupta, se quedó un momento en *shock*, sin saber qué hacer. En su cabeza se mezclaba la tristeza con la culpa por haber pensado en divorciarse, con el miedo, con la testarudez de pensar que aquel médico no tenía la última palabra… Sin saber muy bien qué estaba haciendo o adónde ir, salió del hospital. Ya era de noche y llovía a cántaros, pero no quería tomar un taxi, no quería ir a su habitación de hotel y pasar la noche sola, no quería llamar a su madre por teléfono, solo quería caminar, estar en movimiento.

Jane empezó a pasear bajo la lluvia sin rumbo fijo hasta que, por fin, decidió entrar en una boca de metro. Allí tomó un convoy sin fijarse demasiado, se sentó y llegó hasta el final de la línea. Una vez allí, empezó a caminar, y sus pasos acabaron llevándola a casa de Pam Bryceson, la viuda del hermano de Derek, que había muerto hacía poco. Cuando Pam abrió la puerta se encontró con una Jane empapada, temblorosa y destrozada. No tuvo que explicarle nada. Pam la abrazó, la cambió de ropa, le dio algo de comer y la metió en la cama con dos pastillas para dormir.

Al día siguiente, llegó Vanne desde The Birches y, después de desahogarse con lágrimas y tomarse un whisky, madre e hija empezaron a pensar en qué podían hacer. Después de tanto tiempo viviendo en África, Jane había estado en contacto con todo tipo de remedios naturales y medicinas alternativas que pensaba que, tal vez, podrían ayudar a Derek. No estaba todo perdido, ¿y si los médicos se equivocaban? Jane se puso en contacto entonces con un amigo de Dar-es-Salam, que le prometió ir a consultar a médicos locales, para encontrar una segunda opinión. Mientras tanto, Jane encontró información al respecto de un tratamiento controvertido pero supuestamente eficaz en Alemania. Sin embargo, los médicos tenían razón y a pesar de todos los esfuerzos de Jane, Derek acabó muriendo en

una clínica alemana el 11 de octubre de 1980. Sus últimas palabras fueron: «No sabía que fuera posible sentir tanto dolor». Sin embargo, aquel proceso tan duro también sirvió para que Jane y Derek se redescubrieran y recuperaran una complicidad que ella había creído perdida para siempre apenas unos meses antes. El cuerpo de Derek fue incinerado y Jane transportó las cenizas a Dar-es-Salam en una caja de madera. Allí, tras una breve ceremonia, fueron arrojadas al mar, cerca de la isla favorita de la pareja en el océano Índico.

La muerte de Derek marcó el punto final a la que quizá fue la peor época de la vida de Jane. Una década de altibajos, inseguridad, violencia, complicados aprendizajes, pero también pasión, evolución y maternidad. Mientras observaba hundirse en el mar las cenizas del que había sido durante un tiempo su gran amor, Jane pensó que necesitaba un cambio, que tenía que convertir aquel final en un nuevo principio. Después de tantos años en Gombe haciendo lo mismo, después de convertirse en una especie de gestora, más que en una científica de su propio centro de investigación, después de haber vivido en sus carnes la violencia tanto de las personas como de los chimpancés, después de ver morir a su marido, Jane sentía que necesitaba un respiro, una nueva ilusión. Aún no sabía qué iba a hacer ni cómo, pero tenía que hacerlo.

5

AL RESCATE DEL CORAZÓN

Pienso en Jane Goodall como la persona que, más que ningún otro científico o escritor, ha expandido el círculo de la empatía humana, abarcando la vida emocional de todas las criaturas.

MICHAEL POLLAN
Periodista y activista

Jane Goodall ha sido una importante activista en la lucha por los derechos de los animales. Su pasión por la naturaleza y la vida salvaje la ha llevado a viajar por todo el mundo recaudando fondos para su instituto. En la imagen anterior, Jane antes de una

conferencia en Edimburgo en 2014.

Mientras Jane miraba por la ventana pensó: «Aún hay esperanza». Afuera, Beech, su árbol favorito de The Birches, la acompañaba como llevaba haciéndolo desde su infancia: fuerte, frondoso y desafiantemente bello. Ahora que pasaba casi trescientos días al año en un avión viajando por todo el mundo, dando conferencias y charlas y reuniéndose con jefes de Estado y altos cargos de organizaciones, Jane era más consciente que nunca de lo importante que era en su vida aquella vieja casa victoriana donde parecía que no pasaba el tiempo. Ahora que su vida consistía en defender la naturaleza y concienciar al mundo de la necesidad de un cambio, The Birches era su refugio, el lugar donde recuperar fuerzas.

Era el año 1999 y sobre la mesa tenía el borrador de su último cuento infantil. Mientras lo revisaba, bolígrafo en mano, su mano izquierda acariciaba los nudos de la madera del escritorio que tan bien conocía. A su lado, sentada en una silla, estaba Jubilee. Su primera chimpancé la observaba con el paso del tiempo impreso en su piel. Casi sin pelo, tiesa y con el relleno asomando por un pequeño agujero en su pata izquierda, aquel juguete era uno de sus bienes más preciados. A su lado, en la estantería, estaban también sus libros de la infancia, aquellos volúmenes de Tarzán y el doctor Doolittle que había leído totalmente fascinada sobre las copas de los árboles del jardín. The Birches era su refugio y su hogar, el recordatorio de cómo había empezado todo, pero, también, de alguna manera, la pieza que hacía encajar el puzle. Jane jamás habría llegado a ser la respetada científica que era de no haber pasado horas en el jardín de aquella casa observando a los animales, pero, por descontado, tampoco se habría convertido en la activista que era ahora de no haber sabido amar a todas aquellas criaturas que observaba. Y eso también lo había aprendido en The Birches.

Mirando atrás en el tiempo, su camino parecía trazado con pericia, como si alguien lo hubiera dibujado con escuadra y cartabón, pero lo cierto es que ella no lo recordaba así para nada. Más bien al contrario.

La muerte de Derek en 1980 afectó profundamente a Jane. Después de años llenos de dificultades en todos los sentidos, perder al que, a pesar de todo, había sido su mayor apoyo vital en Gombe dejó a Jane desorientada y profundamente desmotivada. Para entonces, hacía casi veinte años que Jane había empezado su estudio de los chimpancés, y tenía la sensación de que su vida, sus investigaciones, su carrera en general se habían estancado. Sin embargo, Jane también era profundamente consciente de la responsabilidad que tenía con todo lo que había construido en Gombe, así que optó por una huida hacia delante, por dejarse arrastrar por la vorágine del día a día, por los compromisos y las reuniones. Durante los dos años siguientes Jane trabajó duro por Gombe, pero un poco por inercia. Hacía años que la máquina funcionaba y ella estaba tan acostumbrada a conducirla que hacerlo la mantenía ocupada y, hasta cierto punto, anestesiada. Mientras trabajaba, no pensaba. Mientras trabajaba, no le dolía la pérdida.

Sin embargo, en todo ese tiempo apenas pisó Gombe. No podía. Jane había conocido a Derek en Gombe. Allí se habían enamorado y habían sido muy felices. Su cabaña, las instalaciones, cada camino y cada rincón le recordaban al hombre al que había perdido y del que, paradójicamente, se había vuelto a enamorar perdidamente durante el proceso de su enfermedad. Jane estaba volcada en Gombe, pero no podía ni acercarse allí.

Sin embargo, después de esos casi dos años de vacío y agotamiento emocional, algo cambió en 1982. Aquel verano, Jane decidió pasar unos días en Gombe. Por primera vez en mucho tiempo, sentía que eso era precisamente lo que deseaba, que, por fin, su cuerpo le pedía volver. Jane supo que había hecho bien en escuchar a su intuición desde el

momento en el que desembarcó en la playa. De repente, aquel paisaje ya no le recordaba a Derek, sino a sí misma. De repente, todo el dolor se había convertido en un bello recuerdo, y supo que, por fin, había cerrado una herida. Aquellos días de soledad en su pequeño paraíso en la Tierra le ayudaron a conectar de nuevo consigo misma y con su misión en la vida. Así se lo explicó por carta a una amiga:

> No me había sentido tan libre en Gombe desde que Hugo vino a grabar en 1963. Hacía muchos años que no seguía chimpancés a causa de Grub (no tenía tiempo para dedicarme a la administración, ser una buena madre y seguir chimpancés), y después, cuando estaba allí con Derek tras el secuestro, cuando Grub estaba en Inglaterra, yo me sentía muy culpable si me pasaba mucho tiempo en la selva, porque el pobre Derek era casi un prisionero en el campamento. [Tras la muerte de Derek, durante las primeras visitas a Gombe] Lo detestaba. Me sentía fatal y muy enfadada con todo. Pero, de repente, esta última vez, he experimentado esta increíble sensación de libertad, ¡caminando sin rumbo me he sentido como si volviera a tener veintitrés años!

Jane dedicó todo el año siguiente, 1983, a acabar de una vez por todas con las inseguridades económicas de su proyecto. Desde los tiempos de Louis Leakey, la financiación del campamento de Gombe había sido una preocupación para todos los implicados y Jane sabía que, si quería ver crecer su proyecto, iba a necesitar una fuente de ingresos estable para dejar de depender de la generosidad, volátil e impredecible, de los extraños. Especialmente después de lo que había pasado con Stanford, con la que Jane había roto cualquier relación después del secuestro de los estudiantes en Gombe y los ataques que había recibido en el campus durante su siguiente período de docencia. Así, después de muchas consultas y de llamar a muchas puertas, Jane logró convertir el Instituto Jane Goodall, que había fundado hacía unos años para gestionar sus ingresos en Estados Unidos, en una institución capaz de captar importantes donativos y generar beneficios por sí misma.

Gracias a este impulso económico Jane pudo, por fin, empezar a pensar en nuevos proyectos más allá de Gombe. Y no tuvo ninguna duda

al respecto de la primera empresa en la que quería implicarse. Hacía muchos años, mucho antes de convertirse en primatóloga, durante aquellos meses que había pasado trabajando en el archivo de imágenes del zoo de Londres mientras Louis Leakey buscaba patrocinadores, Jane hizo una promesa que no había olvidado, a pesar del tiempo que había transcurrido. Por aquel entonces le había prometido a Dick, el único chimpancé macho del zoo de Londres, que haría cuanto estuviera en su mano para ayudarlo a él y a los suyos. Sin embargo, habían pasado los años y Jane sabía que las condiciones de vida en los zoológicos apenas habían cambiado. Así fue como surgió el proyecto ChimpanZoo.

El objetivo del proyecto era actuar en los zoológicos para acabar con las jaulas pequeñas con suelos de cemento e introducir el concepto de «enriquecimiento ambiental». La idea de Jane era que, ya que aquellos animales tenían que vivir en cautividad, al menos tuvieran cosas que hacer: ramas y hojas para fabricarse nidos, pasas y otras frutas escondidas en troncos, nidos de termitas artificiales... El proyecto se complementaba con un programa de colaboración permanente entre zoológicos y universidades con estudios de etología, con la finalidad de que alumnos y profesores tuvieran un contacto directo con los animales y poder comparar así las observaciones del comportamiento de los chimpancés en cautividad con el de los chimpancés de Gombe.

Jane diseñó el proyecto y después lo dejó en manos de una de sus colaboradoras más cercanas, Ann Pierce, que había sido investigadora en Gombe y tenía el entusiasmo y los conocimientos necesarios para hacerlo realidad. En un año, el proyecto demostró ser un gran éxito, cosa que llenó de orgullo a Jane y le abrió los ojos a un nuevo mundo de posibilidades. Ella en aquel momento no lo sabía, pero estaba dando el primer paso de la que sería su nueva carrera.

Sin embargo, el giro de guion definitivo no llegó hasta un par de años después, en 1986. Todo empezó en Chicago en el mes de noviembre, con una convención de tres días titulada «Entender a los chimpancés». El evento, patrocinado por la Academia de Ciencias de Chicago, invitó a los

mayores expertos del mundo en primatología y su objetivo principal era celebrar los veinticinco años de trabajo de campo de Jane en Gombe y servir como plataforma para presentar su libro más importante desde el punto de vista científico: *The Chimpanzees of Gombe: Patterns of Behavior (Los chimpancés de Gombe: patrones de conducta)*.

Jane estaba exultante. Aquella convención era la culminación de muchísimos años de trabajo y un importante reconocimiento por parte del sector académico y científico. Mientras hacía la maleta para ir a Chicago y repasaba mentalmente su discurso de agradecimiento, no podía dejar de pensar en sus años de doctorado y en lo mucho que le había costado ser reconocida como científica. La convención de Chicago era la constatación de que todo su esfuerzo había valido la pena. Pero Jane no esperaba en absoluto lo que iba a surgir de aquella reunión de primatólogos.

> Cuando llegué a Chicago, era una científica e investigadora que estaba planteándose cómo abordar el segundo tomo de *The Chimpanzees of Gombe*. Pero cuando me fui de allí, me había comprometido de corazón con la conservación y la educación. Supe de algún modo que, seguramente, nunca escribiré ese segundo tomo, desde luego no mientras siga activa y llena de energía.

Durante la convención de Chicago surgió de manera constante en muchas presentaciones, pero también en las conversaciones informales a la hora del café, el tema de la conservación de los hábitats de los chimpancés y la necesidad de actuar para mejorar sus condiciones de vida. Jane llevaba mucho tiempo dándole vueltas a ese tema, pero no se había decidido a dar ningún paso en solitario, en parte porque le parecía una empresa demasiado compleja. Sin embargo, entre charlas y cafés, un buen grupo de asistentes a aquella convención acabó fundando el Comité para la Conservación y el Cuidado de los Chimpancés, el CCCC. Jane asumió el papel de embajadora y cara visible del CCCC y también decidió contribuir económicamente a su funcionamiento gracias al

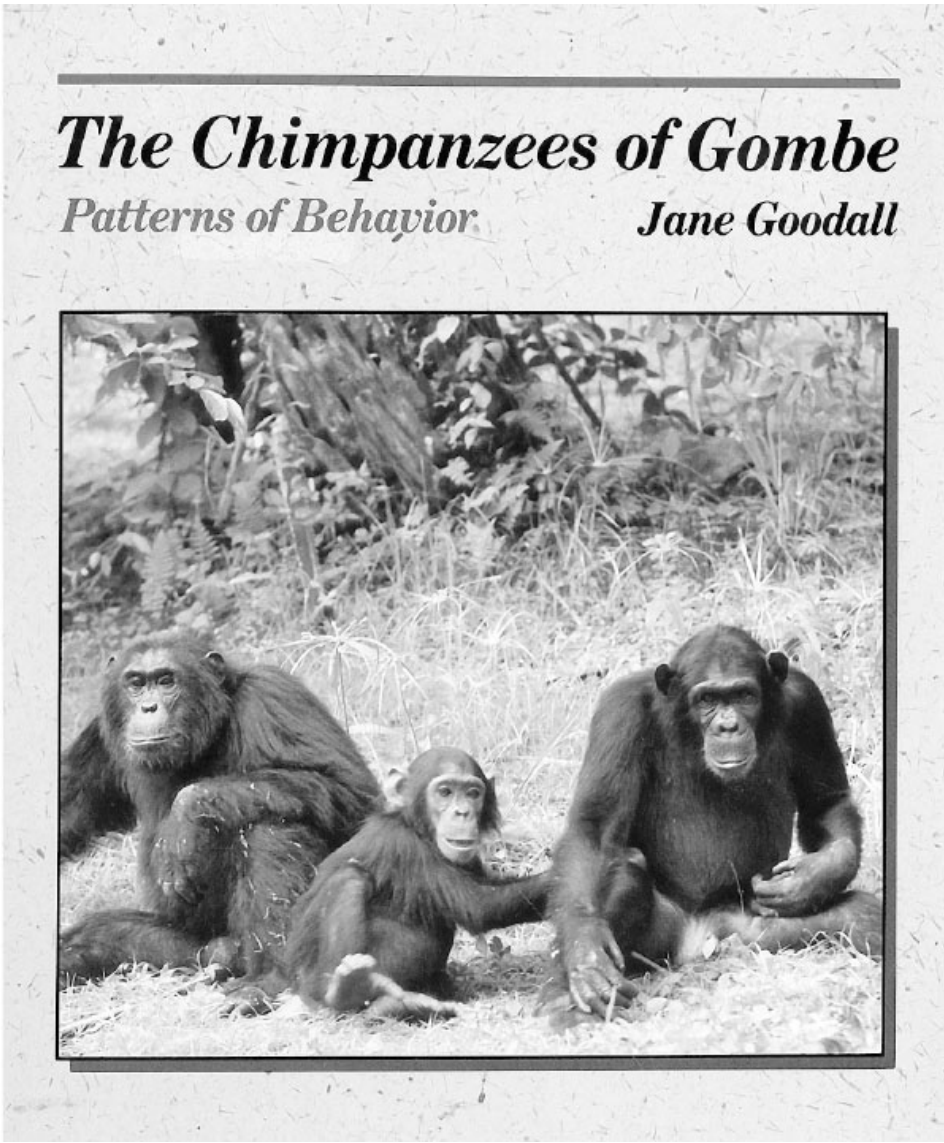
Instituto Jane Goodall.

El primer objetivo del CCCC, cuya sede se decidió que estuviera en Washington D.C., consistía en modificar el estatus y la protección legal de los chimpancés en Estados Unidos. En aquellos momentos, la compraventa ilegal de animales para experimentación o como mascotas estaba muy poco regulada. Sin embargo, a ese primer objetivo pronto se unió un segundo, propuesto por la propia Jane.

Un par de meses después de la convención de Chicago, Jane volvió a The Birches para pasar la Navidad, como intentaba hacer todos los años. Al poco de llegar, recibió un paquete bastante voluminoso procedente de Estados Unidos. Jane lo abrió sin ni siquiera leer el sobre, a aquellas alturas de su vida recibía tanta correspondencia que romper sobres era casi un acto reflejo para ella, pero el contenido la sorprendió: una cinta de video titulada *Breaking Barriers* (Rompiendo barreras). Jane recuperó el sobre de la papelera y vio que el remitente del paquete era el grupo de activistas PETA (Personas en favor del Trato Ético a los Animales, por sus siglas en inglés). Dentro de la caja del video, PETA había adjuntado una carta en la que explicaba que el contenido de la cinta había sido grabado sin autorización por un grupo de activistas estadounidenses que se habían colado en Sema, un laboratorio de biomedicina financiado con fondos públicos y dedicado a la investigación de afecciones sanguíneas, como el VIH o la hepatitis. Había poca información pública de Sema, pero los activistas habían podido averiguar que allí había unos quinientos chimpancés destinados a la investigación viviendo en unas condiciones muy cuestionables y con una tasa de mortalidad altísima, a menudo no relacionada con las investigaciones en sí, sino con negligencias. Jane no se atrevía a ver sola aquellas imágenes, así que pidió a Vanne que la acompañara.

La grabación tenía muy mala calidad, pero no dejaba lugar a dudas. A pesar de la poca luz y el movimiento continuo, la escena era terrorífica. Chimpancés encerrados de uno en uno en jaulas diminutas, de menos de un metro de lado, amontonadas en lo que parecía un sótano sin

ventanas, iluminado con una potente luz artificial. Los animales tenían, en su mayoría, la mirada perdida y su posición corporal indicaba una profunda tristeza y abandono. Se veía que no tenían absolutamente nada que hacer y, además, tenían que soportar el ruido constante de lo que parecía un sistema de ventilación. Aquellos chimpancés parecían resignados a morir y, por supuesto, no se parecían para nada a los que Jane y Vanne habían conocido en Gombe. A medida que avanzaba la grabación, Jane no pudo contener las lágrimas. Aquel llanto era una mezcla de pena, rabia, dolor e impotencia. Jane sabía que los chimpancés son animales inteligentes y sensibles. Y aquellos vivían en condiciones horribles sin que nadie intercediera por ellos. Tratarlos así era inhumano. Tenía que hacer algo. Tenía que acabar con aquello.



En 1986, Jane presentó su libro Los chimpancés de Gombe: patrones de conducta *en el marco de una conferencia científica celebrada en Chicago para conmemorar los veinticinco años de su trabajo de campo en Gombe. La mayoría de las ponencias pusieron de manifiesto la necesidad de crear protocolos para la conservación de los hábitats de los chimpancés y la necesidad de actuar para mejorar sus condiciones de vida.*

El final de la grabación fue seguido de un largo silencio en el salón de The Birches. Vanne intentaba recomponerse mientras Jane no podía dejar de pensar en todo el tiempo que había estado viviendo ajena a aquella situación y a tantas otras. ¿Cómo había podido ser tan ingenua? ¿Acaso pensaba que los únicos chimpancés que había en el mundo eran los de Gombe? ¿En qué había estado pensando? Aquella tarde, sentada al lado de su madre en la casa de su infancia Jane tomó una de las decisiones más importantes de su vida: dedicar toda la energía que le quedara en el cuerpo a mejorar la vida de todos los chimpancés del planeta. Empezando, por supuesto, por aquellas pobres criaturas encerradas en Sema.

El visionado de la cinta enviada por PETA tuvo otra consecuencia inmediata en la vida de Jane: a partir de aquel día cambió su alimentación. No había sido algo premeditado, sino una reacción física. La primera vez que se había enfrentado a un trozo de carne después de ver las imágenes de Sema se le había cerrado el estómago. Aquella reacción instintiva la había llevado a investigar las condiciones en las que vivían los animales de granja, y lo que descubrió la horrorizó al mismo nivel que lo habían hecho las imágenes del laboratorio. Una vez más, Jane se sintió culpable por no haberse hecho antes las preguntas adecuadas, pero, como siempre, optó por ser práctica y mirar hacia delante en lugar de hacia atrás.

> Me di cuenta de que mi actitud en cuanto a comer carne cambió abruptamente. Cuando miraba un filete de carne en mi plato, lo veía como un pedazo de una criatura viviente, matada para mí, y me parecía que simbolizaba el miedo, el dolor y la muerte. Era cualquier cosa menos apetecible.

Por eso, a partir de ese momento, decidió dejar de consumir carne totalmente y consumir huevos solo si le garantizaban que procedían de gallinas criadas en libertad. En cuanto al pescado, su hijo Grub, un apasionado de la pesca, la convenció de que los peces no sufren, ya que

viven una vida libre hasta el momento de ser pescados y, en cualquier caso, si no los capturaran los humanos acabarían en el estómago de un pez más grande. Tal vez fuera por amor de madre, pero Jane se dejó convencer y siguió comiendo pescado.

El tema de la investigación con animales, en cambio, le suponía un dilema más complejo. De hecho, Jane no estaba del todo en contra de ese tipo de investigación. Al fin y al cabo, era muy consciente de que, si su madre seguía allí a su lado, apoyándola como siempre después de tantos años, era gracias a la investigación con animales. Hacía ya unos cuantos años que Vanne llevaba una válvula de cerdo en el corazón. La operación había tenido lugar más o menos un año después de la muerte de Derek y, de no haber sido por aquel trasplante, Vanne habría muerto a causa de la insuficiencia cardíaca que padecía. En su momento, Jane se había obsesionado con los cerdos y había canalizado su curiosidad haciendo un libro regalo para su madre que contenía toda clase de datos sobre estos animales. Aquel libro era una celebración y, de alguna manera, también un agradecimiento al cerdo que había salvado la vida de Vanne. Y por eso Jane podía llegar a entender que el trabajo con los chimpancés, tan similares a los humanos, era necesario para poder avanzar en el descubrimiento de nuevos tratamientos para salvar vidas.

Sin embargo, investigar con chimpancés no tenía por qué implicar maltratarlos, y Jane decidió que tenía que encontrar un modo de ayudar a aquellos animales. Después de pensarlo detenidamente, Jane redactó una declaración que hizo pública en febrero, en la que denunciaba las condiciones de vida de los chimpancés en Sema según lo que había visto en el video. Aquella declaración provocó la reacción inmediata del director del centro, John Landon, que manifestó su enfado porque Jane opinara «sin haberlo visto con sus propios ojos». Jane se tomó aquello como una invitación y decidió aprovechar un viaje que iba a hacer el mes siguiente a Estados Unidos para solicitar una visita oficial a la dirección de Sema. Para su sorpresa, estos accedieron sin poner ningún impedimento.

Los días anteriores a la visita estuvieron llenos de dudas para Jane. ¿Sería capaz de asistir en directo a las imágenes que había visto en aquella horrible cinta? ¿Sería capaz de mantener las formas y la compostura? ¿Y si se echaba a llorar? ¿Y si se ponía a gritar? Para estar más tranquila, decidió ir acompañada de Roger Fouts, de la Universidad de Washington, experto en el trato con chimpancés y responsable de un programa que llevaba desde la década de 1960 enseñando a estos animales a comunicarse mediante la lengua de signos. Ambos se subieron a un coche en dirección a un suburbio de Maryland con el corazón en un puño y la difusa esperanza de que todo hubiera sido un horrible malentendido.

Sin embargo, la visita a Sema no hizo más que confirmar sus peores sospechas. Aquel sótano era un infierno en la Tierra. Las jaulas no solo eran diminutas, sino que estaban distribuidas de manera que los chimpancés no pudieran verse entre ellos. Sus posturas dentro de las jaulas y sus miradas no dejaban lugar a dudas, aquellos animales estaban sufriendo. El aislamiento, la soledad y el aburrimiento los habían convertido en una especie de zombis aletargados y apáticos. Ni siquiera la llegada de dos desconocidos a aquel laboratorio les había hecho reaccionar. Aquellos chimpancés solo esperaban la muerte. Todo lo demás les daba igual. Pero la peor parte llegó al visitar la zona de las crías. A Jane casi se le escapa un grito al descubrir que las crías de chimpancé, tan dependientes de su madre durante los dos primeros años de vida, también vivían encerradas en pequeñas jaulas individuales. Al constatarlo, Jane y Roger intercambiaron una mirada de horror.

Al acabar la visita, el director Landon acompañó a Jane y a Roger a una salita para mantener una reunión con veterinarios, científicos y miembros de la dirección e intercambiar ideas al respecto de lo que habían visto. Jane se sentó en aquella sala llena de hombres con batas blancas y actitud prepotente y sintió crecer en ella una gran indignación. Antes de que ninguno de ellos pudiera abrir la boca, empezó a hablar:

> Como todos ustedes deberían saber, los chimpancés crean lazos de apego muy fuertes con sus madres y con el resto de la comunidad en la que se crían. Su sistema social es complejo, y todo indica que su vida emocional es rica y diversa. Durante todos estos años de trabajo en Gombe he visto a chimpancés reír, llorar la pérdida de un ser querido, manifestar signos de depresión al ser rechazados por la comunidad. Tenerlos así, encerrados en jaulas solos y aislados solo tiene un nombre, y ese nombre es tortura. Y eso por no hablar de lo que hacen con las crías. Separar a una cría de chimpancé de su madre es una aberración igual que separar a un bebé de su madre. No hay diferencia.

Tras un momento de sorpresa y paroxismo, los trabajadores de Sema se lanzaron a exponer toda una serie de explicaciones relacionadas con el protocolo de la investigación que, en su opinión, justificaban sobradamente la situación de los chimpancés. Su principal queja fue que el aislamiento era necesario porque algunos de aquellos animales tenían el VIH o algún tipo de hepatitis. Jane respondió que estaba segura de que algún trabajador del centro también habría resultado infectado y que, en cambio, no había visto a ningún humano en una de aquellas jaulas.

La discusión no subió de tono, pero sí de intensidad y pronto quedó claro que, al menos en aquella ocasión, las dos partes no iban a alcanzar un acuerdo.

Jane salió de la habitación tensa, agotada y muy decepcionada. Antes de llegar, había querido creer que se reuniría con científicos, gente dispuesta a escuchar las pruebas que ella iba a presentar y a proponer soluciones y argumentos lógicos. Pero nada de aquello había sucedido, y su percepción era la de haber asistido a un diálogo de sordos. Aquella sensación no hizo más que acentuarse cuando el ejecutivo que conducía el coche que los llevó a Roger y a ella de vuelta al hotel le preguntó si publicaría un nuevo comunicado explicando que en las instalaciones de Sema se cumplía con todas las normativas y leyes y que los chimpancés estaban bien cuidados. Jane, sorprendida e indignada a partes iguales, se limitó a mirarlo y exclamar: «¡Nunca jamás escribiría una cosa así!».

En lugar de eso, Jane empezó a redactar un artículo que acabaría siendo publicado en la *New York Times Magazine* del 17 de mayo de 1987 titulado «Una súplica en nombre de los chimpancés». En él, explicaba las penosas condiciones en las que se encontraban los chimpancés en Sema y denunciaba su horrible estado anímico. Su descripción precisa y apasionada de la situación fue clave para despertar conciencias y obligar a los responsables de Sema y a sus superiores, esa vez sí, a tomar cartas en el asunto.

Después de la experiencia en Sema, Jane decidió empezar a visitar distintos laboratorios de experimentación con chimpancés para hacerse una idea más completa de la situación e intentar averiguar si lo que había visto era la norma o solo una excepción. Así fue como descubrió que las condiciones de aquellos centros eran muy distintas entre sí y dependían, básicamente, de la buena voluntad de sus directores y equipos de trabajo.

En Holanda visitó uno que, lejos de ser perfecto, le pareció un «palacio» comparado con Sema. En otra ocasión, aprovechando un viaje a Nueva York para recoger un premio de la Sociedad Estadounidense para la Prevención de la Crueldad contra los Animales, se acercó a la ciudad de Tuxedo a visitar uno de los centros de experimentación con chimpancés más importantes de Estados Unidos, el Laboratorio de Medicina Experimental y Cirugía en Primates (LEMSIP, por sus siglas en inglés). Jane había oído hablar de este laboratorio, donde había ido a parar un grupo de chimpancés algo especial. Eran animales que habían participado en un experimento universitario anterior en el que habían aprendido a comunicarse mediante lenguaje de signos. El proyecto había sido cancelado después de la agresión de un chimpancé a una visita y los animales habían acabado como sujetos de experimentación médica. Los promotores del proyecto original estaban preocupados por las condiciones de vida de aquellos animales, con los que habían establecido una relación de amistad, y querían que Jane los ayudara a pensar opciones.

Sin embargo, Jane llegó a LEMSIP muy cansada. En los últimos meses había estado arrastrando un catarro que, finalmente, se había convertido en una neumonía. Una vez en el centro, se había cubierto la cara con una mascarilla y se había puesto una bata y un gorro para evitar contagiar a los animales. La primera parte de la visita había sido muy agradable. En LEMSIP habían conseguido crear un ambiente especial para las crías de chimpancé, que pasaban los dos o tres primeros años de su vida en un espacio de ensueño, todas juntas, con juguetes y estímulos. Jane se había sentado en el suelo de moqueta y se había pasado una hora jugando con aquellas crías, tan parecidas a niños pequeños, disfrutando de su compañía y tomándose un respiro en su apretada agenda. Sin embargo, al cruzar la puerta de la zona de adultos, aquel supuesto paraíso se desvaneció. LEMSIP, igual que Sema, era una mazmorra, la única diferencia era que, en aquel laboratorio, los chimpancés sí podían verse de una jaula a otra, pero no podían tocarse y las jaulas se movían y hacían ruido, porque estaban todas colgando a un palmo del suelo. Al abrir la puerta de aquella sala, se había desatado el caos. Los chimpancés, emocionados y nerviosos por la alteración de su rutina y por ver a su cuidador, el doctor Jim Mahoney, habían empezado a saltar, a gritar y a dar golpes. Jane, que no se esperaba aquello y que estaba, además, agotada por su enfermedad, se quedó paralizada en la puerta. Jim le explicó que aquello era normal, que no se preocupara, y le propuso conocer a Spike, uno de los chimpancés: «Es muy amable —le aseguró—. No le hará daño». Jane, que apenas podía pensar con claridad, se sentó en el suelo delante de la jaula, pero no pudo establecer contacto con el animal. Al ver su expresión dentro de aquella jaula, Jane se echó a llorar desconsoladamente. Aquel comportamiento era impropio de ella. Jane nunca perdía la compostura en público y su actitud siempre era la de buscar soluciones, pero LEMSIP era el enésimo laboratorio que visitaba y aquellas imágenes empezaban a resultar desesperantes para ella. Además, la debilidad que le provocaba la neumonía no ayudaba. Spike, al ver las lágrimas

recorriendo el rostro de Jane, sacó la mano de la jaula, le secó las mejillas con ella y después se quedó observando su mano, como si no tuviera ni idea de qué era aquel líquido, antes de empezar a lamerlo. Jane alzó la vista y dedicó una mirada de agradecimiento y ternura al animal, aunque aquello solo consiguió que el llanto volviera con más fuerza. Jim, al verla, se sentó a su lado en el suelo y le rogó que dejara de llorar. «Jane, por favor, no me haga esto. Yo me enfrento a esta imagen cada día de mi vida.» Pero Jane estaba agotada y lo único que quería era desaparecer. Irse de allí, descansar y pensar que todo aquello había sido una pesadilla. Jim, frustrado por la actitud de Jane, se había levantado de malos modos para alejarse y, entonces, sucedió algo completamente inesperado. Spike, seguramente interpretando que Jane le había hecho algo malo a su amigo y cuidador, le agarró la mano derecha y le mordió la punta del dedo gordo. El grito de Jane volvió a desatar el caos en aquella sala. Jim, sobresaltado, giró la vista y solo vio una enorme cantidad de sangre brotar de la mano de Jane. Inmediatamente, cubrió la herida con unas vendas y llevó a Jane al hospital. Aquel incidente dejaría una herida permanente en el cuerpo de Jane: perdió una parte de la primera falange del dedo gordo. Ella, que nunca guardó rencor ni a Spike ni a Jim se vio más afectada por aquella amputación de lo que habría pensado. Tumbada en la camilla del hospital y observando su dedo recién vendado, Jane pensaba que lo que no había sucedido en veinticinco años en Gombe había pasado en un frío laboratorio de Nueva York. Lo cual seguramente demostraba que el ambiente de aquellos laboratorios era absolutamente terrorífico.

Conocer la triste realidad de los animales en cautividad afectó tanto a Jane que, durante la década de 1980, puso en marcha una serie de programas internacionales de investigación dedicados al estudio de los chimpancés en cautividad y a la mejora de sus condiciones de vida, a través de la educación y la investigación.

Pero ningún accidente iba a detener a Jane y sus esfuerzos, y los de sus compañeros del CCCC, acabaron generando cambios reales en la legislación en años posteriores. Cuatro años después de su primera visita a Sema, Jane regresó y descubrió con agrado que sus responsables habían tenido en cuenta muchas de sus recomendaciones. En su segunda visita, Jane vio que los chimpancés ya no estaban solos en sus jaulas y que ahora contaban con áreas donde relacionarse y jugar. Sin embargo, la gran victoria para Jane fue algo que dijo Landon, el director de Sema: «Cuando los cambiamos de jaula, su personalidad cambió, lo vimos todos».

La convención de Chicago de 1986 había abierto los ojos a Jane en muchos frentes distintos y, así, en los años siguientes, su vida se había dividido en dos luchas distintas, aunque complementarias: la primera era la relacionada con las condiciones de vida en los laboratorios y había tenido lugar en Estados Unidos; la segunda tuvo como escenario África y su objetivo consistía en preservar los hábitats naturales de los chimpancés. Ambas, por supuesto, fueron respaldadas por el CCCC, pero Jane, como rostro visible y patrocinadora, fue la gran impulsora en ambos casos, especialmente en África, continente que conocía mejor que otros compañeros.

En líneas generales, la idea de Jane era replicar el modelo que, a lo largo de todos aquellos años, había creado en Gombe: delimitar las zonas habitadas por los chimpancés, establecer protocolos para protegerlas y crear allí centros de investigación para seguir aprendiendo sobre estos animales fascinantes. Por supuesto, decirlo era mucho más sencillo que hacerlo, ya que aquel ambicioso plan requería la complicidad de los gobiernos africanos y mucha mucha financiación.

Aquel proyecto pronto se encontró con un problema adicional que también fue necesario abordar: los chimpancés huérfanos que la gente adoptaba como mascotas. Las crías de chimpancé se parecen mucho a los niños pequeños y, por ese motivo, hay muchas personas dispuestas a tenerlos como mascota. Sin embargo, al alcanzar la edad adulta, los chimpancés son mucho más fuertes y agresivos que un humano, y ya no pueden vivir en una casa. En países como Burundi, a finales de la década de 1980, había un mercado negro de crías de chimpancé generado por los cazadores furtivos que mataban a hembras para vender su carne. Vender a las crías que aparecían al lado del cadáver de la madre era un lucrativo negocio paralelo que se estaba convirtiendo en un grave problema para la población.

Pero Jane sabía cómo solucionarlo. Después de muchos años de observación en Gombe, donde algunas epidemias habían dejado a muchas crías huérfanas, Jane había descubierto que los chimpancés

adultos adoptan a las crías que se quedan sin padres. Ni siquiera es necesario que los animales tengan parentesco, basta con dejarlos convivir en una zona segura. Así, en sus reuniones con las autoridades de Burundi y Congo, los dos primeros países con los que Jane fue a negociar la creación de reservas, el tema de las crías se convirtió en prioritario. No solo era necesario hacer una reserva para preservar el entorno de los chimpancés adultos y acabar con la caza furtiva, sino que era imprescindible tener un lugar donde llevar a todas esas crías separadas de los suyos y que, a la larga, como se había visto, suponían un problema de orden público.

En 1990 Jane logró su primer éxito y convenció al Gobierno de Burundi para reservar una zona en la orilla del lago Tanganica como santuario para un numeroso grupo de huérfanos. Aquel fue el primero de una serie de acuerdos que el Instituto Jane Goodall fue estableciendo durante la década de 1990 y que supuso un enorme cambio en las políticas de conservación de la fauna salvaje en África.

Sin embargo, como Jane comprendió enseguida, para conseguir establecer las reservas que tan desesperadamente necesitaban, era imprescindible abordar otro problema que asolaba el continente africano: la deforestación. La primera señal de alarma para ella llegó a principios de los años noventa. En uno de sus habituales viajes a Gombe, sobrevolando la zona con una avioneta, Jane descubrió que el tamaño del bosque y la cantidad de árboles que veía no se parecía en nada a la imagen que ella recordaba de hacía solo unas décadas. Todo había empezado con la tala indiscriminada de árboles por parte de los agricultores locales, aunque Jane sabía que aquel comportamiento no era más que un acto de supervivencia. La población local buscaba tierras fértiles donde plantar yuca y judías, y cada vez tenían que desplazarse a zonas más imposibles e inclinadas. Sin embargo, los resultados que obtenían eran nefastos porque, aunque ellos no lo sabían, aquella tierra era cada día menos fértil. La tala lenta y desorganizada de los agricultores había dado pie, con los años, a la entrada de las compañías

madereras, que llevaban a cabo un trabajo mucho más devastador y sistemático, especialmente cuando empezaron a construir carreteras en el hábitat de los chimpancés. Poco a poco, los humanos habían ido reduciendo el bosque y, con ello, expulsando a toda la fauna que lo habitaba. Y eso en Gombe, una reserva vigilada desde hacía años. Jane estaba horrorizada.

Aquella devastadora visión de laderas desnudas fue el detonante del nuevo objetivo de Jane: un proyecto de reforestación, conservación y educación con el que pudiera empezar a involucrar a la población local en la conservación de la biodiversidad de su entorno.

> Cuando llegué por primera vez, en 1960, toda la costa del lago, de arriba abajo, estaba cubierta de bosque. Gradualmente, con el paso de los años, los locales han ido talando los árboles para conseguir leña, para construir postes y para despejar la tierra y cultivarla. Hoy los bosques fuera de los límites del parque nacional han desaparecido, dejando laderas sin árboles y erosionando un suelo precioso.

A partir de ese momento, el Instituto Jane Goodall empezó a buscar financiación para intentar paliar la situación de deforestación de Tanzania y, en 1994, creó el TACARE, una organización destinada a promover la agricultura sostenible y la reforestación en la zona de Gombe. El objetivo principal de Jane con TACARE consiste en asegurar unas condiciones de vida dignas a la población humana que convive con los chimpancés, como forma de garantizar la supervivencia de ambas especies. Por esa razón, Jane decidió que el proyecto tenía que estar liderado y organizado por la población local. Había llegado el momento de que los colonizadores ingleses y estadounidenses dieran un paso atrás y permitieran a los tanzanos organizarse, responsabilizarse y gestionar sus tierras y sus bienes. Tal y como Jane supuso desde el principio, la población local no tardó en comprometerse con el proyecto y convertirlo en un éxito.

Una vez diseñado el modelo, el Instituto Jane Goodall lo expandió a

otros países como Congo y Uganda, siempre con buenos resultados.

El compromiso que Jane Goodall adquirió con el activismo a partir de 1986 no se limitó únicamente a los laboratorios o la preservación de entornos naturales, sino que la divulgación y la educación de los niños y la gente joven también adquirió un papel muy destacado. Jane recordaba perfectamente cómo sus lecturas de la infancia y el contacto que había tenido con la naturaleza habían influido sobre sus decisiones y su vida futura. Por eso, a partir de la década de 1990, potenció aún más su faceta de escritora creando libros de divulgación para adultos, pero también cuentos infantiles y material para adolescentes.

Sin embargo, su mayor logro, aquel que la enorgullece más, es la creación de un proyecto surgido en Tanzania durante las celebraciones del trigésimo aniversario del campamento de Gombe.

La faceta de divulgadora de Jane Goodall se potenció a partir de la década de 1990. En la imagen, durante una entrevista realizada por Jay Leno en el programa de televisión The Tonight Show*, el 1 de mayo de 1990.*

En 1993, Jane viajó a Tanzania dispuesta a celebrar y a agradecer a aquel país todo lo que este le había dado a lo largo de toda su vida. Gombe era, junto con The Birches, su paraíso en la Tierra y Jane sabía que su vida no habría sido la misma si un buen día no hubiera descubierto Tanzania y a sus gentes.

Una de las actividades más importantes de aquella celebración fue la visita a las escuelas de Dar-es-Salam. Durante una semana, Jane visitó a niños y jóvenes en sus centros educativos para hablarles de la preservación y de la naturaleza y proponerles que le mandaran preguntas que ella respondería en una gran charla la semana siguiente. Al sentarse en su casa de Dar-es-Salam a leer los centenares de preguntas escritas con caligrafía infantil en trocitos de papel, Jane se sorprendió al ver que la mayoría preguntaban por características de la personalidad de los chimpancés y otros animales africanos. Llena de curiosidad por aquellas preguntas, Jane decidió dedicar parte de su gran charla a preguntar a los jóvenes si pertenecían a clubes o asociaciones relacionadas con la naturaleza. Muchos de ellos dijeron que sí. Entonces, Jane les preguntó de qué hablaban allí, a qué dedicaban el tiempo, qué estaban aprendiendo. Los niños respondieron que les hablaban de caza furtiva, de jirafas y elefantes.

—¿Cuántos de vosotros habéis visto alguna vez un elefante o una jirafa? —preguntó entonces Jane.

Solo se alzaron dos manos en todo el auditorio.

—¿Y gallinas? ¿Cuántos de los aquí presentes habéis visto gallinas? —siguió ella.

Todos los niños de Dar-es-Salam habían visto gallinas en los mercados.

—¿Creéis que cuando las personas agarran a las gallinas por las patas

y las llevan bocabajo por el mercado, estas sufren?

Al ver cómo se iluminaban, llenos de curiosidad, los rostros de todos aquellos niños, Jane supo que había formulado la pregunta correcta. A aquellas alturas de su vida, Jane sabía que el principal motor del cambio es la empatía. Sin empatía, no hay inquietud ni necesidad. Si los niños no habían visto jamás un elefante, era imposible que pudieran empatizar con su situación. Pero aquellos niños sí habían visto gallinas, llevaban toda la vida viéndolas en los mercados. La discusión sobre cuidado, sufrimiento y trato ético de las gallinas culminó aquella misma mañana con la creación de un grupo de jóvenes en favor de la naturaleza, el cuidado de los animales salvajes y domésticos y la mejora del mundo en general llamado Roots & Shoots (raíces y brotes), que Jane se comprometió a patrocinar y amadrinar.

Eufórica ante la perspectiva de haber encendido la llama del amor por la naturaleza en tantos niños y jóvenes, Jane salió de aquella sala con la sensación de haber creado su mejor proyecto, el que dejaría más huella en este mundo. Al cabo de unos días, el club se hizo realidad y Jane redactó una carta para todos los miembros. En ella, explicaba que las raíces están ocultas bajo el suelo por todas partes y proporcionan sus cimientos a los árboles más altos. Los brotes, por su parte, pueden parecer insignificantes, pero en su búsqueda de la luz del sol pueden llegar a atravesar paredes y derribarlas. La carta finalizaba con uno de los mensajes más importantes para Jane: «Todos los individuos, humanos o animales, son importantes. Todos los individuos pueden marcar la diferencia».

Jane tenía razón al pensar que Roots & Shoots sería algo importante. En pocos años, lo que empezó siendo una asociación en Tanzania se convirtió en una organización internacional que, en la actualidad, cuenta con miembros en más de cuarenta países y no deja de crecer. La suma de los esfuerzos individuales en cada ciudad y cada pueblo, con objetivos locales y cercanos para los niños y jóvenes, trabaja con un único fin: hacer del mundo un lugar mejor.

Después de más de tres décadas dedicadas al activismo, Jane ha conseguido logros palpables: mejorar las condiciones de vida de los chimpancés en los zoos y en los laboratorios de investigación, establecer reservas y santuarios para chimpancés, promover la reforestación y la sostenibilidad en África y crear una red de jóvenes defensores de la naturaleza, entre otras cosas. Después de unos años muy negros en Gombe y del golpe que supuso para ella la muerte de Derek, Jane logró recomponerse y encontrar un nuevo rumbo en su vida. En todos estos años, en realidad, han cambiado pocas cosas. Su amor por la naturaleza y por todos los seres vivos, así como su insaciable curiosidad, siguen intactas.

Con más de ochenta años, Jane no tiene previsto retirarse, porque aún queda mucho que hacer en la lucha por la preservación de la vida natural de nuestro planeta. Los que la han visto en persona siempre se sorprenden por su vitalidad y serenidad. Ella la explica así:

> La gente siempre me pregunta de dónde saco tanta energía. También comentan la tranquilidad que desprendo. ¿Cómo puedo parecer tan en paz?, preguntan. ¿Medito? ¿Soy religiosa? ¿Rezo? La mayoría se plantea cómo puedo ser tan optimista ante tal cantidad de destrucción medioambiental y sufrimiento humano; ante la superpoblación y el sobreconsumo, la contaminación, la deforestación, la desertización, la pobreza, el hambre, la crueldad, el odio, la codicia, la violencia y la guerra. «¿De verdad cree lo que dice?», parecen decir. «¿Qué es lo que cree en realidad? ¿Cuál es su filosofía vital? ¿Cuál es su ingrediente secreto para tanto optimismo y esperanza?»

Jane decidió explicar su secreto en *Gracias a la vida*, publicado en 1999. Jane considera que, a pesar de los pesares, en el mundo existen cuatro grandes motivos para la esperanza. El primero es el potencial del cerebro humano. Gracias a nuestro cerebro los humanos somos flexibles e increíblemente innovadores. Esto hace que, cada vez más, demos con formas de preservar el medio ambiente, desde los motores eléctricos

hasta el reciclaje de materiales. El segundo motivo para la esperanza es la resiliencia de la naturaleza. Nuestro planeta nos ha demostrado en muchas ocasiones que, si le damos la oportunidad, es capaz de recuperarse de nuestras agresiones. Si limpiamos un río, este vuelve a llenarse de vida, lo mismo sucede si reducimos los niveles de contaminación. Hasta en las ciudades que sufrieron ataques nucleares en Japón durante la Segunda Guerra Mundial empezaron a crecer plantas solo un año después. El tercer motivo para la esperanza es la energía creativa de los jóvenes, encarnada para ella en su proyecto Roots & Shoots. Y, por último, el cuarto motivo para la esperanza de Jane es el indomable espíritu humano ejemplificado en todas esas personas que han superado adversidades con valentía y elegancia.

Este mensaje de esperanza es el que Jane transmite en sus conferencias y charlas por todo el mundo durante los trescientos días al año que viaja. Una semana típica de su agenda incluye visitar más de veinte ciudades, tomar más de treinta vuelos, dar más de cien entrevistas y más de cincuenta conferencias, asistir a innumerables reuniones y comidas, y todo eso sin dejar nunca de escribir artículos, libros o cartas.

Durante las últimas tres décadas como activista, Jane Goodall ha recibido el reconocimiento formal, en forma de doctorado honoris causa, de más de treinta universidades de todo el mundo y le han sido otorgados todo tipo de premios y menciones internacionales. Pero todas estas distinciones solo importan para Jane en la medida en que le permiten alcanzar su fin último, que no es otro que comunicar al mundo la necesidad de cuidar de nuestro planeta y proteger a todos los seres vivos y, en especial, a los chimpancés. Por eso, Jane siempre empieza sus intervenciones en foros públicos saludando a los asistentes imitando el sonido que hacen los chimpancés cuando se encuentran. Porque ella es quizá la única capaz de interceder como embajadora entre ambas especies, humanos y chimpancés, ya que ha logrado sentirse tan cercana a unos como a los otros.

Después de más de diez años dedicados al activismo, a comienzos de la década de 1990, Jane Goodall fundó Roots & Shoots (Raíces y Brotes), el programa global de educación humanitaria y ambiental para jóvenes, dependiente del Instituto Jane Goodall.

Para llegar a todo, Jane ha aprendido a desplazarse ligera de equipaje. En sus viajes, en los que siempre la acompaña su asistente, solo lleva una pesada maleta llena de libros y materiales de divulgación en la que también mete algo de ropa, un par de zapatos, una tetera eléctrica individual y algo de fruta y chocolate. Eso sí, fuera de la maleta, bajo el brazo o al hombro dentro de una bolsa de tela, hay algo que siempre la acompaña: Mr. H, un mono de peluche.

Hace años que ese mono acompaña a Jane en todas y cada una de sus apariciones públicas y hay quien cree que se trata de Jubilee. Pero, por supuesto, no lo es. Jubilee está demasiado mayor para aguantar el ritmo de vida de Jane. Además, desde la muerte de Vanne en abril de 2000, alguien tiene que cuidar de The Birches.

Mr. H es un mono, no un chimpancé, que Jane recibió como regalo

por parte de una de esas personas excepcionales que cita en sus conferencias porque han superado todo tipo de adversidades con valentía y elegancia. Fue un obsequio de Gary Haun, un marine de los Estados Unidos que, a pesar de haberse quedado ciego en un accidente de helicóptero, se convirtió en un hábil mago de escenario, además de practicar submarinismo, artes marciales y esquí de fondo. Gary asistió a un acto de Jane y, al acabar, se acercó a ella para regalarle el peluche, que él creía que era un chimpancé. Jane, conmovida por el gesto, guio la mano de Gary hacia la cola del peluche y le explicó que no era un chimpancé, sino un mono, porque los chimpancés no tienen cola. Gary le pidió disculpas avergonzado pero Jane, lejos de molestarse, lo bautizó con el nombre de Mr. H en honor a Gary y lo convirtió en un nuevo motivo para la esperanza. Para ella, es un amable compañero en sus viajes, pero, en realidad, es mucho más que eso:

> Yo le digo a la gente que, después de tocarlo, nunca volverán a ser los mismos, porque se llevarán consigo una parte del espíritu indomable de Gary Haun. A estas alturas ha sido tocado, acariciado o besado por más de doscientas mil personas, por eso casi no tiene pelo, su cara siempre parece sucia (por mucho que la lave) y hasta su cuerpo está perdiendo forma.

Jane Goodall sigue recorriendo el planeta de punta a punta, acudiendo siempre acompañada del indómito Mr. H. Su mensaje atraviesa fronteras y pasa por encima de intereses políticos y económicos. La suya es una defensa de valores esenciales que solo busca crear un mundo mejor en el que la convivencia entre la raza humana y la naturaleza sea armónica, respetuosa y beneficiosa para ambas partes. Los retos a los que se enfrenta en estos momentos Jane, y todos los que la apoyan, son grandes. Sin embargo, ella, que nunca se ha rendido, sigue prestando su voz y su cuerpo para esta y otras causas, con la esperanza intacta y una fe inagotable en la bondad y la creatividad humanas, fiel a la promesa que se hizo a sí misma hace más de treinta años y que piensa seguir cumpliendo mientras le queden fuerzas.

CRONOLOGÍA

1934

Jane Goodall nace en Londres el 3 de abril.

1935

Su padre, Mortimer, le regala un chimpancé de peluche llamado Jubilee, que ella conservará toda su vida.

1951

Se instala en Londres para estudiar secretariado.

1958

Viaja a Kenia, donde conoce a Louis Leakey.

1960

Establece su primer campamento en Gombe, Tanzania, para estudiar a los chimpancés que habitan en aquella zona.

1960

Observa a un chimpancé pelar una rama para pescar termitas y comérselas. Es la primera vez que se observa a un animal fabricar y utilizar una herramienta.

1961

Recibe la primera beca de la National Geographic Society para financiar su trabajo en Gombe.

1962

Empieza el doctorado en la Universidad de Cambridge.

1963

Publica su primer artículo en la revista *National Geographic*, que la catapulta a la fama.

1964

Se casa en Londres con Hugo van Lawick el 28 de marzo.

1965

Acaba el doctorado.

1967

Nace Hugo Eric Louis van Lawick, su único hijo, el 4 de marzo.

1970

El campamento en Gombe se convierte en un centro de investigación permanente, el Gombe Stream Research Centre.

1972

Muere Louis Leakey.

1975

Tras divorciarse de Hugo, Jane se casa con Derek Bryceson.

1975

Un grupo de guerrilleros de Zaire asalta el campamento de Gombe y secuestra a cuatro estudiantes. El secuestro se alarga durante dos meses.

1975

Comienza la primera guerra documentada entre chimpancés, que se prolonga cuatro años.

1980

Muere su esposo, Derek Bryceson.

1986

Tiene lugar en Chicago la convención «Entender a los chimpancés», donde se funda el Comité para la Conservación y el Cuidado de los Chimpancés, del que Jane se convierte en patrocinadora y cabeza visible. Empieza su carrera como activista ecologista.

1991

Funda la organización ecologista para jóvenes Roots & Shoots.

1994

El Instituto Jane Goodall inicia el programa TACARE contra la

deforestación en África.

1999

Publica su libro *Gracias a la vida*.

2001

Obtiene el Premio Gandhi King a la no violencia.

2002

El 16 de abril, Kofi Annan nombra a Jane Goodall mensajera de la paz de Naciones Unidas.

2003

Recibe el Premio Príncipe de Asturias de Investigación.

2004

Se convierte en dama del Imperio Británico.

2006

Obtiene la Legión de Honor francesa.